



HOLA MUNDO,

soy Amber

KRIS L. JORDAN

Hola mundo,
soy Amber

Kris L. Jordan

Copyright © 2014 Safe Creative

All rights reserved.

ISBN: 1500169420

ISBN-13: 978-1500169428

Portada Alexia Jorques

Quiero dedicar este libro al hombre que siempre está a mi lado, que me mimaba y me consiente. Ese que está continuamente pendiente de mí, que me cuida y me comprende. Con el que discuto por tonterías y con el que me reconcilio siempre. Con el que paseo cogida de la mano y duermo abrazada por las noches. El que me apoya en todo y me ayuda a cumplir mis sueños.

A mi marido.

Te amo.

INDICE

[CAPÍTULO 1. El don.](#)

[CAPÍTULO 2. \(Hace 12 años\). La boda.](#)

[CAPÍTULO 3. \(Hace 2 años\). El divorcio.](#)

[CAPÍTULO 4. \(En la actualidad\). ¡Vivo mi vida como quiero!](#)

[CAPÍTULO 5. Hunter.](#)

[CAPÍTULO 6. Owen.](#)

[CAPÍTULO 7. ¡Dios, soy como mi madre!](#)

[CAPÍTULO 8. El beso de buenas noches.](#)

[CAPÍTULO 9. El enfermo.](#)

[CAPÍTULO 10. La segunda cita.](#)

[CAPÍTULO 11. ¡No me lo puedo creer!](#)

[CAPÍTULO 12. La ocupa.](#)

[CAPÍTULO 13. El almacén.](#)

[CAPÍTULO 14. Es un hombre peligroso.](#)

[CAPÍTULO 15. Ni uno, ni otro.](#)

[CAPÍTULO 16. Todo quedó en nada.](#)

[CAPÍTULO 17. Bajo la piel.](#)

[CAPÍTULO 18. Cicatrices.](#)

[CAPÍTULO 19. Otro disgusto para mamá.](#)

[CAPÍTULO 20. Demasiado complicado.](#)

[CAPÍTULO 21. El ramo de rosas.](#)

[CAPÍTULO 22. Prejuicios.](#)

[CAPÍTULO 23. Este soy yo.](#)

[CAPÍTULO 24. La noticia.](#)

[CAPÍTULO 25. Descubriendo a Hunter.](#)

[CAPÍTULO 26. Una nueva vida.](#)

[CAPÍTULO 27. La fiesta.](#)

[CAPÍTULO 28. La llamada.](#)

[CAPÍTULO 29. La fábrica de *Soho*.](#)

[CAPÍTULO 30. En el hospital.](#)

[CAPÍTULO 31. Fin.](#)

CAPÍTULO 1. El don.

¿Qué narices hacía yo, sentada frente a ese tipo, que no me gustaba nada en absoluto? Guapo lo era, eso sí que no lo podía negar. Sonrisa de dientes blancos y perfectos; pelo cortado a la moda y de un precioso castaño oscuro; cuerpo de gimnasio, fibroso y musculado y unos profundos y hermosos ojos negros. Pero con menos conversación que un loro (animal que se limita a repetir lo que escucha), no quiero decir con esto que él solo repitiera mis palabras, pero su temática en cuanto a mantener un coloquio, era monótona, aburrida y hablaba exclusivamente de él y su fibroso cuerpo.

—Entreno todos los días, y mi dieta es totalmente macrobiótica.

«¿Y qué narices es una dieta macrobiótica?», yo no era capaz de seguir ni una, porque no podía dejar de comer. Como diría mi madre, «cariño, eres gruesa y siempre lo serás, porque no te alimentas correctamente». Siempre era muy fina, y decía gruesa, cuando en realidad le gustaría decir gorda. Aunque sabía con certeza absoluta, que no era para tanto. Soy voluptuosa y con curvas y quizá me sobre un poco de barriguilla. Pero para mi madre la delgadez casi extrema es la perfección, así que yo soy totalmente imperfecta, dentro de sus cánones de belleza.

—200 flexiones diarias y levanto pesas de 50 kg... —el tío continuaba y yo estaba tan, pero tan aburrida... Asentía como si estuviese entusiasmada de saber los kilos que levanta y esto fuese lo más interesante que existía en el mundo. Sonreía porque así también le enseñaba mis perfectos dientes, que para eso estuve dos años con aparato corrector, que según mi madre, son lo más bonito que tengo.

Desde pequeña tengo un don, un poder mágico, puedo oír una conversación y seguirla sin escuchar absolutamente nada de lo que mi interlocutor dice. Parece una tontería, pero cuando tienes una hermana perfecta, una madre que roza la supremacía y tú solamente eres una chica del montón, rellenita y con una vida en ruinas, es un don que viene muy bien y que utilizo constantemente.

Desde mi más tierna infancia he tenido que escuchar:

«Come menos, esa ropa es horrible y no te favorece nada, tienes cuerpo de hombre, levanta la cabeza, no camines con los hombros caídos, podrías usar tacones...».

Era tan horrible que si no hubiese sido por mi poder, en estos momentos estaría encerrada entre cuatro paredes y con una camisa de fuerza.

Ellas hablaban y yo me limitaba a mirarlas como si las estuviese haciendo caso, pero en realidad mi mente viajaba muy lejos.

Con los años, lo fui perfeccionando, y ahora soy capaz incluso de contestar a las preguntas de mi interlocutor, sin tener ni idea de qué me está hablando y siempre acierto con la contestación, ese es el auténtico milagro, o magia, como me gusta llamarlo a mí.

—Lo más importante de la dieta macrobiótica, es tomar los alimentos conforme a la estación del año...

«¡Y dale con la dieta esa!, ¿le habré preguntado y no me he dado cuenta?, juraría que no..., ¡qué pesado!»

Continué pasando de él y de su dieta. «¿Cómo he llegado aquí?», pues fácil, la pesada de mi hermana me buscó una cita a ciegas.

—Es un chico estupendo y seguro que es tu tipo... hace pesas como tú.

—Yo no hago pesas, yo lo que hago es defensa personal.

—¡Va!, ¿qué más da? Pesas o defensa personal, al fin y al cabo con ello se suda como un gorrino.

Para mi hermana eso de sudar es una autentica guarrería, así que no realiza ningún esfuerzo que conlleve la sudoración corporal. Sé que esto lleva a una pregunta obvia que todo el mundo se hace. «¿Cómo lo hará para no sudar cuando hace el amor con su marido?», no tengo respuesta para esa pregunta, lo siento mucho. Lo que si sé, es que lo hace porque tiene una preciosa hija de 19 años, que es mi única debilidad. Bueno, no la única, también el chocolate y las hamburguesas. Pero entre mi querida sobrina Jordan y un helado de chocolate, siempre me quedaré con ella, porque gracias a Dios no se parece nada a su madre.

—Tiene que haber un equilibrio entre los alimentos, el ying y el yang...

«Uff, él continúa con la dieta y yo continúo con mis pensamientos.»

Trabajo en la comisaría de *Tribeca*, entre la *Varick st* y la *Beach st*, en Manhattan, soy policía y me encanta. Practico defensa personal y tengo tanta fuerza como un hombre, cosa que mi madre también me critica. Pero a mí me da igual, amo mi trabajo, soy feliz cazando a los malos y soy muy buena. Tan buena que me propusieron para el FBI, pero eso no era lo mío. Durante unos pocos meses estuve trabajando para ellos, hasta que decidí volver a mi comisaría y a mis raterillos, por supuesto, esto también se me criticó.

—Para una vez que te ofrecen un trabajo de mayor categoría. No te entiendo, Amber cariño, ¿prefieres seguir patrullando las calles?

—Sí mamá, eso es lo que me gusta.

—Nunca llegarás a ser nada en esta vida.

Quizá tenga razón, pero en realidad lo único que busco en mi vida es ser feliz. Ya sea deteniendo a ladrones de gasolineras o en investigaciones especiales para el gobierno. Solo quiero ser yo misma con mis defectos y mis imperfecciones. ¿Tan difícil es de entender?

CAPÍTULO 2. (Hace 12 años). La boda.

Cuando me miré al espejo, vi a alguien que no era yo. Esa mujer que se reflejaba en él, era totalmente diferente a mí. Maquillada en exceso, con un vestido de princesa, pendientes de diamantes, gargantilla a juego y ese terrible moño alto que me hacía parecer mucho más vieja. O quizá fuese la mirada triste que se veía en mis ojos verdes, lo que me hacía parecer diez años mayor de lo que era en aquel entonces.

—Solo tengo 20 años y parece que tengo 40.

—Tonterías, estás preciosa —dijo mi madre.

—No me gusta nada este vestido, ni el peinado, ¿y por qué tengo que llevar esta gargantilla de diamantes?

—Porque es la herencia de tu abuela y todas las mujeres Swanson se la han puesto el día de su boda. ¡Otra vez tenemos que discutir! El vestido es muy bonito, además tú no entiendes de moda, el que querías te hacía mucho más gruesa y no era de temporada.

—No me importa, odio este vestido. Parezco una muñeca antigua, con tanta capa de tul. ¿De verdad es necesario llevar toda esta tela encima? —moví la falda para que viese lo voluminosa que era, pero aún con tono lastimero y mirada llorosa, mi madre no sintió ni un poco de piedad por mí.

—¡Va! —hizo ese gesto con la mano que era muy característico de ella y usaba siempre que quería desechar alguna idea, sobre todo si era mía—. Tonterías, este es el ideal para ti.

—¡Mírame! —me levanté de la silla y giré sobre mí misma, las capas de tul flotaron a mi alrededor—
¡Soy como un bollito de nata!

—Ves, me das la razón.

—¿Cómo? —¿Cuál sería el profundo razonamiento por el cual había llegado a la conclusión de que yo le estaba dando la razón?

—Te ves deliciosa y dulce.

¡Oh Dios!, creí morir.

No me quedó más remedio que aceptar lo que el destino me había dado. Vestida de bollo, encaminé mis pasos agarrada de un padrino al que apenas conocía. Era un potentado con muchos negocios en los que había invertido mi difunto padre y que ahora hacían de mi madre una viuda rica y con mucho poder. Ella fue quien lo escogió (como todo en mi vida) decía que era un tío lejano, tan lejano que nadie en la familia le conocía. Ojalá mi padre siguiese vivo y fuera él quien me acompañara al altar, pero por desgracia falleció después de sufrir una larga y penosa enfermedad.

Esperándome frente al párroco, estaba el novio. Un guapo chico con el que llevaba saliendo desde el colegio. Nuestro futuro estaba ya trazado, después de tantos años juntos, lo suyo era casarse. Pero la pregunta era: «Amber, ¿estabas enamorada de Tomy?», la respuesta era «NO». «Amber, ¿te querías casar con Tomy?», rotundamente «NO». «Entonces, ¿por qué lo hice?», porque se suponía que era lo

que debía hacer. Por aquella época mi madre dominaba mi vida y ella lo disponía todo. Era una pobre chica con tan solo veinte años que no había conocido otra cosa que su novio, sus estudios y una madre que manejaba los hilos de las vidas de los demás a su antojo.

Mi hermana ya llevaba cinco años casada con el mequetrefe de su esposo. Un pobre hombre al que dominaba en todos los aspectos, con más dinero que lo que pesaba y un trabajo en un bufete de abogados de categoría superior, en fin, un partido de esos que le gustaban a mi amada madre. También habían tenido a mi preciosa Jordan, que con tan solo tres años, sería la encargada de portar los anillos.

Nunca olvidaría ese día, y no solo porque fue el de mi boda, también por la espantosa sensación de que estaba cometiendo un tremendo error, y por la cantidad de desafortunados y terribles acontecimientos que ocurrieron.

Todo, incluso el tiempo estaba en contra de esa boda, porque el perfecto día de verano, se transformó en un diluvio de dimensiones espectaculares.

El jardín de la magnífica mansión de mamá, estaba preparado para celebrar la ceremonia. Preciosas rosas blancas (las preferidas de mi madre, por supuesto), adornaban los bancos que se habían instalado para que los invitados pudiesen seguir la ceremonia. El catering iba a servirse en mesas al aire libre, decoradas con blancos manteles y sillas forradas de raso rosa.

—Solo son unas pocas gotas, parará seguro —decía mi madre, pero ella no podía mandar en los factores meteorológicos, para su desgracia, la lluvia no cesó, muy al contrario, se convirtió en una tormenta tan fuerte, que dejó el jardín inundado y todo arruinado, las flores, los manteles, los lazos. Pensé que a mi madre le daría un ataque. Paseaba de arriba abajo de la habitación donde me estaba preparando, como un león enjaulado. Pero como siempre, supo recomponerse y guardar muy dentro sus sentimientos, era una dama y como tal no podía expresar furia, ira o cualquier muestra de humanidad. Todo era pose y saber estar, no como yo, pasional, espontánea y con una gran tendencia a meterme en toda clase de líos.

La lluvia no fue lo único que estropeó aquella espantosa boda. Una intoxicación alimenticia puso a la mayoría de invitados, incluido el novio, tan enfermos que colapsaron el servicio de urgencias del hospital.

Así que me pasé la noche de bodas, cuidando de mi marido que permanecía sentado en el suelo del cuarto de baño, abrazado al inodoro. ¡Menuda nohecita! No es que fuese nuestra primera vez, eso de virgen al matrimonio no va conmigo, pero uno siempre piensa que debe ser una noche especial. ¡Ja! De especial nada de nada.

—Oh, Dios mío Amber, creo que voy a morir.

—Anda ya, no seas exagerado.

—¿Por qué tú no estás mala?

—¿Quizás así te sentirías mejor?

—No, claro que no. Me alegro de que estés bien.

—Ya, seguro.

—Es solo que... tú siempre eres la que está metida en todos los líos, y sin embargo eres la única que no se ha puesto mala.

Eso era cierto, siempre era yo la que tenía tendencia a que me ocurriesen todo tipo de tragedias y cosas raras.

—Soy afortunada, odio el pavo y según parece eso era lo que estaba en malas condiciones.

— ¡Oh Dios, creo que tomé mucho! —estaba tan pálido que parecía un fantasma.

—Eso te pasa por glotón.

—Yo no...se interrumpió, pues tuvo un nuevo ataque de vómitos. Yo le sujetaba la frente, mientras vaciaba el escaso contenido de su estómago.

Así fue como comenzó mi andadura como una mujer casada. Ahora, con el tiempo, me doy cuenta de que todo iba a ser el presagio de cómo sería mi matrimonio. Una sucesión de noches sin sexo y días sin apenas comunicación. En fin, ¡un auténtico desastre!

CAPÍTULO 3. (Hace 2 años). El divorcio.

10 años, eso es lo que duró mi matrimonio. Teníamos tantas cosas en común, nos conocíamos tanto, que en vez de una pareja parecíamos hermanos.

Llegó un momento que ni siquiera hacíamos el amor, parecía incesto. Pasaban los meses y ni siquiera nos tocábamos. No puedo decir que hubo ninguna infidelidad, por lo menos por mi parte, simplemente estábamos juntos, nos respetábamos, pero cada uno hacía su vida.

Cuando decidimos que no podíamos continuar, nos divorciamos, fue de mutuo acuerdo y sin rencor alguno. Tomy es un buen hombre, con gran corazón y para mí sería siempre mi mejor amigo, pero como pareja, nada de nada.

Lo más duro de todo fue decírselo a mi madre.

—¡Divorcio! —puso el grito en el cielo—. Ningún Swanson se ha divorciado nunca.

—Pues me temo que yo voy a ser la primera.

—Tú lo que quieres es acabar conmigo.

—No mamá, yo solo quiero acabar con mi matrimonio.

—No te hagas la graciosa —entonces comenzaba el teatro, se agarraba el pecho y gemía—. Creo que me está dando otro ataque.

Desde que según ella, por mi culpa, tuvo un ataque al corazón, siempre que quiere salirse con la suya lo utiliza, sabe que me hace sentir culpable. Nunca olvidaré aquel día, le dije que iba a dejar la universidad, estaba estudiando arquitectura, pero en realidad lo que quería es ser policía. Tuvimos una fuerte discusión, después de la cual comenzó a quejarse de que la dolía el pecho y cayó fulminada al suelo. Si no llega a ser por mi padre que reaccionó de inmediato, quizá ella hubiera muerto. Me sentí tan mal que quise rectificar y volver a la universidad, pero mi padre me disuadió, dijo que yo no tenía la culpa, si no ella y su exagerada necesidad de controlar nuestras vidas. Mi padre era un hombre maravilloso que siempre nos apoyaba en todo y nos dejaba decidir, gracias a él continué con mi sueño. Siempre estará en mi corazón. Todos los días, cuando me pongo mi uniforme, le recuerdo, sé que gracias a él estoy en el cuerpo.

—Sabes que desde que me dio el ataque, estoy mala. Todo por tu culpa, Amber.

—Mamá, no es para tanto.

—¿¡Que no es para tanto!? ¡¿Cómo le voy a decir a mis amigas del club, que mi hija se ha divorciado!? —eso era lo único que a ella le preocupaban, las apariencias, el qué dirán.

—¡Me importan una mierda tus amigas!

—Oh... oh —entonces comenzó a lloriquear con los ojos totalmente secos—. ¡¿Cómo puedes hablar así a tu pobre madre enferma?!

—Tú no estás enferma.

—Tengo delicado el corazón.

—¡Oh por Dios, no puedo contigo!

Lo mejor que podía hacer cuando mi querida madre se ponía así, eran dos cosas: una, ceder y hacer lo que ella quería y dos, marcharme y dejarla sola. Por supuesto, en muchos casos tomaba el camino más fácil, que era la número uno, pero en este tomaría la más difícil y complicada, es decir la segunda.

Durante unos meses casi no hablamos. Sabía de ella a través de mi hermana, que por supuesto se había puesto de su parte.

Era consciente que con el tiempo todo volvería poco a poco a la normalidad, porque siempre ocurría así y, por supuesto, esta vez fue como todas. Para compensar el fuerte disgusto, accedí a pasar mis vacaciones en nuestra casa de campo. Fueron las más terribles de mi vida, pero era la única manera que tenía de compensar.

Durante un mes mi madre manejó mi vida a su antojo y se sintió de nuevo poderosa y fuerte. Solo era un mes de mi vida, se lo concedería, porque a partir de entonces nunca más le dejaría inmiscuirse en mis asuntos.

Soy una mujer independiente, sin ataduras, divorciada y con muchas ganas de disfrutar de la vida.

Me encanta mi trabajo de policía y tengo muy buenos amigos, con los que contar. Un exmarido con el que mantengo una maravillosa relación y una familia; una sobrina que siempre me apoya en todo, una madre y una hermana que aunque me vuelven loca, tengo que reconocer que las adoro.

CAPÍTULO 4. (En la actualidad). ¡Vivo mi vida como quiero!

¡Vivo mi vida como quiero!, al menos eso pensaba yo. Pero la verdad es que estaba sentada frente a este tío, por una cita que me programó mi hermana.

Le miré, y él me sonrió. «¿Qué pensará de mí?», no me importaba nada en absoluto, pero tenía mucha curiosidad. Seguro que creía que estaba loca por él y que esa noche me llevaría a la cama. «¡Ja!», pensé, «de eso nada de nada», tan solo imaginarlo poniéndome un dedo encima se me cerraba el estómago, y eso que hacía... mucho tiempo que no estaba con un hombre.

—Oye Jacob...

—Me llamo Jaden —¡Joder, que metedura de pata!

—Perdona —reí nerviosa—. Yo... oh, mira, ha sonado el móvil — puse mi ensayada mirada de inocencia que siempre me daba resultado.

—No he oído nada.

—Pues sonó... es un sonido muy bajo... —«¡Qué mala soy mintiendo!» Me miró a los ojos muy serio, pensé que se había dado cuenta de todo. Pero para disimular, miré el móvil y con la mejor de mis sonrisas, intenté disculparme— ¡Oh, Dios mío!

—¿Qué sucede?

—Es mi hermana, está enferma... muy enferma... y necesita... tengo que ir...

—¿Kayla está mala?

«¡¿Cómo puedo ser tan tonta?!». En ese momento recordé que era amigo de mi hermana y que tarde o temprano se iba a enterar de que no había estado enferma. No servía para mentir, nunca lo había hecho bien, siempre me pillaban.

—Oh no, no... ¿dije Kayla? —lancé una risa nerviosa— En realidad se trata de una amiga. Tengo que irme. Es una pena, porque lo estaba pasando muy bien.

—Bueno... vaya... qué pena. Podemos quedar otro día, si tú quieres.

«¡Este tío es un poco cortito!, ¡pero si se me nota a la legua que quiero largarme!»

—Oh... claro. Te llamaré.

Me levanté a toda velocidad, cogí mi abrigo y cuando le di la mano a modo de despedida, él insistió:

—Pero no tienes mi teléfono... espera y te lo doy.

—Oh, no hace falta que te molestes —no quería ser cruel, pero como continuara así tendría que ser sincera—. Ya me lo dará mi hermana. Tengo prisa, ya sabes... mi amiga... enferma...

—Sí claro, buenas noches, Amber.

—Adiós, Jacob.

—Es Jaden.

—Que tonta, es cierto —«Sonríe y sal de aquí corriendo», me dije a mí misma, me obedecí sin rechistar, le di de nuevo un fuerte apretón de manos y salí a la carrera, dejándole plantado. Por un momento me sentí una mujer horrible, pero enseguida se me pasó. Ese Jacob o Jaden, era del tipo de hombre totalmente egocéntrico y aburrido, ya encontraría una chica que admirase su fibroso y escultural cuerpo y que llevase una dieta macrobiótica como él.

—Hola hermana —mi voz sonó a través del teléfono, como si estuviese escupiendo las palabras.

—¿Qué te pasa? Pareces enfadada.

—Y lo estoy.

—¿Por qué?

—Acabo de salir huyendo de la cita que preparaste a mis espaldas.

—¿Tu cita con Jaden?

—Sí.

—¿A qué es genial?

—¡¿Genial?!, ¡¿has dicho genial?! —estaba tan enfadada.

—No me digas que lo has estropeado. Mira que es un buen partido. Es el dueño de un par de gimnasios...

—¡Me importa una mierda! —la interrumpí— ¿Por qué nunca me escuchas? No quiero citas a ciegas, ¡nunca más! No tienes ni idea de qué tipo de hombre me gusta.

—¿No te gustó Jaden?

—¡No!

—Pues chica, eres más rara...

—No vuelvas a hacerlo Kayla. Como me planees otra vez algo así, la que tendrá que acudir a la cita serás tú.

—Está bien, está bien... yo solo quería ayudarte.

—No necesito que mi hermana mayor me busque chicos.

—Pues sola no te va muy bien que se diga...

Me dieron unas ganas terribles de ir a su casa y estrangularla con mis propias manos.

—Te dejo, estoy entrando en el coche.

—Adiós, desagradecida.

Me colgó y me quedé pasmada. «¡No, si encima tendré que darle las gracias!»

CAPÍTULO 5. Hunter.

Estaba furiosa y no tenía ganas de irme a casa, así que decidí pasarme por *The Charly's*, la cafetería que toda la comisaría frecuenta, y cuya dueña Charly es muy buena amiga mía. Nos conocemos desde que empecé a trabajar en Tribeca y desde el primer momento nos hicimos íntimas.

The Charly's es un lugar acogedor donde te sientes cómodo, y su cocinera Martina, prepara las hamburguesas más deliciosas que jamás he probado.

Charly llegó desde Texas buscando aventura y un lugar donde vivir. Dejó su país cuando le llegó la herencia de un padre al que nunca conoció, y que cuando era tan solo una niña la abandonó junto a su madre.

Cuando su madre falleció, quiso comenzar de nuevo y marcharse lejos de los dolorosos recuerdos de una infancia llena de carencias de todo tipo.

Cuando un buen día se presentó un abogado en su casa y le dijo que su padre había fallecido y que le había dejado una gran cantidad de dinero, en un principio se vio tentada de rechazarla, pero luego lo pensó mejor. De niña pasó hambre y él estaba forrado, ahora se quedaría con todo y viviría la vida que siempre había deseado.

Hizo sus maletas y se embarcó a la aventura. Cuando llegó a Manhattan encontró por casualidad la cafetería en venta, junto con el edificio donde se encontraba ubicada.

En la parte de arriba instaló su hogar, un precioso apartamento que remodeló y amuebló con mucho gusto. También restauró toda la cafetería y la cambió de nombre, pasó de ser “La Comisaría” a “The Charly's”. En el sótano arregló otro apartamento para alquilar, con todas las comodidades y amueblado, sin lujos pero de buena calidad.

Aparqué el coche y me encaminé hacia la cafetería. Eran las once de la noche de un sábado, y *The Charly's* estaba casi vacío. Siempre tenía muchos clientes a las hora de las comidas y en los cambios de turnos, cuando los policías salían y antes de irse a casa se tomaban una cerveza con los compañeros. Pero por la noche, estaba casi muerto.

—Hola Amber. ¿Ya vienes de tu cita?, es muy pronto. Uh, vaya cara que traes. Deduzco que fue un desastre.

Charly y yo somos amigas íntimas y siempre le cuento todo, así que estaba informada sobre mi cita a ciegas.

—Desastre es poco decir. Imagínate un tipo cuya única conversación es sobre él y sus perfectos músculos.

Charly se reía a carcajadas.

—Te lo dije, no aceptes una cita que te prepare tu hermana.

—Sí, tienes razón, pero te juro que esta es la última vez...

—Eso espero. Me senté en un taburete alto y me apoyé en la barra.

—Ponme algo fuerte.

—¿Quieres una copa de vino?

—Había pensado en un whisky.

—A ti no te gusta el whisky.

—Tienes razón, pero necesito algo muy fuerte.

Charly sacudió la cabeza y cogió un vaso, echó hielo y un chorrito del líquido dorado.

—Toma, pero que conste que también te lo he advertido.

Lo moví entre mis dedos y lo olisqueé, su olor era fuerte y me hizo mover la nariz y arrugar la frente. Lo llevé a mis labios y le di un gran trago.

—¡Oh, Dios mío! —los ojos me lagrimearon y tosí con desesperación.

—Te lo dije —Charly me sonrió y me golpeó la espalda intentando ayudarme, pero más que hacer eso, consiguió que casi me cayera del taburete.

—Soy un desastre total. Anda, ponme una copa de vino y tira esto que no hay quien se lo beba —le di el vaso y esperé mi copa.

Escuché unos ruidos y dirigí mi mirada hacia el lugar de donde procedían.

Moviendo las mesas y las sillas, escoba en mano, estaba el hombre más guapo que había visto nunca. Se llamaba Hunter y llevaba trabajando para Charly desde hacía ya un año. Me podía pasar horas contemplándole, e incluso en algunas ocasiones temía quedarme embobada mirándole con la boca abierta.

Llevaba puestos unos jeans desgastados y tan ajustados que marcaban sus fuertes y larguísimas piernas. Era altísimo, por lo menos mediría 1,90, de complexión fuerte y aspecto rudo y sexy. Llevaba una camiseta negra de manga corta y sus bíceps se movían, se abultaban y se relajaban conforme pasaba la escoba.

Tenía el pelo recogido, como siempre, en una coleta y yo me moría por quitarle la goma que la sujeta y pasar mis manos por él. «¿Qué tacto tendría?», seguro que era suave. Su cabello brillaba y tenía el mismo color que sus ojos, un castaño precioso.

Charly tosió y me sacó de mi ensoñación. Fue entonces cuando me di cuenta que estaba con el codo sobre la barra y la mano apoyada en la barbilla, mirándole totalmente extasiada.

—Se te va a caer la baba —me dijo muerta de la risa.

—¡No me digas que no está bueno! —solté una maldición interiormente, ese maldito defecto que tengo de decir todo lo que se me pasa por la cabeza sin filtrar nada, siempre me trajo complicaciones e incluso terribles consecuencias.

—No sabía que te gustaba Hunter —ahí tenemos una consecuencia, dar explicaciones a mi amiga sobre mis gustos en cuanto a hombres.

—No es eso, es... —no sabía qué decir y utilicé la técnica de cambiar de conversación que tan buenos resultados me había dado siempre.

—¿Qué vino es este?, está muy bueno.

Pero Charly no era tonta, me conocía muy bien y no iba a caer en la trampa.

—Mucho te importará a ti, tú que eres capaz de beberte ese terrible vino que venden en el supermercado y cuyo nombre ni siquiera puedo recordar. Vamos Amber, no me tomes por tonta. Te gusta Hunter —me sonrió pícaramente y esto último lo dijo con tono cantarín, como si fuese una niña pequeña—. A Amber le gusta Hunter —volvió a canturrear.

—¡Está bien!, quizá un poco. Pero sé completamente sincera, ¿a que a ti también te gusta, aunque sea solo un poquito?

—Está muy bueno —dijo sin poder parar de reír.

—¿Qué sabes de él? —ya que estamos metidas en el tema, quería averiguar cosas sobre ese hombre, que hacía mucho tiempo que me preguntaba.

—Nada de nada. Apenas habla, no cuenta nada de su pasado y siempre está muy serio. Te juro que no le he visto nunca sonreír.

—Nunca me has contado como comenzó a trabajar para ti —me animé a continuar con mi interrogatorio, Charly estaba habladora y yo llevaba un whisky y una copa de vino en el cuerpo.

—Hace ya un año, vino pidiendo trabajo. Me dio mucha pena. Solo traía una mochila de esas que lleva la gente cuando van a la montaña. Tampoco tenía donde dormir y a demás de contratarle, le ofrecí el pequeño apartamento que hay abajo en el sótano.

—¿No tuviste miedo? —era de extrañar que no tuviese esa sensación de desasosiego. Hunter además de ser un hombre muy grande y fuerte, tenía aspecto de peligroso, con esa barba incipiente y su mirada fría.

—Nunca le he temido. Sé que puede sonar raro, pero muy al contrario, tiene algo que me provoca seguridad y tranquilidad al tenerle cerca. Cuando está, no tengo miedo, me siento protegida. Es un trabajador incansable y un buen chico. Nunca me ha dado ningún problema. Con él en casa me siento más segura, que estando yo sola en este edificio tan enorme.

—¿Nunca has pensado que podría ser un exconvicto o un asesino?

—Lo dudo mucho. Yo tengo mucha intuición y te digo que es una buena persona que por circunstancias que desconozco, ha tenido mala suerte y ha terminado sin un centavo. Sé que oculta algo de su pasado, eso no te lo niego, pero estoy segura que no es nada malo. Todo el mundo merece una segunda oportunidad en la vida, y yo quiero ayudar a que él la tenga.

Continué con mi escrutinio y entonces me fijé en un tatuaje que tenía en el brazo derecho y que llamaba mucho mi atención. Era un intrincado diseño de líneas negras que se retorcían, desaparecían

dentro de la manga de la camiseta y que comenzaban en la muñeca.

—Mira el tatuaje que lleva en el brazo.

Las dos nos quedamos mirándole, mientras él, ajeno a la conversación, continuaba con su tarea.

—Un día...—me dijo Charly en voz baja, mientras me hacía señas para que me acercara a ella— un día, le vi sin camiseta —puso los ojos en blanco, como si entrara en éxtasis, al recordar— ¡Madre mía, qué cuerpo! —suspiró evocando la imagen y continuó con su relato— Bueno, pues aparte de un perfecto y musculoso cuerpo, me fijé que el tatuaje que le recorre todo el brazo derecho, también le cubre parte de la espalda.

—¿Cómo un tribal?

—Sí, eso es.

—Oh, vaya —me volví a mirarlo de nuevo, cada vez me fascinaba más.

Él se dio cuenta de que le estaba mirando y de reojo me echó un vistazo tímidamente.

Muchas veces cuando estaba en el café, jugábamos al gato y al ratón. Yo le miraba y él disimulaba, y cuando él me miraba yo era la que apartaba la mirada. No sabía qué era lo que me ocurría con Hunter, me sentía tímida y cuando notaba sus ojos sobre mí, me ponía nerviosa. Me entraba calor por todo el cuerpo y me ponía colorada como un tomate.

—¿Nunca le has preguntado sobre su pasado?

—Lo he intentado más de una vez, pero cambia de tema.

—Es misterioso, ¿no crees?

—Lo que creo es que va siendo hora de cerrar e irnos a dormir.

Estaba de acuerdo con ella, me daba pena perderle de vista, pero era muy tarde y al día siguiente tenía que trabajar.

Me puse el abrigo y me despedí de Charly con dos besos. Encaminé mis pasos hacia la salida y cuando llegué a la altura de Hunter, le sonreí tímidamente.

—Buenas noches Hunter —le dije. Él clavó sus brillantes ojos sobre mí y movió la cabeza haciendo un gesto de despedida.

—Buenas noches —me contestó con su profunda voz. Me encantaba como sonaba, era una verdadera pena que no hablase más, porque cuando lo hacía era como una caricia por todo mi cuerpo. Me sentía tentada de cerrar los ojos para poder prescindir del resto de los sentidos, y así solo hacer uso del oído para sentirle con más fuerza. Me gustaría que me hablase al oído, solo de pensarlo, un fuerte escalofrío me recorría todo el cuerpo. «¿Qué narices me ocurre con ese hombre?»

CAPÍTULO 6. Owen.

Esa noche, cuando volví a casa y me metí en la cama, no podía evitar acordarme de Hunter y al quedarme dormida tuve uno de esos sueños eróticos, y él fue el protagonista. Desperté en mitad de la noche excitada, después de haber tenido un orgasmo en sueños. Estaba muy confundida, mis sentimientos estaban locos y me llevaban por un camino que no era el adecuado. «¿Qué pasaría si tuviese una relación seria con Hunter?», eso sería imposible, «¿y si fuese solo un polvo, y ya está?», luego me arrepentiría, no soy de esas mujeres que se acuestan una noche con un tío. Decidí dejar a Hunter de lado y centrarme en otras cosas. En esos pensamientos andaba, cuando sonó el despertador.

Me preparé para ir a trabajar. Unos jeans ajustados y un jersey azul marengo, componían mi indumentaria de ese día.

Me miré al espejo, con la intención de maquillarme. «¡Caramba que maravilla!», parecía que haber tenido sexo, aunque hubiera sido solo en sueños, me había sentado muy bien, se refleja en mi rostro. «¡Imagínate si lo tuvieses con un hombre de carne y hueso!» Sonreí al pensarlo, hace tanto que no disfrutaba de un cuerpo masculino, que solo con pensarlo me sentí excitada. Sacudí la cabeza para quitarme esos pensamientos de mi cabeza, y continué maquillándome. Un poco de rimmel y brillo en los labios, no me gusta ir muy pintada, así que con eso me valía. Miré mi cabello rubio y rizado, lo llevaba corto porque era lo más práctico.

«Con el pelo tan bonito que tienes, ¿por qué te empeñas en llevarlo tan corto?, pareces un chico.» Tampoco en esto mi querida madre estaba de acuerdo.

Miré el reloj, era la hora de salir. Vivo en unos apartamentos que están cerca de la comisaría, así que tan solo un cuarto de hora es suficiente para llegar al trabajo.

Antes de entrar en la comisaría siempre me paso por la cafetería de Charly y tomo un café muy cargado.

Hoy no está mi amiga y para mi total desazón quien me atiende es Hunter.

—Buenos días —me dijo, y yo intento como puedo disimular el acaloramiento que me recorre todo el cuerpo solo con escuchar su voz. Sabía que me estaba poniendo colorada, pues sentía la cara arder. Aún tenía fresco el sueño de esa noche y me avergonzaba estar delante del hombre con el que había mantenido relaciones sexuales, sin tener él conocimiento alguno.

—Buenos días —balbuceé y bajé la mirada, no era capaz de mirarle a los ojos, temía ponerme a temblar.

Me puso el café sin ni siquiera pedirlo. Es muy raro, porque estaba justamente como a mí me gusta, cargadito, con la leche desnatada y fría. Siempre es Charly quien me sirve, así que ¿cómo sabía él cómo me gustaba?

Me despedí y él lo hizo con un gesto con la mano y sin pronunciar palabra. Me sentí defraudada, me hubiese gustado escucharle otra vez.

Subí a mi coche y fui dando sorbitos a mí café mientras entraba en la comisaría y saludaba a los

compañeros del turno de noche que ya se iban a casa.

Esa mañana había una gran actividad, según parecía la noche había sido movida.

—Hola Amber —me saludó Darach que era uno de los mejores policías y un estupendo compañero.

—Buenos días, ¿has tenido turno de noche? —le pregunté.

—Sí, y ha sido una noche terrible, no hemos parado. ¿Podrías hacerme un favor?

—Claro.

—Es la hora de marcharnos, pero Aby y yo hemos tenido un caso de violencia de género —Aby era la pareja de Darach, además de la psicóloga que trabaja en la comisaría—. Un tipo nos avisó de que sus vecinos estaban discutiendo. Escuchó a la mujer gritar y sin pensárselo dos veces tiró la puerta del apartamento de sus vecinos de una patada. Entró y logró separarla de su marido, que la estaba dando una tremenda paliza. La mujer está en el hospital y el héroe que la salvó está con Aby en su despacho. ¿Podrías tomarle tú declaración?, estamos agotados.

—No hay problema, yo tomaré todos los datos para la denuncia. Vosotros iros ya a casa.

—Muchas gracias Amber.

Juntos nos encaminamos al despacho de Aby y llamamos a la puerta.

—Pase —dijo Aby.

Darach abrió la puerta y me hizo un gesto con la mano para que entrase mientras que él la sujetaba.

El hombre estaba sentado frente a Aby y se levantó de inmediato cuando nos vio entrar. De estatura media, delgado y muy atractivo, sonrió con simpatía. Aby me hizo un gesto con la mano a modo de saludo y yo le respondí.

—Señor Astrof, esta es Amber, ella le tomará declaración —nos presentó.

Me sonrió de nuevo y nos dimos la mano.

—Señor Astrof —le dije estrechándosela.

—Por favor llámame Owen.

—Nosotros nos marchamos —dijo Darach, y tomando a su mujer por la cintura, salieron del despacho, dejándonos solos a Owen y a mí.

—Siéntese, por favor.

—Tutéame, si me hablas de usted parezco más mayor —sonrió de nuevo, y me di cuenta que sus ojos brillaban y su sonrisa era contagiosa, porque sin pretenderlo me encontré haciéndolo yo también.

El obedeció y se sentó de nuevo frente a mí.

Llevaba una camisa blanca de Ralph Lauren y unos chinos negros que le sentaban fenomenal, porque se adaptaban como un guante a sus largas y musculadas piernas. Sin poder evitarlo me quedé mirando

unas manchas que tenía en la camisa.

—Son de Amanda, mi vecina —me dijo al darse cuenta del objetivo de mis miradas y las señaló una a una—, esta es de rimmel y esta es de la sangre de su labio partido.

—Oh, claro —¿Sólo se te ocurre decir eso?!, me regañé—. Tengo que hacerle..., perdón, hacerte unas preguntas.

—Pregunta todo lo que quieras, estaré encantado de contestarte a todo —su voz sonó insinuante. «¿Estaba intentando ligar conmigo?»

—Oh... bien —«¿Me estaba poniendo nerviosa?», la respuesta era un sí rotundo. Sus ojos se clavaban en mí y me decían que yo le gustaba, y mucho. Carraspeé para aclararme la voz e intenté concentrarme en mi trabajo—. Necesito que me des varios datos personales.

—No hay problema siempre y cuando luego me los des tú.

—¿Perdón?... ¡oh!... yo —me entró la tos nerviosa y tuve que levantarme, pedirle disculpas y servirme un vaso de agua. Jamás me había pasado nada igual en mi trabajo, normalmente soy dura y muy profesional, pero el señor Asfrof estaba consiguiendo ponerme muy inquieta.

—¿Estás bien?

«¿Me estaba tomando el pelo?», seguro que se estaba dando cuenta del mal rato que estaba pasando. «Menudo día después de Hunter y mi sueño erótico, ahora aparece este hombre provocándome.»

—Sí... sí, perfectamente. Será mejor que continuemos —tomé asiento de nuevo—. ¿Edad?

—40, ¿y tú?

Se debía de pensar que estábamos en una de esas citas que programan las agencias matrimoniales y no en una comisaría realizando una denuncia.

—35 —dije sin darme cuenta. «¿Por qué narices le sigues el royo?», me pregunté.»

—¿Lugar de nacimiento?

—Detroit, ¿y tú?

—Manhattan —no dejaba de sonreír y yo tenía el corazón a cien por hora— ¿Profesión?

—Soy cirujano.

—¿Estado civil?

—Soltero, ¿y tú?

—Soltera —se acercó a mí y una gran sonrisa le iluminó la cara.

—¿Domicilio?

—Vivo en un apartamento en East Village en el Soho —«¡Guau, esos son de lujo!»

—Cuéntame, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Amanda es mi vecina y nos llevamos muy bien —se recostó de nuevo, se puso muy serio y no apartaba la mirada de mis ojos—. La conozco a ella y a su marido desde hace unos meses que me mudé al edificio, jamás habría pensado que él... parecían un matrimonio feliz y muy compenetrado —se movió inquieto en el asiento. Puso sus manos sobre la mesa, tenía los dedos largos y las uñas muy cuidadas, manos preciosas de cirujano, de eso no cabía duda—. A eso de las ocho de la mañana la escuché llorar y pegué el oído a la pared, pues me preocupé. Cuando comenzó a chillar, no lo pensé dos veces y corrí a su puerta. La aporreé con fuerza, pero no me abría y los gritos eran cada vez más fuertes, así que no lo pensé dos veces y con todas mis fuerzas golpeé la puerta hasta que cedió y pude entrar. Ese desgraciado la tenía agarrada del cuello y la había golpeado. Ella gritaba pidiendo auxilio, me desesperé intentando que la soltara, pero no hubo manera. Así que le di un golpe en la cabeza con un jarrón y el tipo cayó al suelo como un fardo —lo contaba con tal naturalidad y aplomo, que parecía lo más normal del mundo golpear a un tío con un jarrón—. La tomé entre mis brazos e intenté tranquilizarla, estaba histérica.

—Hay que tener mucho valor para hacer eso.

—Va... no tiene importancia.

Realicé el resto de preguntas pertinentes en este tipo de denuncia, mientras que él se dedicaba a ponerme nerviosa con sus ojos azules acariciando mi cuerpo.

—Ya tengo todo lo que necesito.

—¿Estás segura de eso? —su voz fue insinuante, no se refería a la denuncia, eso estaba claro.

—¿Perdón? —«¡Tonta, tonta!», me regañé mentalmente, estaba dejando que él llevara el mando de la conversación.

—Me gustaría invitarte a cenar, a comer o a lo que tú quieras.

Me quedé totalmente atónita, «Sí, sí, sí», claro que quería por fin un hombre interesante y, ¡quería salir conmigo!

—Me encantaría —mi boca siempre era más rápida que mis pensamientos.

CAPÍTULO 7. ¡Dios, soy como mi madre!

Nos intercambiamos los teléfonos y nos despedimos hasta la noche. Cuando me dejó sola en el despacho de Aby, me dejé caer en la silla con cara de boba. ¡Tengo una cita con un tío increíblemente perfecto! Me dio un poco de miedo, normalmente lo perfecto no era tan bueno y como ejemplo tenía a mi madre, la deseché rápido de mi pensamiento. ¡Esa sería mi noche y nadie me la iba a estropear!

Por un breve instante, estuve tentada de llamar a Kayla y contarle que sin su ayuda, había encontrado un hombre guapísimo, con una profesión muy interesante, inteligente y forrado.

«¡Oh no, soy como mi madre!»

Me quedé paralizada al darme cuenta.

«¿Desde cuándo todas esas cosas me importan?»

Quizá tanto tiempo escuchándola, había hecho mella en mi interior y al final pese a mi negación, buscaba un hombre que tuviese las características que a ella le parecían adecuadas. Cerré los ojos con fuerza y sentí una inmensa necesidad de llorar.

«¡Me niego a que eso sea así!»

Me prometí a mí misma, pero era un compromiso totalmente vacío, pues en realidad, estaba entusiasmada con una cita con un hombre que se ajustaba totalmente al prototipo de mi madre.

«¡Se acabó, no soy, ni seré nunca como mi madre!»

Decidí probar, ¿por qué no?, le daría una oportunidad a Owen. De repente se me pasó por la cabeza la mirada triste de Hunter, «¿por qué narices pienso en él?», sacudí la cabeza para borrar esa imagen.

De pronto llamaron a la puerta del despacho.

—Amber, el comisario te está buscando —era Emma que hacía las funciones de secretaria.

—Voy ahora mismo.

Ya era hora de continuar con el trabajo, nada de hombres hasta la hora de la salida. Solo tenía que esperar hasta entonces, porque Owen me vendría a buscar y cenaríamos juntos. Di palmas de alegría, mientras mi yo interno danzaba y chillaba a pleno pulmón.

El día se pasó rápidamente, es lo bueno de tener mucha actividad, no te da tiempo de pensar en otras cosas y cuando te quieres dar cuenta es la hora de irte a casa.

Cogí mi coche y salí pitando para mi apartamento. De camino iba pensando en qué me pondría, era una buena ocasión para estrenar esa preciosa ropa interior que me había comprado hacía ya un año. «¡Quizá esta noche, sea la noche!», me restregaba las manos con impaciencia. Por fin después de dos años quizás volviera a sentir el tacto de la piel de un hombre, quizá sentiría sus manos sobre mi cuerpo... uff, me estaba dando un auténtico calentón solo de pensarlo.

Un coche me pitó, el semáforo estaba ya verde desde hacía un buen rato, pero yo, absorta en mis

pensamientos calenturientos, no me había dado cuenta y continuaba parada y sin ninguna intención de continuar la marcha.

—¡Oh, perdón! —le dije al otro conductor mirándole a través del espejo retrovisor, sabía que él no me podía escuchar pero necesitaba disculparme. Arranqué y continué mi camino.

Cuando llegué por fin a mi apartamento, me metí en la ducha, no me quedaba mucho tiempo, eran las cinco y Owen vendría a las siete.

Tenía que darme un buen baño, usaría el gel perfumado y la crema, me costaron una pasta, pero olía muy bien y seguro que esta noche le sacaría provecho. Me depilaría todo el cuerpo, era necesario, no quería que Owen se encontrara ninguna sorpresa desagradable. Me maquillaría un poco más de lo normal, quizá le diese un tono rojo a mis labios.

¡Manos a la obra! En tiempo record, es decir «¡oh Dios!, ¡casi una hora!», estaba preparada, tan solo tenía que vestirme.

Llamaron a la puerta y yo pensé que me daría un ataque de nervios, ¡no podía ser él, era muy pronto! Dios, ¡¿qué hago?! tendré que abrirle, ¡pero no he terminado de arreglarme! Estaba tan histérica que corría de un lugar a otro, sin saber qué hacer.

—Amber ábreme la puerta, te estoy escuchando. Resoplas como una tetera vieja —¡Oh no, no, mi madre!

Abrí la puerta, mientras intentaba disimular mi excitación y ponía una sonrisa grande y brillante.

—Hola mamá, qué alegría.

—Amber cariño, déjame pasar —sin darme cuenta había interpuesto mi cuerpo impidiéndole el paso.

—Oh claro, pasa... pasa.

Ella entró como siempre lo hacía, parecía la dueña del lugar. Miró mi pelo húmedo y puso mala cara.

—¿Por qué insistes en llevar el pelo tan corto?, pareces un chico — ya empezaba como siempre.

—A mí me gusta así.

—Tú no tienes buen gusto —hizo un gesto que abarcaba primero mi persona y luego el salón de mi casa—. No hay más que verlo.

—¿Qué es lo que quieres, mamá? —estaba comenzando a perder la paciencia.

—Solo venía a ver cómo estás, porque tú no lo haces por tu enferma madre —¿A quién creía que podía engañar?, a mí no, desde luego. Sabía perfectamente que si estaba en mi apartamento era por algún motivo y no precisamente el de ver cómo me encontraba.

Se quitó el abrigo y lo puso en mi mano. Luego se sentó en el sofá y comenzó a inspeccionarlo todo con su mirada.

—Hija, qué sucio lo tienes todo. Eres un desastre —otra vez comenzaba, siempre era igual. Puse los ojos en blanco—... si contrataras una asistenta, claro, que como insistes en vivir con ese sueldo tan

escaso...

«¡No puedo más!», gritaba en mi interior.

Tenía que hacer todo lo posible porque se marchase.

—Mamá tengo mucho que hacer.

—Está bien hija. Ya me marcho —se levantó del sofá y cogió su abrigo. Yo intenté reprimir un fuerte suspiro de alivio que pugnaba por salir—. Tan solo quería recordarte lo de la fiesta de este sábado —se dio cuenta que no sabía de qué narices me estaba hablando, solo por la forma en que la miré—. ¡Sabía que te olvidarías!, ¡por dios Amber, eres un autentico desastre! —esa era la frase preferida de mi madre.

—Mamá, tú no me habías dicho nada de una fiesta.

—¡Me desesperas Amber! Muchas veces pienso que no me escuchas —reprimí una risa, porque la verdad era que casi nunca la escuchaba. Lanzó un profundo suspiro—. Dentro de un mes es la fiesta benéfica a favor de los niños pobres, en el Waldof Astoria. Tienes que ir muy elegante, espero que tengas un buen vestido, si no tendremos que ir de compras.

—Lo tengo mamá, no te preocupes. Pero no sé si iré, sabes que no me gustan...

—Tonterías —no me dejó ni terminar—, claro que vendrás. Yo soy quien lo está organizando todo y mis hijas tienen que estar a mi lado. Quiero que el miércoles pases por casa de Kayla y recojas unas muestras de manteles de seda que ha dejado sobre la mesa del salón.

—¿Y por qué no te los trae ella? —siempre tenía que hacer de chica de los recados.

—¡Oh, qué desastre, ves... ves... cómo no escuchas nada!

«Joder, y ahora, ¿qué es lo que he hecho?»

—Kayla —continuó como si hablase con una niña pequeña—, está de viaje con Tyler.

Miré de reojo el reloj y casi me desmayo, ¡las seis y media!, Owen estaba a punto de llegar.

—Está bien... yo iré —la tomé del codo y la fui llevando hacia la salida.

—Toma las llaves de la casa —me dijo, mientras abría su bolso y sacaba un juego de llaves colgando de un gran llavero de plata.

—Muy bien... adiós mamá —cogí las llaves y casi la empujé hacia la puerta.

—¿Por qué tienes tanta prisa porque me marche? —¡Me pilló!, ahora sí que sería imposible deshacerme de ella—. Y ahora que me fijo, estas maquillada. ¿Has quedado con alguien, Amber? —su expresión cambió, parecía contenta—. ¡Oh, cariño, has quedado con Jaden!

«¿Quién es ese?, oh, el tío de la dieta macrobiótica»

—Ya me contó tu hermana. Qué bien cariño, es un buen partido.

—No mamá, no he quedado con él, ni con nadie.

—No me puedes engañar —me palmeó la cara. Esperaré a que venga y así lo conoceré —y dicho esto se sentó de nuevo en el sofá.

«¿Por qué Dios mío?!»

Quise levantar los ojos al cielo para entonar una plegaria, pero si lo hacía tendríamos otra vez una discusión sobre la falta de respeto hacia una pobre y enferma mujer, así que desistí. No había nada que hacer. Owen y mi madre se conocerían y yo terminaría casi con seguridad sin echar el polvo que tanto ansiaba, porque después de conocer a mi madre, él saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

CAPÍTULO 8. El beso de buenas noches.

Cuando llamaron a la puerta creí morir y por un instante pensé en ponerme a llorar y encerrarme en mi cuarto como cuando era adolescente y mi madre me estropeaba alguna de mis citas.

Abrí la puerta con temor, y allí estaba él. Llevaba un perfecto traje negro y camisa blanca sin corbata que le daba un aire más informal. Exudaba elegancia por los cuatro costados, y cuando mi madre le vio, por primera vez en mi vida la vi quedarse perpleja y casi con la boca abierta.

—Este no es Jaden —me dijo bajando mucho la voz y casi entre dientes, porque no podía dejar de sonreír.

—Mamá te presento a Owen Astrof, le conocí en la comisaría. Es un héroe, ayudó a una mujer a la que su pareja la estaba agrediendo.

El sonrió y la tomó la mano, se la llevó a los labios y la besó, como los antiguos caballeros hacían con las damas.

—No haga caso a su hija, exagera. No hice nada que otro en mi lugar no hubiese hecho.

Creí que mi madre iba a babear, por la forma en que le miraba.

—Estoy encantada de conocerle señor Astrof —dijo, y comprobé con total incredulidad que le estaban faltando las palabras—. Por favor, llámeme Cecilia.

—Y usted a mí Owen.

Estaba tan emocionada que incluso tuve la sensación de que le brillaban los ojos.

—¿A qué se dedica? —«Ya empezamos con el interrogatorio.»

—Soy cirujano. Mi socio y yo tenemos una clínica de cirugía estética.

—Oh —se le abrieron los ojos como platos—. Quizá podrías darme tu tarjeta, me vendría bien algún retoque. Aunque la genética me ha tratado muy bien, siento que ya va siendo hora de pasar por quirófano —«¿La genética? Qué morro tiene, lleva más operaciones a costas que Cher.»

—Permíteme —le dijo Owen y la llevó hacia la luz. Tomó su cara entre sus manos y comenzó a moverla de un lado para otro, observándola desde todas las perspectivas—. Creo que estás perfecta, no necesitas ninguna cirugía, al menos de momento.

Vi como mi madre se hinchó como un pez globo, su satisfacción era tanta, que si la pinchara con un alfiler seguro que estallaría. A mí me dio la risa, pero disimulé como pude. Este hombre era un auténtico granuja, sabía cómo satisfacer el gran ego de mi madre y utilizaba todas las tácticas conocidas para llevársela a su terreno y metérsela en el bolsillo.

—Eres demasiado caballeroso —le sonrió y con mucha suavidad posó su mano sobre su brazo. Jamás pensé que vería a mi madre coquetear y ahora lo está haciendo descaradamente y en mis propias narices.

—Bueno mamá, ya te ibas, ¿no?

—Oh, que va, no tengo prisa. Vete a vestir y yo me quedaré haciendo compañía a Owen —y sin más, le tomó del brazo y le acompañó al salón. Yo me quedé en la puerta como una tonta.

«Será posible, ¡Dios, no puedo con ella!». No me vale de nada enfadarme, siempre se salía con la suya.

Corrí a mi habitación, tenía que vestirme lo antes posible, cuanto menos tiempo estuvieran a solas mejor.

Me había decidido por un vestido corto que me favorecía mucho, pero necesita medias y ponérmelas me llevaría más tiempo del que disponía. Así que cambié de opinión, me puse unos pantalones ajustados y un blusón de gran escote que hacía que mis pechos se vieran voluptuosos, quería provocarle. Me miré en el espejo y me gusté, pero me faltaba algo. Me metí dentro del armario y localicé mi cinturón de cuero negro con una hebilla grande y plateada. Me lo puse y me miré de nuevo. «Perfecto, ahora sí que estoy muy pero que muy buena.»

Sonreí feliz. Aunque mi madre pretendiese estropearme la noche, no lo iba a lograr. Estaba impecable con esos pantalones que me marcaban el bonito trasero, esa blusa que dejaba vislumbrar mis atributos y el cinturón que marcaba mi cintura. Mi pelo brillante, los rizos enmarcaban mi cara y me favorecían y un discreto maquillaje. «Un diez Amber», me dije a mi misma dándome ánimos.

Regresé al salón y allí estaban los dos sentados con una copa de vino, «¿Mi madre había servido el vino?! Increíble», ella jamás hace algo así. Charlaba de forma amistosa y yo casi me desmayo, cuando la escuché que estaba hablando de mí.

—...te lo juro —decía, mientras soltaba una carcajada—, allí estaba Amber todo lo larga que es tirada en el suelo.

Owen se levantó cuando me vio llegar, por su mirada de aprobación, sentí que le gustaba.

—¡Vaya Amber, estas preciosa! —dijo y consiguió que me sonrojara—. Tu madre me estaba contando tus travesuras de pequeña.

«¡Oh, Dios!, ¿qué le habrá contado?». Esperaba que no saliese corriendo.

—Cariño, estás muy guapa —«¡El mundo se termina, mi madre me ha dicho un cumplido!».»

—Gracias —dije tímidamente—. ¿Nos vamos? —miré a Owen.

—Sí claro. Cecilia, ¿necesitas que te acerque a tu casa?

—No es necesario, el chofer me está esperando abajo. Pasadlo bien —nos dijo y nos dio un beso a cada uno.

Ya en el coche de Owen, recibí un mensaje, al mirarlo vi que era de mi madre.

“Amber querida, espero que no lo estropees. Este hombre es maravilloso y no vas a encontrar nada mejor.”

—¿Pasa algo malo? —me preguntó al ver mi expresión contrariada al leer el mensaje.

—No, nada.

—Tu madre es encantadora.

Le miré totalmente pasmada. «¿Encantadora?», nunca definiría a mi madre con esa palabra. Calculadora, egoísta, egocéntrica, esas sí son palabras que la definen.

—Sí, mucho —le contesté con tono jocoso, pero él no lo interpretó así y se limitó a sonreírme.

—¿A dónde te gustaría que fuésemos? Había pensado llevarte al restaurante *Le Bernardine*.

—Uff, demasiado lujoso para mí, prefiero algo menos refinado. ¿Te importaría que fuésemos a otro sitio?

—No claro, ningún problema. ¿Qué te apetece?

«Subir de nuevo a mi casa y que nos desnudemos», pero eso no podía decirlo en voz alta, así que me conformaría con una pizza.

— ¿Conoces el *Lucali*?

— ¿El restaurante italiano que está en *Brooklyn*?

—Sí, en *Henry street*.

—Pues sus deseos son órdenes “my lady” —me tomó la mano y la besó, un escalofrío recorrió mi brazo. «Guau», pensé.

El tráfico era fluido y en pocos minutos llegamos a la pizzería.

Era un lugar acogedor y con buen ambiente, pedimos una pizza pepperoni y una botella de vino.

Ese hombre era una caja de sorpresas, divertido, buen conversador y muy inteligente. Hacía mucho tiempo que no lo pasaba tan bien. Así que disfruté de lo lindo.

Cuanto más le miraba más atractivo me resultaba y más ganas tenía de probar sus labios.

Todo iba sobre ruedas, hasta que le sonó el teléfono.

—Permíteme —me dijo, yo le hice un gesto de asentimiento y él contestó.

—¿Ahora..?, ¿no puede ser más tarde? Está bien..., sí..., vale..., vale.

«Me temo que esta noche no hay sexo».

—Lo siento Amber. Me ha surgido un problema... joder —esa palabra en su boca sonaba como un pecado—. Lo siento de verdad...

—Tranquilo, no te preocupes —le sonreí tiernamente, se le veía turbado.

Pidió la cuenta, me ayudó a ponerme el abrigo y me agarró de la cintura. Nos subimos en el coche y condujo en silencio. Se le veía contrariado, seguro que él también había pensado otro final para esta

noche. Un final que nos hiciese sudar y gemir de placer, pero no pudo ser. «¡Dios, es frustrante!»

Cuando llegamos a mi apartamento se bajó del coche y me acompañó hasta la puerta.

—Lo he pasado muy bien —dije, ya no podía soportar más el silencio que se había implantado entre nosotros.

—No sabes cuánto lo siento. Tenía pensado llevarte a bailar.

—Oh, eso sería raro —me dio un ataque de risa— ¡Yo no sé bailar!, soy tan torpe.

—Yo te enseñaré —su voz fue insinuante y sensual y por un instante sentí que me mareaba.

Se acercó y me tomó de la cintura. Su boca estaba tan cerca de mis labios que podía sentir su aliento sobre ellos.

«¡Me va a besar!». Hacía tanto tiempo que no besaba a un hombre que las manos comenzaron a sudarme y el corazón me latía a cien por hora.

Poco a poco acercó sus labios hasta que estuvieron sobre los míos. Tan dulce, tan exquisito... Abrí mi boca y el introdujo su lengua, la mía corrió a su encuentro. Perdí la noción del tiempo y el espacio. Me besó con pasión y yo correspondí. De repente una imagen se coló en mi cabeza. Hunter era quien me estaba besando y no Owen. Una descarga eléctrica me recorrió el cuerpo.

—Te llamo —me dijo cuando se separó de mi boca.

Me quedé paralizada mirando cómo se subía a su coche.

«¡¿Qué-es-lo-que-ha-pasado?!» Tenía que moverme, pero no podía. Estaba totalmente pasmada. «Owen me estaba besando y yo pensando en Hunter», pero ¿por qué?, ¿por qué? Sacudí la cabeza intentando volver a tener pensamientos coherentes. «¿Y ahora que se supone que tengo que hacer?». «No lo sé».

Necesitaba una copa y no quería irme a casa. Comencé a andar y sin darme cuenta, encaminé mis pasos hacia The Charly's. «Qué locura», solo pensar en ver a Hunter, me estremecía.

CAPÍTULO 9. El enfermo.

No debería ir, ya bastante confundida estaba. Pero es tentador, además así podría contarle a Charly lo que me estaba pasando, quizás ella me podría ayudar.

El local estaba casi vacío, tan solo Herbert, el borracho de todas las noches y su compañera de correrías ocupaban sus sitios de siempre. Les saludé, pues eran ya viejos conocidos y me senté en la barra, al lado de Charly.

—¡Vaya, mírate, estás preciosa! —Charly me sonrió y lanzó un silbido— ¿Qué tal te fue? ¡Oh, no me digas nada! Seguro que mal, sino no estarías aquí —Me miró con cara de pena.

—No, que va, fue muy bien, hasta que le avisaron del trabajo y tuvo que irse.

—¿A estas horas?

—Es cirujano plástico. Según parece una de sus clientas había tenido reacción a la anestesia y le necesitaban.

—Mala suerte chica.

—Pues sí, yo que había estrenado un conjunto fantástico de ropa interior.

Charly se carcajeó y yo la miré muy seria y enfadada.

—No tiene gracia, ya van dos años sin nada de nada. Estoy desesperada.

—¡¿Dos años?! ¡Madre mía Amber, eso es mucho tiempo!

—¿Me lo dices a mí? —Charly me puso una copa de vino— Gracias —Tomé un gran sorbo —fíjate si estoy desesperada, que anoche tuve uno de esos sueños... ya sabes...

—¿Con quién?

—Con Hunter.

—¡Oh, no me digas!

—Sí, y lo pasé muy bien —sonreí al recordarlo y un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—Necesitas un hombre, y ya.

—Esta noche tenía uno —dejé caer mi cabeza sobre la barra—. Tengo ganas de llorar.

Charly me llenó de nuevo la copa de vino.

—¿Habéis quedado para otro día?

—Me besó y me dijo que me llamaría.

Charly lanzó un grito de alegría.

—¿Te besó?, ¿pero fue un beso, beso, de esos con lengua y todo?

—Sí —,puse los ojos en blanco, como si entrara en éxtasis—. ¡Fue maravilloso! Hasta que me imaginé que era Hunter quien me estaba besando.

En ese momento, Charly que estaba bebiendo de su copa, escupió todo el contenido de su boca y comenzó a toser con desesperación.

—¡¿Pensaste en Hunter?! —gritó tan fuerte, que le di gracias a Dios por estar las dos solas, pues Herbert y su pareja hacía rato que habían salido por la puerta, y en cuanto a Hunter no se le veía por ningún lado.

—¿Quieres hacer el favor de no chillar tanto?, no hace falta que se entere nadie más —la reprendí con severidad.

—Pero Amber, eso es terrible. No puedes besar a un hombre y pensar en otro.

—Lo sé, lo sé... ¿qué quieres que le haga? Estoy hecha un lio.

—No me gustaría estar en tu pellejo. Creo que te gusta mucho Hunter y él no es hombre para ninguna mujer.

—Eso también lo sé —le pegué otro trago al vino—, ¿qué puedo hacer?

—Amiga mía, aclárate.

Miré por todos los lados en busca del objeto de mi desdicha.

—Por cierto, ¿dónde está Hunter?

—Está enfermo. Esta mañana estuvo trabajando, pero tenía muy mala cara. Le mandé a casa.

—Oh.

«Bien, así no le veré, ya tengo suficiente por hoy».

Continuamos por un largo rato charlando, le conté el encuentro entre mi madre y Owen y eso supuso muchas risas por parte de Charly. Nos bebimos casi media botella de vino y comencé a sentir el efecto del alcohol.

—Creo que ya es suficiente por hoy, me marchó —le dije.

—Espera, cierro y te acompaño a la puerta.

Charly vivía en el mismo edificio de la cafetería, no tenía que salir a la calle. Había una escalera oculta tras el cristal que estaba frente a la barra y subiendo por ella se llegaba a un precioso y funcional apartamento.

Nos dimos un beso de buenas noches y me acompañó a la puerta.

Nada más salir, casi choco contra un cuerpo grande de hombre. Era Hunter que iba cabizbajo y embutido en una gruesa cazadora. Salía por la puerta del que era su apartamento.

—Oh, perdón —le dije, casi sin resuello.

Él me miró. Sus ojos brillaban y se le veía pálido y ojeroso.

Sin poder contenerme, puse mi mano sobre su frente.

—¡Dios mío Hunter, estás ardiendo!

Él se apartó de mi contacto bruscamente, no quería que le tocara, eso me había quedado muy claro.

—¿Dónde vas? —le pregunté—, deberías estar en la cama y no paseando por la calle.

—Necesito medicinas —su voz era ronca, se notaba congestionado.

—Entra en casa ahora mismo, yo te traeré lo que necesites.

—No hace falta...

—Tonterías —le interrumpí—, dame las llaves y métete en la cama.

Parecía totalmente perdido, como si no supiese qué hacer. Finalmente cedió y me dio las llaves.

En cuanto le vi entrar en su apartamento, me encaminé a la tienda que había a dos manzanas. Mientras caminaba iba haciendo la lista mental de todo lo que necesitaría.

El *Dune Reader* ⁽¹⁾ estaba vacío y el dependiente no tenía muchas ganas de trabajar, porque me miró de muy malas maneras y a modo de saludo emitió una especie de gruñido.

Fui metiendo en mi cesta todo lo necesario; sopa ya preparada, una caja de Tylenol ⁽²⁾ y un termómetro. Pagué la cuenta y me marché, recibí el mismo gruñido del dependiente como despedida.

Cuando llegué al apartamento abrí con cuidado, si estaba dormido no quería despertarle.

Nunca había entrado allí y me quedé asombrada. Al contrario de lo que imaginaba, encontré un amplio apartamento. Era un espacio diáfano, no había ninguna puerta, excepto en lo que pensé sería el baño. La separación entre las distintas estancias era muy original; para separar la habitación del salón tenía un gran biombo con aspecto de ser muy antiguo. Para separar el salón de la cocina había un gran aparador largo y con bastante altura.

En toda la estancia primaba el orden y la limpieza. Nada estaba fuera de su sitio. No había ningún objeto decorativo a excepción del precioso biombo.

En la habitación no había armario, solo unas estanterías que hacían esa función. Toda su ropa estaba perfectamente ordenada y doblada, se veía más bien escasa, algunas camisetas, unos pocos jeans y jerséis de colores oscuros.

Hunter estaba sentado en el sofá envuelto en una manta, temblaba y le castañeteaban los dientes.

—Toma, ponte esto —le di el termómetro—. Él, obediente, se lo colocó.

Puse las bolsas en la cocina.

—¿Dónde tienes los platos? —hizo ademán de levantarse para ayudarme— ¡Ni se te ocurra moverte!
—le grité—, ya los busco yo.

Se recostó de nuevo, se le veía agotado.

Rebusqué en los armarios hasta que encontré todo lo que necesitaba.

Coloqué el sobre de sopa en el plato y lo metí en el microondas. En ese momento sonó el pitido que indicaba que el termómetro había terminado de medir la temperatura.

—Déjame ver —le dije y extendí la mano para que me lo diese—. ¡Madre mía, casi 39!

—No quiero que te molestes por mí —los dientes le castañeteaban de tal forma que casi no podía hablar.

—No es molestia, quédate quieto y te traeré algo caliente para comer y una pastilla.

En una bandeja puse el plato de sopa, una cuchara, un vaso con agua y el Tylenol. Lo puse todo frente a él, que con movimientos lentos y pausados, como si le costase mucho moverse, tomó el plato de sopa y comenzó a comer.

Yo me senté frente a él y me limité a observarle. Él me miraba de vez en cuando y cuando nuestros ojos se encontraban bajaba la mirada.

—¿Tú no comes? —me dijo.

La verdad es que tenía algo de hambre y la sopa olía de maravilla, así que tomé un plato y me preparé un sobre para mí.

Los dos comimos en silencio y dirigiéndonos miradas furtivas. Dios, ¡¿que tenía ese hombre, que a pesar de estar pálido y ojeroso, me resultaba atractivo?!
—Toma la pastilla —él, obediente, la tragó y se recostó en el sofá como si hubiese hecho un trabajo muy pesado.

Se acurrucó en la manta y cerró los ojos.

—Lo siento. Deja todo y vete —su voz fue suplicante, deseaba de verdad que me marchara y le dejara solo. Pero yo no pensaba hacer eso, esperarí a que estuviese mejor.

Me levanté y fui a la cocina con los platos sucios, los lavé y los dejé secándose sobre la encimera. Cuando volví al salón, Hunter estaba tumbado en el sofá y dormido plácidamente. Era el momento ideal para mirarle sin problemas, por un lado me sentí un poco fisgona, pero era tanta la atracción que sentía y tantas las ganas de mirarle sin que él me pillase infraganti, que deseché todo sentimiento de culpabilidad y me senté frente a él a observarle sin pudor ninguno. Respiraba suavemente y sus labios permanecían entreabiertos. «¿Cómo sería besando?», me estremecí al pensarlo. Continué observándole, su frente tenía una arruga marcada, como si estuviese muy concentrado, parecía que su sueño era intenso e inquietante. Decidí utilizar la oportunidad que se me brindaba y cotillear un poco más, «lo sé, no está bien aprovecharse de un pobre hombre indefenso», pero necesitaba saber más de él y esa necesidad era más fuerte que mi sentido del decoro.

Me levanté con cuidado de no hacer ruido y me paseé por la estancia casi arrastrando los pies. La verdad es que había muy poco que ver. Las estanterías estaban libres de fotos y de cualquier objeto decorativo. Solo había libros. Muchos eran de leyes. Leí alguno de los títulos; Introducción al análisis del derecho, estudio sobre la interpretación jurídica, justicia constitucional y democracia etc. Era muy extraño, libros de leyes, rara lectura para un hombre que trabaja poniendo cafés y fregando suelos.

Le miré por encima del hombro para cerciorarme de que continuaba dormido.

Sonreí al ver que su expresión por fin se había suavizado, parecía mucho más joven que cuando estaba despierto y una pequeña sonrisa le asomó a los labios. «Si es guapo serio, cuando sonrías dan ganas de besarle», pensé.

Después de esos segundos de deleitarme con la sonrisa de Hunter, continué mi inspección.

Dejé los libros y pasé a otra estantería repleta de revistas y películas antiguas. Tenía una gran colección de clásicos, Orgullo y Prejuicio, Casablanca, Lo que el viento se llevó, etc. En cuanto a las revistas, más de lo mismo, abogados y leyes.

De repente, mis ojos se vieron atraídos por algo que en un principio me pasó desapercibido. Casi oculta entre las películas había una foto. La tomé entre mis manos y la observé con curiosidad. Estaba muy desgastada, como si alguien la hubiera tenido entre sus manos muchísimas veces, tantas que se había perdido casi el color. Se veía a una preciosa mujer que sonreía al fotógrafo, su expresión era de felicidad y sus ojos de un intenso azul brillaban. ¿Quién sería? y ¿por qué la tenía casi escondida? En ese momento le escuché moverse y a toda velocidad dejé la foto en su sitio y me volví a mirarle.

Sus ojos se posaron en mí y volvió a sonreír. “¡Oh, creo que no podré resistirme a él si continúa mirándome así!”. Retiré mi mirada, la atracción que sentía era muy fuerte.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunté, necesitaba mantener el cerebro ocupado con otras cosas que no fuesen esos labios y esos ojos de mirada intensa.

—Bien, creo que ya no tengo fiebre. Te acompañaré a tu casa —intentó levantarse, pero yo se lo impedí poniendo una mano sobre su hombro.

—No, de eso nada. Tú no sales de aquí.

—Pero... es muy tarde.

—No tengas miedo por mí. Soy poli, ¿recuerdas?, sé defenderme sola.

Hunter asintió, pero se levantó del sofá y se quitó la manta.

—Te acompaño a la puerta.

Me puse mi abrigo y juntos salimos caminamos hasta la salida.

—Muchas gracias por todo, Amber.

Le hice un gesto con la cabeza como quitándole importancia.

—Adiós Hunter.

—Adiós.

Dune Reader: cadena de farmacias-droguerías famosas en Nueva York. Muchas de ellas abren las 24 horas.

Tylenol: medicamento para el dolor de cabeza y la fiebre, de venta sin receta y muy usado en EEUU.

CAPÍTULO 10. La segunda cita.

Cuando llegué a mi apartamento me di una buena ducha y me metí en la cama. No podía dejar de pensar en aquella foto que había visto en casa de Hunter, me moría de curiosidad por saber quién era esa mujer.

Me quedé dormida pensando en Hunter y de nuevo mi sueño tuvo acción a raudales. «¡No puedo continuar así, necesito un hombre de verdad!». Cuando sonó el teléfono pensé que quizá ese era mi hombre, llamándome para quedar juntos y tener una noche de sexo intenso.

—¿Sí? —contesté a la llamada sin mirar quien era.

—Hola, Amber. ¿No te habré despertado? —era Owen, y una gran sonrisa iluminó mi cara, «pues va a ser que es mi hombre sediento de sexo», pensé.

—No, que va. Ya me iba a levantar.

—Siento lo de anoche.

—No te preocupes, lo entiendo. Es lo que tiene tu trabajo.

—Quiero recompensarte. ¿Qué te parece si quedamos esta noche?

«¡Sí, sí, sí!», me daban ganas de dar saltos de alegría.

—Me parece estupendo.

«En cuanto salga de la comisaría, voy a ir a la tienda de Women's Secret y me compraré un conjuntito de esos que le harán suspirar y suplicar por mis atenciones».

—... ¿Te parece bien?

«Oh, creo que me perdí en mi mundo y no me enteré de nada».

—¿Podrías repetirme lo que me has dicho?, por un momento no escuché nada, la línea está fatal

—«¿Cómo puedes ser tan mentirosa?».

—Te decía que si te viene bien que te recoja a las siete.

—Sí, muy bien, perfecto.

—Te dejo, Amber, el deber me llama —escuché como suspiraba—. Tengo muchas ganas de verte.

«¡Pues no te cuento las ganas que tengo yo!».

—Y yo.

—Hasta las siete.

—Nos vemos.

Salí de la cama dando un salto. «Sí, por fin. Hoy es el día. Seguro que sí», bailoteé dando brincos por

toda la casa.

En cuanto salí del trabajo, me fui de compras. Hacía mucho tiempo que no lo hacía y estaba un poco oxidada. Decidí pasar primero a por un conjuntito de ropa interior. Después de probarme unos cuantos, me decanté por uno en color melocotón que me hacía unos pechos perfectos y otro en rosa palo totalmente transparente y precioso.

Feliz con mis compras, regresé a casa. Tocaba acicalamiento pre-coital y eso suponía un buen baño de burbujas y de nuevo repaso a la depilación.

A las seis ya estaba preparada, escogí el conjunto melocotón, porque con la camiseta que me puse, luciría mejor el escote.

Me miré en el espejo, estaba perfecta y lista para la acción.

A las siete en punto llamaron a la puerta. «Dios, qué nervios». Abrí y allí estaba él, un dios griego de la belleza, perfecto con sus pantalones de pinzas y su americana, camisa blanca y una bonita corbata a juego con el traje.

—¡Vaya, Amber, estás preciosa!

—Muchas gracias, tú también estás estupendo —«qué vergüenza», yo y mi manía de decir todo lo que pienso, me puse colorada como un tomate, él sonrió complacido, me tomó de la mano y juntos salimos a la calle.

—¿A dónde te apetece que vayamos? —me preguntó.

«A la cama», me dio la tos nerviosa.

—Hoy me apetece hamburguesa.

—Pues que así sea.

Me llevó a una de las mejores hamburgueserías de Manhattan. Devoré la especialidad de la casa, con una enorme cerveza. Estaba tan llena que creí reventar.

Las veladas con Owen eran de lo más divertidas, me hacía reír y con él podía ser yo misma, sin necesidad de aparentar nada.

—Ahora te llevaré a bailar.

Casi me atraganto, «¿yo bailar?»

—Te recomiendo que no lo hagas. Soy malísima. Mi madre siempre dice que tengo dos pies izquierdos.

—¡Va! —,su gesto con la mano indicó que no estaba para nada de acuerdo con esa afirmación—. Todo el mundo puede bailar, lo único que necesitan es una buena pareja que les guíe y les ayude. Y tú, cariño, tienes la mejor pareja del mundo —me guiñó un ojo con picardía.

—Está bien, pero ya te he avisado.

Cogimos los abrigos y nos marchamos. No sabía a dónde me llevaba, pero me dejé sorprender. Tenía ganas de hacer algo distinto, y la verdad es que el baile jamás habría entrado en mis planes.

Me llevó a una escuela de baile, estaba tan asombrada que por un momento me quedé parada en la acera sin moverme leyendo el cartel con la boca abierta.

—¿Escuela de baile Linet?, ¿se puede saber que hacemos aquí?

—Me encanta bailar y llevo en la escuela cerca de diez años. Todas las tardes se reúne un grupo de alumnos y bailan para divertirse.

—Pero yo no soy una alumna.

Owen me tomó de la cintura y me acercó a su cuerpo.

—Pero eres mi pareja, cariño —lo dijo cerca de mi oído, con una voz sensual, que sin yo quererlo me arrancó un pequeño gemido.

Me miró y sonrió satisfecho por lo que me había hecho sentir.

—Vamos, lo pasaremos muy bien, te lo prometo.

Me tomó de la mano y me llevó hacia la puerta. Cuando entramos me quedé paralizada. Era una sala enorme, llena de gente que se movía al son de la música con gran agilidad. Pensé que iba a hacer el ridículo más grande y me sentí pequeña y torpe. Owen me tomó de la cintura y me dio ánimos. Me guió hasta el centro de la pista. Según caminábamos la gente se paraba a saludarle y él me los iba presentando a todos.

—Hola, Owen —dijo una preciosa niña de unos catorce años muy sonriente. Los ojos la brillaban al mirarle, estaba totalmente enamorada de él y eso era evidente.

—Hola, preciosa —la saludó tomándola entre sus brazos y haciéndola girar en el aire. Ella reía encantada, por las atenciones que Owen la estaba prestando —quiero presentarte a alguien —le dijo.

La hizo girar hacia mí y cuando los ojos de la muchacha cayeron sobre los míos, un nudo se instaló en mi estómago. Su mirada fría y furiosa me hizo estremecer, me veía como una fresca que le había quitado a su chico y no hay nada más peligroso que una adolescente dolida.

—Esta es Amber —la sonrisa de Owen me dio a entender que él no era consciente de nada —Amber, ella es Fanny, es la mejor alumna de la escuela.

—Hola Fanny, estoy encantada de conocerte —me saludó de una manera muy poco convencional para una chica de su edad, con un frío y fuerte apretón de manos.

—Hola, encantada —me soltó como si le diese asco y se volvió de nuevo sonriente hacia Owen—. Me tengo que ir, ¿vendrás mañana a clase?

—Por supuesto que sí —contestó el correspondiéndola con una de sus radiantes sonrisas.

Se despidió de mí con mucha frialdad y los dos nos quedamos viendo como se alejaba a paso rápido. Estaba segura que me había ganado una enemiga para toda la vida y que por dentro me iba deseando

los peores augurios.

—Es una chica estupenda —Owen me miró como si entendiese mi malestar.

—¿Eres consciente de que está loca por ti? —le pregunté.

—¡Oh, vamos, es solo una niña!

Sí, claro, para él lo era, pero yo había pasado por esa etapa y sabía perfectamente cómo se sentía Fanny.

Me tomó de nuevo por la cintura y seguimos caminando. Cuando llegamos al centro, sin soltarme, se puso frente a mí y cogió mi mano entre la suya. En ese momento, estaba cantando Marc Anthony “Vivir mi vida”.

—Yo no sé bailar esto.

—Sígueme Amber —me susurró—, yo te enseñaré. Baila... baila.

Y yo comencé a moverme como si hubiese entrado en un trance. Para mi sorpresa no le pisé ni una vez, ni me tropecé, ni empujé a las parejas que bailaban a nuestro lado. No se puede decir que fuese un dechado de virtudes, porque si uno observaba al resto de las parejas, a mí se me veía patosa y un poco lenta. Pero tampoco lo estaba haciendo tan mal y lo mejor de todo, me estaba gustando mucho.

—¡Estoy bailando! —dije con tono de sorpresa y de auténtica felicidad.

—Sí, Amber, y lo haces muy bien.

No podía parar de reír y Owen me hacía girar y girar para todos los lados.

Cuando terminó la canción comenzó a sonar otra. No la había escuchado nunca, pero sonaba muy bien. La melodía era lenta y esto hizo que las parejas se juntaran casi en un abrazo. Owen me tomó entre sus brazos y de nuevo me dejó llevar. Sentía los latidos rápidos y acompasados de su corazón y el mío iba al mismo ritmo. Apoyé mi mejilla sobre su pecho y cerré los ojos. «Oh, pero que bien se está aquí», pensé. Hacía años que no abrazaba a un hombre y me resultó tan placentero que sin querer suspiré.

Nos balanceábamos al ritmo de la música. Mi mente se llenó de imágenes, en ellas, era con Hunter con quien estaba bailando y era su corazón el que latía con fuerza. Abrí los ojos de golpe. «Oh, no, no, esto no puede ser», estoy abrazada a este hombre maravilloso y estoy pensando en otro. «¿Qué me está pasando?», me negué a que Hunter estropease mi momento mágico con Owen e hice algo que en un primer momento me pareció lo más normal del mundo, pero en seguida me di cuenta de que había metido la pata, le besé.

Owen correspondió al contacto de mis labios con los suyos y comenzó a explorar mi boca con deseo. Pero yo solo pensaba en que era Hunter, eran sus labios y su lengua la que jugueteaba con la mía.

«Ayúdame, por favor, ayúdame», era una súplica silenciosa, deseaba con fervor sentir a Owen, pensar en él y desearle, pero no era así. El hombre perfecto no era para mí. Me entraron ganas de llorar y sollocé contra sus labios. Él pensó que era un gemido de pasión y profundizó en su beso. En ese momento sentí temblor contra mi pierna. Era su móvil que estaba vibrando.

—¡Joder! —dijo contra mi boca— Lo siento, tengo que contestar.

Y diciendo esto salió de la sala de baile. Yo me quedé en el centro de la pista, me abracé a mí misma y me sentí la peor persona del mundo. Estaba besando a un hombre y pensando en otro. Sacudí la cabeza y me propuse tomar una decisión, sería firme y la cumpliría.

«Olvidaré a Hunter y me centraré en Owen, él es quien me interesa. Es divertido, caballeroso, guapo, inteligente... es perfecto y no lo voy a dejar escapar por un hombre sin pasado y sin futuro, que ni siquiera sonrío».

CAPÍTULO 11. ¡No me lo puedo creer!

—Lo siento mucho Amber, problemas de nuevo en la clínica.

Estaba totalmente serio y muy enfadado.

—No te preocupes, es lo que tiene tener un trabajo tan importante como el tuyo —me sonrió con mucha ternura.

—Prometo que la próxima vez no traeré el móvil.

—No puedes hacer eso y lo sabes.

—Me temo que tienes razón, este trasto infernal me tiene totalmente atado. Te llevaré a casa.

Nos despedimos de todos y salimos camino del coche. Todo el viaje de vuelta permanecimos en silencio cada uno sumido en nuestros pensamientos. Yo intentaba hacerme fuerte en mi propósito de no pensar en Hunter y hacerlo en Owen, pero de vez en cuando la imagen de esa mirada oscura y triste se colaba en mi cabeza.

Cuando llegamos a mi apartamento me besó con pasión en la puerta y se despidió con un triste adiós.

Esa noche dormí intranquila. Otra vez sin sexo, pero «¿hubiese aceptado mantener relaciones con Owen?», a estas alturas no lo sé.

Al día siguiente libraba, me levanté muy tarde y agotada ya que no me logré dormir hasta las tantas.

Me dediqué a la limpieza de mi apartamento y a eso de las cinco ya estaba sentada en el sofá descansando plácidamente, cuando sonó el teléfono.

—Hola.

—Hola cariño —«Joder, era mi madre» ¿Qué estás haciendo?

—Descansar, he hecho limpieza y estoy agotada.

—Ya era hora. ¿Qué tal ese novio tuyo?

—No es mi novio mamá.

—Bueno, lo que tu digas. Me encanta, espero que no lo estropees. Es un auténtico caballero, de los que ya no hay —uff, discurso aburrido. A esas alturas ya dejé de escucharla, tan sólo oía bla-bla-bla-bla —...Amber, Amber, ¿estás ahí? —regresé a la conversación.

—Sí mamá, no me he movido del sitio.

—¡Pero no me estás escuchando!, te he hecho una pregunta —«Dios, ¿estaré perdiendo mi don?»

—Lo siento mamá, no escuché bien, el teléfono se cortó —«pero cada vez miento mejor».

—Te preguntaba, que si habías ido a casa de tu hermana.

«¡Dios, se me había olvidado! ¡Joder, joder!»

—Todavía no.

—¿Te olvidaste, Amber?

—Oh, no, que va. Precisamente me estoy arreglando para salir.

—No sabes mentir, se te nota en la voz. ¡Eres un desastre!

—Vale, vale, ahora voy.

—¡Qué desastre hija!

—Adiós mamá.

—Adiós hija.

Me vestí rápido. Kayla vivía en un barrio llamado *Belle Haven*, que se encontraba a 50 km, así que tendría que darme prisa o si no se me haría de noche.

Cogí mi bolso y me puse el abrigo. Cuando ya estaba a punto de salir llamaron de nuevo al teléfono.

—Hola.

—Hola, Amber. ¿Cómo estás? —era Owen.

—Muy bien y ¿tú?, ¿se solucionó la emergencia de anoche?

—Sí, todo bien. ¿Te pillo mal?

—La verdad es que sí, salgo para casa de mi hermana.

—Entonces si quieres luego nos vemos. Tengo muchas ganas de volver a besarte —«¡Guau!»

—Cuanto lo siento, no creo que podamos quedar, mi hermana vive muy lejos y llegaré tarde. Mañana tengo turno de mañana y no puedo llegar sin dormir mis horas pertinentes, ya sabes que en mi trabajo eso sería peligroso.

«¿No estás poniendo muchas excusas?, ¿no será que no quieres verle?». Gemí en mi interior, me negaba a que la respuesta a esas preguntas fuesen afirmativas.

—Cuanto lo siento. ¿Te puedo llamar luego?

—Sí, claro. Te dejo, Owen, tengo un poco de prisa.

—Está bien, adiós Amber, luego hablamos.

—Adiós —colgué y me recosté contra la pared. «¿Por qué me tenía que pasar esto a mí?, ¿Por qué no podía sentirme feliz por tener a un hombre tan maravilloso loquito por mí?»

Decidí dejar de darle vueltas al asunto. La carretera me esperaba.

Ya de camino decidí poner música, *AC/DC*, era lo mejor para un buen viaje. Cantaba a grito pelado

Highway To Hell y no pensaba en hombres mientras lo hacía, tan solo disfrutaba del placer de conducir y de mi grupo preferido.

La casa de mi hermana, por supuesto, es una vivienda unifamiliar de lujo. No llega a ser como la mansión de mamá, pero le falta muy poco. Una verja alta y electrificada la separa de la carretera principal, la abrí con la llave y cuando entré vigilé que se cerrara detrás de mí.

Aparqué el coche y entré. Lo primero que te encontrabas era un lujoso recibidor, de un tamaño aproximado a mi apartamento.

Escuché ruidos extraños, no tenía que haber nadie en casa. Me quedé muy quieta y agudicé el oído. Más ruidos extraños.

Siempre llevo mi pistola en el bolso, por si las moscas, y decidí que lo mejor sería tenerla en la mano por si era necesario utilizarla para protegerme de un posible intruso.

Casi sin hacer ruido dirigí mis pasos hacia la fuente del ruido, y esta era la cocina. Sigilosa pero rápida entré y apunté con mi pistola a un individuo que se encontraba de espaldas, frente a la encimera, estaba cortando lo que parecía una lechuga, tan ensimismado en su tarea que no me escuchó llegar. Mis ojos se abrieron como platos, ese hombre estaba desnudo y solo llevaba un delantal.

—Suelte el cuchillo y dese la vuelta muy despacio —le dije con tono suave y sin dejar de apuntarle.

El obedeció, y cuando le tuve cara a cara me sorprendió aún más, porque me sonrió. «¡Menudo descarado!», no solo entraba a robar en casa de mi hermana, sino que se quitaba la ropa y encima me sonreía como si me conociese de toda la vida.

—Soy agente de policía. Quiero que muy despacio pongas las manos sobre la cabeza —él lo hizo sin parar de sonreír. «Qué tío más raro».

—Hola cariño, te... —la que habla era mi hermana Kayla, que en ese momento entraba en la cocina vestida tan solo con una camiseta enorme, seguramente de hombre y toda despeinada—. ¡Amber... pero... pero! ¡¿Qué haces tú aquí?! ¿Y por qué estás apuntando con una pistola a Zach?

—No entiendo nada.... —«¡Oh, Dios mío, no puede ser, Kayla y ese tío... !»

Paseé mi mirada de uno a otro. El tal Zach solo estaba vestido con un delantal que tenía escrita una frase en letras rojas y llamativas “algo se está cocinando” decía y era una frase muy apropiada para describir la escena que se estaba recreando en esos momentos, conmigo de espectadora. Mientras mi queridísima hermana llevaba una amplia camiseta. Por unos segundos me limité a mirar a uno y luego a otro. Por el tamaño de la prenda y del tío estaba segura que era de él.

—¡Oh-Dios-mío! —dije y me quedé con la boca abierta.

—Amber, ¿puedes hacerme el favor de dejar de apuntar a Zach con esa pistola?

Ni me acordaba de que estaba apuntándole, solo pensaba que mi perfecta hermana, con su maravillosa y perfecta vida, estaba poniéndole los cuernos a su marido con un chico que a juzgar por su aspecto tendría 20 años menos que ella.

Kayla se acercó a mí y poniendo su cuerpo entre Zach y el mío, como protegiéndole, me miró

suplicante.

—Por favor Amber, baja la pistola.

Posé mis ojos sobre Zach y el tío se limitaba a mirarme y a sonreír. «¿Por qué coño sonreía?», le estaba apuntando con una pistola, tenía que estar muerto de miedo.

—¡Amber, suéltala ahora mismo! —me gritó y puso sus manos sobre las mías. Poco a poco me las fue bajando —todo está bien, Zach no es un ladrón— me decía con tono cariñoso y suave. Sabía que yo me había quedado totalmente pasmada. Es muy duro descubrir después de tantos años que tu hermana no es perfecta ni una mojigata, al contrario, es una promiscua.

Y él continuaba sonriendo, por un momento me dieron ganas de darle un tiro.

—Está bien, está bien, ya la dejo —muy despacio la volví a meter en mi bolso— Ya no está —les enseñé las manos para ratificar mis palabras —creo que tú y yo debemos de tener una conversación.

Kayla afirmó con la cabeza y se sentó en un taburete de la cocina, yo hice lo mismo y las dos miramos a Zach.

—Creo que será mejor que me marche —dijo. Su voz era sensual y muy profunda.

—¿No te importa? —preguntó Kayla. Parecía que había interrumpido algo importante entre ellos.

—No cariño, me imagino que tendréis que hablar muchas cosas — contestó Zach.

«¿Cariño, la llamó cariño?, eso quiere decir que entre ellos existe confianza. No era la primera vez que se veían, no era un calentón... oh... esto se va a poner muy, pero que muy complicado».

—Tú siempre tan comprensivo, gracias Zach.

Entonces para mi auténtico estupor, Kayla se levantó de la silla, se acercó a Zach y le besó, delante de mis marices con una pasión tal que me hizo sentirme una mirona y arrepentirme de haberles interrumpido.

—Te llamo —le dijo él separándola y colocándole con ternura el cabello detrás de sus orejas.

—Estaré esperando.

Kayla se sentó de nuevo y Zach se dio la vuelta para encaminarse a la puerta de salida de la cocina.

No pude evitar asomarme a mirar su perfecto y redondo trasero.

—Tengo que reconocer que tiene un culo impresionante —dije, mientras me retorecía para no perder de vista la parte trasera de Zach.

Kayla se dio la vuelta y también se quedó mirando.

—Te aseguro que no es lo único que tiene impresionante.

La miré con cara de escandalizarme, pero en mi interior me estaba riendo a pleno pulmón. Descubrir que mi hermana era humana y se fijaba como todas las mujeres en un buen culo, era para mí algo

alucinante y maravilloso.

—Deja ya de mirarle tanto —parecía celosa.

—Perdona hermana, pero no suelo ver hombres desnudos muy a menudo, es más hace mucho que no veo a uno.

Kayla sonrió y se levantó del taburete. Se acercó a la nevera y sacó dos cervezas. Me dio una y ella se quedó con la otra.

—¿Desde cuándo bebes cerveza?!, ¿no eras tú la que decía que era bebida de gente sin clase?!

—Muchas cosas han cambiado en mi vida —sonrió con tristeza.

—¿Qué está pasando?

—Hace muchos años que dejé de amar a Tyler. Tanto tiempo que creo que ha sido desde siempre. Cuando conocí a Zach, sentí como una ráfaga de aire fresco entrando en una habitación que lleva cerrada muchos años —algo sorprendente le vino a la cabeza, porque de repente una sonrisa de esas que llegan del corazón le iluminó la cara y sus ojos brillaban llenos de ilusión y alegría —¡Él consiguió que tuviese mi primer orgasmo!

Me quedé de piedra, no sabía qué decir. Siempre pensé que ella era feliz con su vida y no era así.

—Me alegro mucho —le dije y la cogí de la mano, quería transmitirle todo lo que sentía por no haberme dado cuenta de su sufrimiento todos estos años.

—No es que esté enamorada de Zach, pero necesito sus caricias, sus besos. Me hacen sentir viva y deseo vivir. Quiero beber cerveza, comer hamburguesas hasta hartarme, dejar que el mar acaricie mi cuerpo desnudo... —bajó su mirada, que de repente se ensombreció—. Hace años que he estado muerta, marchita, añejándome como un mal vino.

—Tú nunca serías un mal vino, siempre serías uno de calidad.

Me miró y me sonrió. Decidí que era hora de mostrarla mi cariño, como las personas hacen unas con otras cuando se quieren y por primera vez desde que tengo uso de razón, la abracé con fuerza.

—Gracias Amber —sollozó—, sólo espero que me perdones por lo mal que me he portado contigo todos estos años. Pero yo.... yo... tenía celos.

La separé de mi cuerpo, necesitaba mirarla a los ojos. «¿Celos, por qué?». Ella entendió mi mirada y me contestó a la pregunta silenciosa que yo me había hecho.

—Para papá eras el ojito derecho. A mí ni siquiera me miraba. Yo quería ser como tú. Pero nunca tuve tu fuerza, ni tu empuje para hacer lo que querías con tu vida.

—Oh, cariño, no digas eso. Papá te quería mucho y yo no soy tan fuerte. Me casé con Tomy y lo hice como a mamá se le antojó.

—Sí, lo hiciste. Pero hubo un momento de tu vida, en el que decidiste que no querías que ella interviniese más en ella. Te divorciaste y conseguiste trabajar en lo que deseabas. Estoy muy orgullosa

de ti, hermanita.

La abracé de nuevo, cuantas veces soñé con una hermana que estuviese a mi lado. Que me ayudase, que como hermana mayor me ensañase a vivir, y ahora la tenía, estaba entre mis brazos y ya nada nos separaría.

—Te quiero mucho, Amber.

—Y yo a ti, hermana.

Estuvimos abrazadas por unos segundos y cuando nos separamos nos miramos decididas. Todo había cambiado, a partir de ahora las hermanas Swanson estaban juntas y lucharían la una por la otra.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté.

—No lo sé. De momento, disfrutar de todo el sexo que no he tenido en años.

—Me parece bien, pero sabes que Tyler no lo merece. Es buen tipo.

Kayla suspiró.

—Sí, lo sé. No tengo ni idea de cómo me ha soportado todo este tiempo. Caprichosa, egoísta... ¡Oh Dios! Me he comportado fatal con todo el mundo.

—Todo puede cambiar.

—Sí, y yo lo voy a hacer.

Brindamos por la idea chocando nuestras cervezas.

—Por la nueva Kayla —dije

—Por la nueva Kayla —repitió ella.

Nos las bebimos de un trago. Me levanté y cogí dos cervezas más, era noche de chicas y nos emborracharíamos juntas.

—Creo que debes hablar con Tyler y entre los dos decidir qué vais a hacer.

—¡Quiero el divorcio!

—¡Joder a mamá le va a dar algo!

Kayla comenzó a reír a carcajadas.

—Dos Swanson divorciadas —las lágrimas corrían por sus mejillas presa de un ataque de risa, que me contagió.

—Ningún Swanson se ha divorciado nunca —dije imitando la voz de mi madre y poniéndome tiesa en mí asiento como lo haría ella.

—Eres la oveja negra de la familia —Kayla también trató de imitarla, pero la risa casi no la dejaba hablar.

Reímos durante un buen rato. No parábamos de secarnos las lágrimas que caían por nuestras mejillas.

Pero de repente Kayla se quedó muy seria.

—¡Dios Amber, me queda mucho por sufrir! —dijo con los ojos muy abiertos y mirada de terror.

—Lo siento cariño, pero tendrás que afrontar lo que venga. Si has decidido vivir tu vida, debes atenerte a las consecuencias y no desfallecer nunca. Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas yo estaré a tu lado.

Me abrazó.

—Gracias, creo que te voy a necesitar. ¿Estarás conmigo cuando se lo diga a mamá?

—Pues claro que sí, te acompañaré y entre las dos se lo diremos.

—¿Por qué eres tan buena?, ahora podías vengarte de todo lo que te he hecho en estos años.

—¡Va! —imité el gesto que mi madre hace siempre con la mano cuando deshecha alguna absurda idea —, yo no me acuerdo de nada de eso.

Entonces fue Kayla la que de nuevo sacó dos cervezas.

—Creo que ya estoy medio borracha.

—Y yo, esta noche me tienes que dejar quedarme en tu casa.

—Por supuesto, no puedes conducir así.

Me quedé pensativa, había algo que me había impresionado más que ninguna otra cosa de las que mi hermana me había confesado esa noche.

—Kayla.

— ¿Sí?

—¿De verdad que nunca habías tenido un orgasmo?

—No, nunca. El sexo era aburrido y lo odiaba. Pero llegó mi dios del amor —suspiró de forma melodramática—. Sus besos me hacen vibrar y hace una cosa con la lengua sobre mí...

—¡No, para, no quiero saberlo! —la interrumpí y me tapé los oídos con las manos. Una cosa era arreglar nuestra relación y otra muy distinta que tu hermana te cuente lo que su chico hace con la lengua.

Kayla reía como una niña traviesa y continuó contándome los pormenores de sus actos sexuales, mientras yo gritaba y me tapaba los oídos para no escucharla.

—Basta, por favor, para ya —pero ella paró cuando le dio la gana.

CAPÍTULO 12. La ocupa.

Nos acostamos muy tarde, charlando sobre muchas cosas. Como Owen me llamó, como me había prometido, luego tuve que contarle todo a mi hermana con pelos y señales.

Al día siguiente estaba totalmente rota y me tocaba madrugar mucho más, me esperaban 50 km de regreso a mi trabajo. Kayla tuvo la amabilidad de prepararme el desayuno mientras yo me arreglaba. Lo tomamos juntas y antes de irme nos prometimos estar en contacto. Le deseé suerte, ya que en estos días la iba a necesitar.

Conduje hasta la comisaría. Me esperaba un largo y duro día de trabajo. Que por suerte se pasó en un periquete.

Ya en casa duchada y con mi pijama de franela, anti-morbo, me dispuse a ver un poco la televisión, cuando llamaron a la puerta.

Miré por la mirilla, «¡Oh, era mi dios griego y yo con esas pintas!»

—¡Amber, te escucho resoplar! —me dijo.

Le abrí, y cuando me miró me puse muy colorada.

—¡Estas deliciosa con ese pijama de elefantitos rosas!

Creí morirme de vergüenza, pero él se acercó y no me permitió bajar la mirada azorada, porque me besó con tal pasión que me hizo sentir deseada.

—Tenía tantas ganas de hacer esto —me dijo, mientras me metía en casa y cerraba la puerta en las narices del vecino cotilla de enfrente, que miraba con la boca abierta, la escena del beso en el descansillo.

—Te deseo tanto.

Todo el bello de mi cuerpo se puso de punta, esa confesión me excitó más que mil caricias. «Ese hombre maravilloso e increíblemente atractivo me deseaba, aun llevando un ridículo pijama de elefantes rosas» y yo, ¿le deseaba a él? «No, no y no, no puedes empezar con esas dudas», me regañé «¡Vas a tener sexo y sexo del bueno!»

Decidí dar rienda a mi cuerpo y no a mis sentimientos. Lo necesitaba y aunque sonara egoísta por mi parte, tenía que ser ya. Si continuaba sin saciar mi necesidad estaba convencida de que explotaría en mil pedazos.

Le abracé fuerte de tal manera que sentí su gran erección contra mi muslo. Sus besos se hacían cada vez más y más profundos.

Con sus manos buscaba la entrada bajo mi camiseta y cuando la encontró gimió al llegar a mis pechos y sentir que no había nada que se interpusiera entre sus manos y mi piel. ¡Se sentía tan bien!, pensé que me tomaría en la entrada de casa y yo me iba a dejar por completo. Pero la magia se rompió cuando llamaron a la puerta.

«¡JODER... JODER!»

—¡Haz como si no hubieses escuchado nada! —le dije con mucho esfuerzo, pues mi respiración estaba agitada y me negaba a separar mis labios de los suyos.

—Amber... Amber. Ábreme, se que estás ahí. Te estoy escuchando — era mi hermana, quise asesinarla lentamente, deseé que un huracán se la llevase muy lejos.

—Amber, cariño, para... para —Owen intentaba frenar mis manos que ya comenzaban a desabrocharle el pantalón Yo tampoco... quiero parar —le estaba costando hablar y jadeaba—, pero... tienes que abrir.

Tenía razón, tenía que abrir y matarla.

—Me quedaré aquí hasta que me abras. ¡Amber te necesito!

—¡JODER! —solté el taco casi gritando.

Separé mi cuerpo de Owen e intenté recomponerme un poco.

—Espérame en el salón —le dije en voz baja.

El obedeció y en cuanto le vi desaparecer de mi vista, abrí al objeto de mi odio.

—¿Qué coño...?

Pero mi pregunta se quedó en el aire en cuanto vi sus ojos anegados de lágrimas.

—Amber... ya lo he hecho...

Se lanzó a mis brazos y yo no pude por más que tomarla entre ellos, amorosa.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Le he abandonado.

—Oh, cariño, tranquila —la ayudé a entrar en casa. Estaba temblando de pies a cabeza y sollozaba con fuerza.

Entramos en el salón cogidas de la cintura y Owen que había permanecido sentado en el sofá, se levantó en cuanto nos vio.

—Hola —dijo con tono nervioso y un tanto avergonzado.

—Owen, te presento a mi hermana Kayla —le miré—, él es Owen —le dije a ella.

—Mucho gusto y disculpa mis lágri... —no pudo terminar la frase, el llanto regresó a raudales.

—Siéntate aquí cariño —la ayudé a acomodarse en el sofá—, voy a despedir a Owen y ahora estoy contigo.

Kayla me miró con sus ojos llenos de lágrimas y afirmó, mientras sonreía a duras penas.

Cuando Owen y yo estuvimos más o menos solos, intenté disculparme.

—Lo lamento de verdad, pero está pasando por un mal momento. Acaba de abandonar a su marido.

—No te preocupes, lo entiendo. Creo que voy a estallar, pero lo entiendo.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Mañana te veré?

—Sí, claro, me encantaría.

Abrió la puerta pero antes de salir se dio la vuelta, me besó y me dijo algo que me haría pensar durante mucho tiempo.

—Creo que hay algo que impide que lo nuestro funcione.

Cerró la puerta y yo me quedé muy quieta y confundida. «Quizá el destino no quería que él y yo estuviésemos juntos», sacudí la cabeza, intentando sacar esos pensamientos de mi mente, «Va, tonterías».

Regresé al salón. Mi hermana continuaba llorando y llorando. Me senté a su lado y la abracé amorosa.

—Ya está, cariño, todo ha pasado.

—¡Oh, Amber, si hubieses visto sus ojos, cuando yo... ! —sus lágrimas caían con más fuerza —él me amaba de verdad.

«¡Joder, que mierda esto del amor!», pensé y la atraje más a mis brazos.

—Tengo mis maletas fuera —Kayla se secó las lágrimas con un pañuelo.

— ¿Fuera, dónde?

—En el descansillo.

«¡Oh no, no y no!»

—¿Por qué están tus maletas en el descansillo de mi casa? —temía la respuesta, pero era necesario hacerla.

—¡Me vengo a vivir contigo! —sonrió con alegría y yo sentí como mi estómago se caía al suelo de golpe.

—¡No puede ser! —me levanté del sofá y comenzó a caminar de un sitio a otro nerviosa y muy alterada—. Tú y yo no podemos convivir, nos mataríamos.

—No tengo adónde ir y tú me dijiste que me ayudarías en todo.

—Vete con tu novio.

—No puedo dejar a un hombre e irme al día siguiente a vivir con otro. Tengo que encontrarme a mí misma y disfrutar un poco de mi soltería.

Gemí de frustración.

—Prométeme que no tocarás mis cosas —no me quedaba más remedio que ceder, era mi hermana y no la podía dejar en la calle. Ella asintió con vehemencia—, ni te meterás en mi vida —asintió de nuevo—. Ni ordenarás mis cosas, me gusta mi desorden y lo necesito todo como está.

—Te lo prometo, ni notarás que estoy aquí.

Eso lo dudaba mucho. Me senté de nuevo a su lado.

—¿Has hablado ya con Jordan? —mi sobrina me preocupaba y mucho.

—No, todavía no he podido. Gracias a Dios no estaba en casa cuando hablé con Tyler. La mandé un whatsApp, mañana he quedado con ella aquí en tu casa. Necesito que me ayudes.

—No te preocupes, entre las dos se lo diremos.

—¿Amber?

—¿Sí?

—Tu novio es muy guapo.

La miré con mala cara.

—Prometiste no meterte en mi vida.

—Y lo haré, solo te digo que está muy bueno.

Suspiré.

—No es mi novio.

CAPÍTULO 13. El almacén.

Otra noche que me acostaría a las tantas. Esto no podía continuar así, si no dormía mis horas, no estaría concentrada en el trabajo y correría el peligro de recibir un tiro o una paliza.

Le preparé a mi hermana la cama en el sofá, pero a mitad de la noche apareció en mi cuarto temblando como una niña y se metió en la cama conmigo. Entonces se desató el infierno, roncaba estrepitosamente y daba tantas vueltas que terminé en un borde muy quieta para que no pudiese darme más patadas y puñetazos. «¿Cómo era posible que Tyler la hubiese aguantado tantas noches?»

Lo bueno de tenerla conmigo, era que mientras yo me arreglaba ella me preparaba el desayuno, así ganaba tiempo.

Quedé con Kayla en volver a casa sobre las cuatro, hora en la que Jordan aparecería por mi apartamento.

La mañana transcurrió con mucha actividad, tres atracos con violencia, me permitieron desfogarme un poco y soltar adrenalina.

Me esperaba una tarde muy dura, seguramente, para Jordan sería terrible el saber que sus padres se iban a divorciar, aunque a pesar de sus 19 años era muy madura, probablemente se lo tomaría muy mal.

—¿Que papá y tú os divorciáis?! —dijo.

—Sí, cariño, pero no te preocupes...

—¡Ya era hora mamá!

Kayla y yo nos miramos boca abierta, pensábamos que montaría un drama, que lloraría, que se negaría a aceptarlo, pero lejos de eso, le pareció bien y le deseó a su madre toda la felicidad del mundo.

—No sabes el peso que me quito de encima. Pensé que me odiarías por dejar a tu padre.

—Mira mamá, se que papá te quiere y va a sufrir mucho. Pero tú no le amas desde hace mucho tiempo

—Kayla la miró con tristeza—. No sufras mamá, lo sé desde que tengo uso de razón y lo único que deseo es verte feliz. Vive tu vida y disfruta, te lo mereces.

Kayla nos dio la mano a mi sobrina y a mí.

—Lo que no merezco es una hija y una hermana tan buenas — comenzó a llorar y las tres nos abrazamos.

—¿Sabéis lo que os digo?! —dijo Jordan, separándose del abrazo. Su madre y yo negamos con la cabeza— ¡Nos vamos las tres a celebrarlo!

—Sí, celebraremos que hay una nueva mujer soltera y con ganas de triunfar en Manhattan —estaba animada y feliz.

—¡Me voy a comer el mundo!

Cogimos nuestros abrigos y nos encaminamos al café de Charly, yo puse pegas, no quería encontrarme con Hunter y menos después de mi decisión de continuar con mi relación con Owen, pero Charly era amiga de las tres y juntas debíamos celebrar la libertad de Kayla.

Cuando llegamos nos costó mucho encontrar una mesa libre, el local estaba lleno, pero Charly nos consiguió una junto a la ventana.

—¿Qué pasa aquí hoy?, ¿cómo está esto tan lleno? —le pregunté— era un día de diario normal y corriente. En The Cahrly's los sábados solían juntarse muchas personas a la hora de comer, pero el resto de los días, salvo los policías, no solía tener mucha concurrencia.

—Jack ha invitado a parte de la comisaría, según parece es su cumpleaños.

—¿Y hay gente que quiere asistir al cumpleaños de Jack? —pregunté extrañada, era un tipo odioso y desagradable, no le caía bien a nadie.

—Como él paga las cervezas, a los demás les da igual.

Mis ojos encontraron a Hunter nada más entrar, estaba sirviendo una mesa. Como siempre muy serio y concentrado. Llevaba unos jeans negros muy ajustados y una camiseta de manga corta del mismo color. Sus fuertes músculos se apreciaban con total claridad a través de la gruesa tela de los pantalones. Sus brazos se movían ágiles al servir las bebidas y yo me quedé extasiada mirándole. Él se percató de mi mirada y posó sus ojos sobre mí y me sonrió. «¡Oh, Dios mío, Hunter me ha sonreído!», y yo me derretí. Mi fuerte decisión de olvidarle y comenzar algo con Owen se vino abajo nada más ver los hoyuelos que se le hacían a los lados de la boca. Deseaba con todo fervor quitarle la goma que le sujetaba el cabello y hundir mis manos en él, mientras absorbía su aroma.

Estaba perdida, perdida en esos ojos, en esos labios y en ese cuerpo fuerte y musculoso.

—¿Qué queréis tomar? —nos preguntó Murro, era la camarera que Charly contrataba cuando había mucha gente en el local.

—Pon unas cervezas bien fresquitas y tres hamburguesas especiales.

Jordan miró a su madre asombrada.

—Pero mamá, a ti no te gusta la cerveza y, ¿qué pasa con las más de “mil calorías” que tiene la hamburguesa?

—Cariño, soy una mujer nueva, bebo cerveza como una cosaca y como lo que me da la gana, sin pensar en el mañana.

Nos echamos a reír con tanta fuerza que los de las mesas de al lado se quedaron mirándonos.

—¿Qué os pasa?, seguid a lo vuestro. Mi madre ha recuperado su vida y estamos celebrándolo —les gritó Jordan a todos los curiosos que nos miraban y al escuchar sus palabras retiraron sus ojos como avergonzados.

En ese momento entró por la puerta Owen y yo creí morir. ¿Qué narices hacía él aquí?

—Hola guapa —me dio un fuerte beso en los labios—, fui a buscarte a la comisaría y me dijeron que

era probable que estuvieses aquí.

Me quedé paralizada y en ese instante en lo único que pensé fue en Hunter. Le busqué con la mirada y le vi con sus ojos fijos en mí, ¿habría visto como Owen me besaba?, por su expresión furiosa, si lo había hecho. ¿Por qué estaría enfadado?, ¿sentiría algo por mí? Le dijo algo a Charly y ella asintió con la cabeza, entonces desapareció por la puerta que daba al almacén.

—Amber, ¿estás bien? —Owen me miraba extrañado por mi reacción.

—Oh, sí, sí. Estoy bien. Siéntate aquí —le dije. Le presenté a mi sobrina y se saludaron. Kayla también le saludó y comenzaron a charlar animadamente.

Pero yo no dejaba de esperar el regreso de Hunter al salón con mis ojos puestos en esa puerta, que no se abría.

—Disculpadme un momento, creo que Charly necesita ayuda —les dije a mis tres acompañantes.

—Claro, ve.

Nadie se extrañó, todos sabían que era mi amiga y estaba tan atareada que era un sufrimiento verla intentar hacerlo todo lo más rápidamente posible.

—Charly, ¿necesitas ayuda? —le pregunté, mirando sus ojos casi congestionados y el sudor cayéndole por la frente.

— ¿Tú qué crees? —usó un tono desagradable y yo la miré enfadada.

—Perdona cariño, estoy muy estresada —se disculpó al darse cuenta de lo desagradable que había sonado—. Este hombre se marchó al almacén a por una caja de cervezas y no regresa. No sé qué narices estará haciendo, porque sé que no fuma que sino...

—Yo iré a buscarle —me ofrecí voluntaria, me sentí egoísta no era el deseo de ayudar a mi amiga lo que me impulsó, sino la necesidad de ver a Hunter y disculparme... «¡Soy una tonta, no tengo por qué disculparme! ¡No he hecho nada malo!», aún así, deseaba verle.

—¿Lo harías de verdad?

—Pues claro que sí.

—Gracias cariño, iría yo misma pero no puedo dejar a Murro sola, o le dará un ataque de nervios.

Le sonreí y abrí la puerta del almacén. Estaba oscuro, pero no era la primera vez que entraba allí, cuando se le terminaban las cervezas a Charly, en muchas ocasiones había entrado a por ellas. Sabía que era un pasillo largo y que al final estaba la puerta donde se encontraban los suministros.

Caminé despacio tocando la pared de los lados para guiarme, la puerta del almacén estaba entreabierta y dejaba que algo de luz iluminara la entrada.

La abrí del todo y le vi. Estaba sentado sobre las cajas, con su cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas.

—¿Qué quieres? —me dijo con tono seco.

—Charly te está esperando —me acerqué con sigilo y dejé que la puerta se cerrase del todo—, ¿estás bien?

—Sí, vete.

—Yo... lo siento.

Él me miró, parecía entender lo que quería decir.

—¿Es tu pareja? —me sorprendió su pregunta.

—No.

—Entonces, ¿por qué te besa en la boca?

No sabía qué responder. Hunter me miró con tal pena que por un momento sentí como un nudo me apretaba la garganta y los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Lo siento, lo siento, lo siento —según lo decía iba dando un paso hacia él y como el almacén era muy pequeño en tres ya estaba colocada entre sus piernas abiertas.

Era tan enorme, que estando sentado mi cara se encontró frente a la suya. Nos miramos y sus ojos pasaron de la pena a la pasión en unos segundos.

—Desde que te conozco tengo muchas ganas de hacer una cosa. ¿Me dejarás? —le pregunté, estaba cansada de contenerme.

—Haz conmigo lo que quieras, estoy dispuesto a lo que sea y aceptaré lo que me quieras dar —su voz profunda me rasgó el alma de arriba abajo, era una total confesión de amor incondicional. «¡Oh, Dios mío, siente mucho por mí!», no quería hacerle daño, me importaba en demasía, pero le deseaba tanto y me estaba volviendo tan débil que ya no podía resistir más.

Le quité la goma del pelo, la dejé escurrir lentamente, disfrutando de cada mechón que caía sobre mi mano según le iba deshaciendo la coleta. Él cerró los ojos y suspiró con fuerza. Dejé la goma a un lado y pasé mis manos por su cabello. ¡Era más suave de lo que había imaginado! Acerqué mi nariz y lo olí, me hizo cosquillas y sentí una oleada de pasión recorriendo mi cuerpo. «Olía tan bien». Reconocería su aroma en cualquier lugar, si el deseo tuviese un olor sería el de Hunter. Dulce y embriagador.

Ya no podía más y acerqué mis labios a los suyos, el abrió los ojos con asombro.

—Si me besas no podré parar. Hace mucho que te deseo, Amber, y ya no puedo más.

«Me deseaba tanto como yo a él», pensé que estaba en el cielo y sonreí con alegría.

—No deseo que pares.

Puse mis labios contra su boca y los abrí, el no se hizo esperar. Su lengua entró y revolucionó todo mi cuerpo. Me aferré a su cabello porque temía caerme al suelo. Profundizó en su beso y nuestros gemidos se unieron en nuestras bocas.

—Sabes tan bien —me dijo, sin apartar sus labios de los míos.

Hunter también tenía un sabor especial, uno que nunca me cansaría de saborear. Era como comer chocolate, placentero y afrodisíaco.

Sentí como sus manos me levantaban el jersey y lo sacaban por mi cabeza. Me apartó y se quedó extasiado mirándome, solo con el sujetador. Se mordió el labio, se veía que estaba haciendo un gran esfuerzo por no tocarme.

—Me muero por tocarte —dijo con su profunda y sensual voz.

—Pues hazlo Hunter. Lo deseo, hazlo —le animé casi sin aliento.

Sonrió y con mucho cuidado me desabrochó el sujetador, se lo llevó a la nariz y absorbió con total reverencia su olor.

—Hace tanto que sueño con hacer esto.

Estaba tan excitada que ni siquiera recordaba dónde estaba, y por qué, ni a las personas que en estos momentos se estarían preguntando dónde estaba y por qué tardaba tanto.

—Haces que me olvide de todos y de todo —le dije.

Sonrió de nuevo y estuve tentada de salir corriendo a por mi móvil y sacarle una foto. Me gustaría poder ver esa sonrisa constantemente.

Él me miraba los pechos y yo deseaba que los tocara, pero él parecía no tener prisa.

—Tócame Hunter, por favor —si no lo hacía, le rogaría.

—Quiero disfrutarte, han sido tantas las noches que pensé en ti. Ahora no puedo... no puedo creer...

Puso la mano sobre mi espalda y me acercó a su boca. Cuando tomó el pezón entre sus labios, no pude contener un fuerte gemido, que se escapó de mi boca, me la tapé con la mano, no podía hacer tanto ruido o nos escucharían. Hunter continuaba absorbiendo lamiendo y besando mi pecho.

Decidí que yo también deseaba tocarle y le quité la camiseta.

Su cuerpo era increíble, todo musculo duro y bien torneado. Me separé de él y protestó ya no tenía acceso a mi pecho. Yo también lo deseaba allí, lamiendo y succionando, pero quería tocarle. Pasé mi mano por su fuerte pecho que subía y bajaba con el esfuerzo de la respiración, era como si hubiese corrido una maratón.

Continué bajando poco a poco sintiendo cada parte de su suave piel, cuando llegué a los abdominales, los marqué uno por uno delineándolos. Su respiración se volvió más intensa y un gemido salió de su boca. Era el sonido más maravilloso que había escuchado nunca y lo estaba provocando yo con mis caricias. Me sentí poderosa y deseé más y más. Quería verle gritar de placer y deseaba que lo que gritara fuese mi nombre. Hunter me besó de nuevo y me acarició el cuello, mientras yo intentaba desabrochar el botón de su pantalón.

—Oh... lo siento... disculpad —era la voz de Charly.

Me quedé paralizada, Hunter me abrazó como intentando proteger mi desnudez de la mirada ajena de

mi amiga.

—Creo... que esperaré... estaré... me quedaré fuera.

Salió y cerró la puerta.

Hunter apoyó su frente sobre la mía.

—Lo siento mucho Amber.

Yo le acaricié la cara con cariño.

—Tú no has tenido la culpa.

—Será mejor que salgamos, antes de que más gente se entere.

Sabía que a él no le importaría que todo el mundo supiese lo que había ocurrido en ese almacén, pero temía por mí. Esto me hizo besarle de nuevo.

Me puse el sujetador y él me ayudó a ponerme el jersey. Se levantó, cogió su camiseta del suelo y se la colocó. Después tomó la goma.

—Espera, déjame a mí —le dije quitándosela de la mano y obligándole a sentarse de nuevo en la caja.

Me puse manos a la obra, pasé mis dedos por su cabello, peinándolo y desenredándolo con mucho cuidado de no darle tirones. Él parecía en la gloria porque tenía los ojos cerrados y una sonrisa de satisfacción. Cuando me sentí satisfecha con el resultado, sujeté el pelo con un mano y con la otra le coloqué la goma.

—Ya estás, guapísimo —dije complacida con el resultado.

—Gracias... Amber, por favor... no le beses, no le abrases, por favor —su tono era suplicante. Entonces sacudió la cabeza como si quisiera quitarse de encima alguna idea equivocada —lo siento, no puedo pedirte eso... perdona... yo tan solo... —me besó por última vez antes de salir con una caja bajo el brazo y dejarme sola dentro del almacén.

«¿Y ahora qué?», sabía que después de haberle probado no deseaba a nadie más que a él. ¿Cómo podría besar a Owen o abrazarle?

Salí dando trompicones, lo que me acababa de pasar lo cambiaba todo. Mis planes de seguir con lo que debía se vinieron abajo, deseaba lo prohibido y lo que no me convenía. No podía mandar en mis malditos sentimientos. Lo que tenía claro era que hiciese lo que hiciese, un buen hombre saldría dañado. Y el elegido sería Owen. No podía volver a besarle, los labios de Hunter estaban clavados a fuego sobre los míos.

CAPÍTULO 14. Es un hombre peligroso.

Cuando llegué a la mesa todos se quedaron mirándome.

—Amber, ¿estás bien? ¿Dónde narices te has metido? —preguntó Kayla.

Miré a mi sobrina suplicándole ayuda, ella siempre era muy intuitiva y seguro que se había dado cuenta por mi estado, es decir, labios hinchados, rubor en las mejillas y mirada perdida en el infinito, que en ese almacén había ocurrido algo más que recoger unas cuantas cajas de cerveza.

—Siéntate tía. Mamá, come y calla.

Owen me miraba y me sonreía, parecía no entender nada.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Oh, ocurrió un desastre en el almacén —Charly salió en mi rescate, se había acercado a nuestra mesa al verme llegar —uff, cajas caídas por el suelo, cervezas rodando... un desastre. Gracias a Amber lo recogí todo. ¿Queréis otra cerveza?

Todos se quedaron mirándola casi con la boca abierta. Si creyeron algo de lo que dijo, nunca lo sabré, pero debía de agradecer el intento de ayudarme.

—Oh, sí... claro, estaría bien tomar una cerveza —me obligue a salir de mi mutismo—, ¿Verdad?

Todos asintieron y Charly corrió a servirnos.

Yo no podía apartar la mirada de Hunter. Estaba tras la barra recogiendo los vasos sucios y metiéndolos en el lavavajillas, mientras posaba sus ojos de vez en cuando sobre los míos.

Owen estaba muy pegajoso, no dejaba de tocarme y apoyaba sin disimulo su mano sobre mi muslo, me estaba haciendo sentirme muy incómoda y Hunter le lanzaba miradas de auténtico odio.

Poco a poco el café se fue quedando vacío. Las mesas quedaban llenas de botellines de cerveza vacios y platos sucios que Hunter iba recogiendo, metiéndolos dentro de una bandeja que luego llevaba a la barra.

Ya solo quedábamos en el local nuestra mesa y Jack, que sentado en la barra intentaba ligar con Murro, pero ella no estaba por la labor y no hacía otra cosa que esquivar sus ataques.

Mis compañeros de mesa charlaban animadamente y yo no podía dejar de pensar en los labios que hacía menos de una hora había besado, en su aroma y en su sonrisa cuando me miraba.

Charly se dejó caer en una silla a mi lado.

—Por fin, estoy agotada. Creía que nunca se vaciaría el local —me miró muy seria y se acercó a mí—. Tú y yo tenemos que hablar —dijo en voz muy baja, para que los demás no pudiesen escucharla. Yo asentí, creo que le debía una larga charla sobre lo que había ocurrido.

—¿Queréis más cerveza? —preguntó Owen. Todos asentimos con la cabeza y Charly se fue a levantar para servirnos —Oh, no, no, de eso nada. Yo iré, tú quédate aquí sentada.

—Te lo agradezco de verdad. Creo que no puedo dar un paso más — Owen se encaminó a la barra dejándonos a las tres solas.

Los ojos de mis compañeras de mesa se clavaron mí, eso era lo que estaban esperando para interrogarme.

—Que queréis que os diga... tenía que ayudar en el almacén... todas esas cajas caídas por el suelo...

—Lo siento tía pero no me creo nada de nada. He visto salir del almacén primero a Charly con cara de haber visto a un fantasma, luego a ese tío de la coleta y finalmente a ti con una expresión entre asustada y alucinada. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Oh, Dios mío, Amber, Jordan tiene razón. ¿Qué has estado haciendo en el almacén con ese tío con aspecto de peligroso?

—Yo... no...

—Charly, tú lo sabes, cuéntanos qué es lo que ha pasado.

La miré y ella entendió claramente lo que la estaba diciendo sin palabras: “como cuentas algo, te mato”, un mensaje sencillo y muy explícito.

—Yo solo he visto... cajas y cajas... cervezas rodando por el suelo...

—Oh, vamos Charly, somos amigas, ¿no? Debemos confiar las unas en las otras —Jordan suplicaba, sabía que Charly era débil y acabaría confesando.

—Está bien... —dije, qué más daba, al fin y al cabo se terminarían enterando, porque Charly es muy buena amiga, pero no sabe mantenerse callada. Les hice señas a todas de que acercasen las cabezas, y obedientes, y con los ojos como platos, pusieron toda su atención en mí —me he liado con Hunter... pero solo un poquito.

—Oh... no me lo puedo creer —dijo Kayla—. Delante de Owen... eso es... es... ¿y luego me llamabas a mí promiscua?

— ¿Cómo? —Jordan pasó de tener toda su atención centrada en mí a tenerla en su madre —pero mamá... de verdad...

—Perdona Jordan pero era de tu tía de la que estábamos hablando y no de mí.

—Pero que no te quepa duda que serás la siguiente —Jordan regresó a centrarse en mí—. ¿Por qué? Owen es una joya y ese tío tiene pinta de ser muy peligroso y no tener donde caerse muerto.

Todas me miraron esperando mi respuesta.

—No lo sé... no puedo evitarlo... siento...

Pero me vi interrumpida por las voces de Hunter y Owen que discutían ferozmente. Me di la vuelta en mi asiento para ver qué era lo que estaba ocurriendo y casi me caigo de la silla. Hunter tenía cogido del cuello a Owen y levantaba el puño cerrado, como para lanzarle un puñetazo directo a sus dientes, la diferencia de tamaño entre los dos era considerable y la fuerza también. El pobre Owen no tenía

nada que hacer contra la mole de músculos que le tenía aprisionado contra la barra del bar.

El idiota de Jack había sacado su pistola y apuntaba a Hunter, mientras se desgañitaba gritándole.

Me levanté corriendo, casi tiré la silla al suelo. Solo ver como una pistola le apuntaba me puso los pelos de punta. En ningún momento pensé en Owen, mi único deseo era que Jack dejase de apuntar a Hunter. Cuando llegué a su lado puse mi mano sobre su puño. Él me miró con furia e intenso odio, pero en cuanto se dio cuenta de que quien le sujetaba era yo, su expresión se suavizó y me pidió ayuda con sus ojos, suplicaba que alguien le sacara del embrollo en el que sin darse cuenta se había metido.

—Hunter suéltale —le dije con ternura, sabía que su intención no era golpearle—, y tú —le dije a Jack—, ¡deja de apuntarle con la pistola de una vez!

Hunter obedeció y le soltó. Owen intentaba recuperar la respiración y daba bocanadas buscando que el aire entrase en sus pulmones. Jack se guardó el arma, no sin antes echarme una mirada de odio.

Me acerqué a Owen y le ayudé a incorporarse.

—¿Estás bien? —le pregunté. Asintió con la cabeza.

Hunter estaba de pie muy quieto, con la cabeza baja y los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, los puños apretados con tanta fuerza que se le veían los nudillos blancos.

Todo el mundo le miraba, esperando una explicación.

—¿Qué narices ha pasado, Hunter? —le preguntó Charly, mirándole furiosa —no puedes ir por ahí, atacando así a la gente. ¡Vete a casa!

Hunter bajó la mirada, estaba avergonzado y sin decir ni una sola palabra se encaminó a la salida.

—¡Eh, tú, espera un momento! —Jack volvió a sacar su pistola y apuntarle con ella— No te vas a ir de rositas. Has atacado a un hombre y seguramente te pondrá una denuncia. Te lo dije mil veces Charly, sabía que algún día te traería problemas, no es más que un vagabundo.

Hunter se dio la vuelta y miró a Jack con tal odio, que asustaba.

—No será necesario poner una denuncia, todo ha sido un mal entendido sin importancia —no pude quedarme callada, tenía que ayudarle —¿No vas a poner una denuncia, verdad Owen?

Me miró con semblante serio y triste.

—¿Eso es lo único que te importa, verdad?

Bajé mi mirada, no podía ver tanto sufrimiento en sus ojos.

—Yo... no... —qué debía decir, ¿la verdad? Mejor callar si no quería hacer más daño.

—No pienso poner ninguna denuncia —miró a Jack y este pareció defraudado. «Maldito cabrón, solo quería hacerle daño a Hunter».

—Debes pensarlo bien, te ha agredido y sin motivo alguno —insistió Jack.

—Ya he tomado mi decisión —entonces se dio la vuelta y se dirigió a mí—, Amber, me gustaría que hablásemos en privado.

—Sí... claro.

El ambiente estaba tan tenso que se podía cortar con un cuchillo. Charly había mandado a casa a Hunter y este obediente y con la cabeza baja, se había marchado, sin ni siquiera mirarme en ningún momento. Mi hermana y Jordan permanecían calladas y expectantes y Owen y yo decidimos salir a la calle, donde podríamos charlar a solas, sin testigos.

—Dime una cosa, tan solo necesito saber algo y quiero que seas sincera —se tocaba el cabello, en un gesto de nerviosismo. Su mirada era suplicante— ¿Hay algo entre tú y ese tipo?

—Lo siento de verdad... yo —me sentía fatal. Él me miraba a los ojos buscando respuestas y yo debía de dárselas, pero me estaba costando ser sincera.

—Está bien... creo que con eso me has respondido —tomó una bocanada de aire y cerró los ojos como buscando dentro de sí mismo las palabras que quería usar—. Yo no soy tonto... no me trates como si lo fuera. He visto las miradas entre los dos y sé que en ese almacén ha ocurrido algo. Vi como salía él primero y luego salías tú. Tus labios hinchados, me dijeron lo que había ocurrido allí —dejó de hablar, se notaba que le estaba costando mucho. Volvió a cerrar los ojos, suspiró y continuó hablando—. Me ha atacado porque le he provocado, necesitaba saber si había algo especial entre vosotros y creo que reaccionó como un hombre enamorado. Luego, tu forma de actuar, protegiéndole y preocupándote más por él que por mí, me ha demostrado que tú también sientes algo especial por él... Lo que no entiendo es, ¿por qué estás conmigo?, ¿acaso estás jugando?

Le toqué el brazo con la mano, quería tener un contacto con él, necesitaba que creyese las palabras que iba a decirle.

—Te prometo que mi intención no ha sido esa. Yo solo... yo quería que fueses tú... Deseaba que él saliese de mi cabeza y tú entraras en mi corazón... yo solo...

—Eso no se puede forzar.

—Ahora lo sé.

Bajé mi mirada, estaba tan avergonzada. Owen me levantó la barbilla con un dedo, obligándome a mirarle a los ojos.

—Entre tú y yo estaba surgiendo algo especial, eso lo sé. Pero si él ya había entrado en tu corazón, era imposible hacerme un hueco. Yo me retiro, Amber, no quiero salir dañado. Me gustas mucho, pero no puedo competir con él. Solo te daré un consejo. Sé por propia experiencia lo que es el sufrimiento y conozco la mirada de un hombre que ha padecido en su vida y él tiene esa mirada. Es como una bomba de relojería a punto de estallar. Ten mucho cuidado, creo que no te conviene y que te causará mucho dolor.

Sus palabras me dejaron totalmente descolocada. Debería estar furioso, y en vez de eso, me daba consejos. ¿Por qué no podía ser él?, era el hombre más honesto y compasivo que había conocido nunca.

Le abracé y él me estrechó con fuerza.

—Gracias, Owen, gracias.

Nos separamos y le miré a los ojos. Se le veía triste, le había dolido y eso era todo culpa mía.

—Si cambias de opinión... búscame, no te prometo que te esperaré — sonrió—, pero quizá lo retomemos en donde lo dejamos.

Me apretó la mano y caminó hacia su coche. Yo me quedé viéndole marchar. Las lágrimas caían por mis mejillas. Me dolía decirle adiós, pero merecía a alguien que le amara al cien por cien y no una mujer que al besarle pensase en otro.

Decidí regresar al café donde mis amigas me estaban esperando, necesitaba su apoyo y su cariño, acababa de dejar marchar a un hombre extraordinario.

CAPÍTULO 15. Ni uno, ni otro.

Cuando entré, todas me miraron con tristeza.

—¿Estás bien, tía? —preguntó Jordan.

—Sí... es solo que... —comencé a llorar con fuerza y Kayla me tomó entre sus brazos para darme consuelo.

—Charly, ese tío es peligroso y te dará problemas, ya lo verás —dijo Jack antes de salir por la puerta y dejarnos solas.

—Será mejor que nos sentemos. ¿Queréis tomar algo? —Charly nos tomó de la cintura a Kayla y a mí y nos llevó hasta nuestra mesa.

Las cuatro nos sentamos y nos tomamos un café bien caliente. Ya era la hora de cerrar, despedimos a Murro y nos quedamos un poco más de tiempo. Sentadas y sin hablar, aunque sabía que se morían por saber qué había ocurrido, no preguntarían, eran mis amigas y no querían agobiarme.

—Se terminó con Owen —dije por fin. Escucharlo en voz alta me resultó más doloroso de lo que pensaba y las lágrimas cayeron de nuevo por mis mejillas.

—Lo siento cariño —Charly me tomó la mano.

—He dejado escapar a un gran hombre.

—Tengo miedo —todas miramos a Kayla, no entendíamos muy bien porque decía eso—. Ese Hunter... es peligroso. No quiero que te haga daño.

—¡No es peligroso y ya estoy harta de escuchar eso! —salté en su defensa, no iba a permitir que nadie hablase así de él.

—¡Atacó a Owen sin razón! —Kayla me miraba con intensidad.

—¡Owen le provocó!

—¡Oh, por Dios, Amber! ¡Eres la única que no ve lo evidente! — Charly y Jordan permanecían en silencio.

—¡¿Y qué es lo evidente?!

—Kayla, llevo viviendo bajo el mismo techo que Hunter un año y te juro que no es mala persona. Nunca he tenido ningún problema con él. No sé qué pudo pasarle... —dijo Charly y yo le sonreí agradecida por su ayuda.

—Owen me dijo que le provocó —necesitaba explicarles, no quería que mi hermana pensase así de Hunter.

—Sé que Hunter no haría daño a nadie, pero... —Charly era la que hablaba y me tomaba la mano con fuerza—, pero creo que no debes liarte con él. No es estable, sé que tiene problemas psicológicos. No sé nada de su vida anterior a llegar aquí. No habla de su pasado, de su familia, o de su anterior trabajo.

Cariño, solo te traerá complicaciones.

—Owen dijo lo mismo. Dijo que era un hombre que había sufrido mucho en la vida. Dijo que lo había visto en sus ojos y que sabía reconocerlo por su propia experiencia.

Todas nos quedamos en silencio. ¿Qué sería lo que esos dos hombres habían vivido?

—¿Qué piensas hacer? —la que preguntaba era Jordan.

—No lo sé... pero creo que de momento debo de hablar con Hunter — me levanté del asiento y lancé un fuerte suspiro—. ¿Me esperaréis aquí? —pregunté.

—Claro que sí, cariño —Kayla me abrazó, nunca había sentido el afecto de mi hermana y ahora no hacía otra cosa que mostrármelo a cada momento.

Salí del café con la cabeza gacha y toqué con el puño la puerta del apartamento de Hunter.

—Pasa, está abierto —dijo él.

Estaba sentado en el sofá casi en penumbras, la espalda apoyada y la cabeza reposaba sobre el respaldo, los brazos a ambos lados del cuerpo inertes y con los puños apretados. Parecía agotado.

—¿Estás bien?

—Eso deberías preguntárselo a tu novio —utilizó en sus palabras tanto desprecio, que parecía estar escupiéndomelas a la cara.

—No es mi novio y ya no lo será nunca.

Su expresión cambió, levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Cómo? —parecía confundido, se le había formado una arruga en la frente y sus ojos estaban totalmente abiertos.

—Owen es un buen hombre que no merece que le engañen. Se dio cuenta de que había algo entre nosotros.

—No voy a decirte que lo siento.

—No quiero que digas nada.

Me senté junto a él, se puso muy rígido, no quería esa cercanía y todo su cuerpo me lo indicaba.

—Mira Amber... yo... —se levantó rápidamente y comenzó a pasear de un lado a otro con las manos en los bolsillos—, no me arrepiento de nada... lo que pasó entre nosotros... —vaciló y cerró la boca, quería decirme algo pero no se daba permiso para hacerlo, prefería ocultarlo.

—Sí, claro... no tengas miedo de hacerme daño.

—Me gustas mucho —soltó de golpe—, pero creo que será mejor que no vuelva a pasar nada... nada como... como... lo del almacén... ya sabes.

—Sí, te entiendo —no sabía si sentirme ofendida, según parecía me estaba rechazando.

Se puso en cuclillas delante de mí. Me tomó las manos entre las suyas y yo me sorprendí tanto por un contacto que no esperaba, pues él no hacía otra cosa que rehuirlo, que sin poder evitarlo pegué un pequeño bote en el asiento.

—No me tengas miedo —Hunter había entendido mal mi gesto.

—No te tengo miedo.

—Entonces, ¿por qué tiemblas? —su mirada era tan intensa que me llegaba hasta el mismo alma.

—No lo sé.

Suspiró y me acarició con ternura la mejilla.

—Yo no puedo estar con nadie. No soy bueno para tener una relación. Tienes que alejarte de mí.

Sentí que algo en mi interior se hacía mil pedazos. Sin poderlo remediar las lágrimas comenzaron a correr libres. Hunter las secó con su dedo índice.

—Por favor, Amber, no llores.

De pronto me sentí agobiada, no quería estar allí con él. Deseaba estar sola en mi cama y olvidar todo ese día.

—Tengo que irme —casi le tiré en mi prisa por salir de su apartamento.

—Espera... no te vayas... déjame explicarme...

—No me hace falta. No quieres tener una relación, punto.

Me cogió la mano para que no me marchara.

—No es solo eso, yo...

— ¿Tú qué? —me estaba cansando de tantos misterios.

—Yo no soy bueno. No soy bueno para ti, ni para nadie —pareció arrepentido de haber dicho esas palabras—, será mejor que te marches... —me soltó la mano y se dio la vuelta para no mirarme.

Salí a toda velocidad, ¿qué narices estaba pasando?, ¿por qué decía que no era bueno? Tantas preguntas y tan pocas respuestas.

CAPÍTULO 16. Todo quedó en nada.

—Vámonos a casa —las dije cuando regresé de hablar con Hunter —no quiero hablar.

Las tres entendieron que no era el momento para explicarlas todo lo que había sucedido en el apartamento de Hunter.

Nos despedimos de Charly y las tres nos encaminamos a casa. Jordan nos despidió en la puerta del apartamento.

—Mañana nos vemos y hablamos. Tenemos que tomar muchas decisiones —le dijo a su madre—. En cuanto a ti —me sonrió—, no pienses y actúa conforme a lo que tu corazón sienta.

—Gracias Jordan —abracé con fuerza a mi sobrina, ella me entendía y me apoyaba en todo.

Me metí en la cama sin darle tregua a Kayla, que se moría por saber. Estaba tan agotada que dormí toda la noche de un tirón. No recordaba nada de lo que había soñado, pero me levanté con el recuerdo vivo e intenso de Hunter diciéndome: «no soy bueno para ti, no soy bueno para nadie».

Kayla me tenía preparado el desayuno y yo se lo agradecí.

—¿Dormiste bien? —me preguntó.

—Sí.

—Te quiero, cariño —y de nuevo me abrazó. Parecía que le estaba cogiendo el gusto a eso de las expresiones de amor, era como si quisiera recuperar todos los años perdidos. Me soltó y me obligó a mirarle a los ojos —¿No piensas contarme nada de nada?

—Me quedé sin ninguno —dije sin pensarlo, ya estaba bien de callar lo que pensaba—. Tuve a dos hombres extraordinarios y ahora mismo no tengo nada de nada. Owen me plantó, con razón, no lo niego. Y después lo hizo Hunter, con el estúpido pretexto de que no es bueno para mí.

—Lo siento mucho —y lo decía de corazón, lo podía ver en su mirada. Esta vez no hubo reproches, ni te lo dije, ni yo sé más que tú. Simplemente me abrazó y me consoló como lo haría una hermana

—Bueno, ya está bien —me zafé de su abrazo—. Ahora tengo que ir a trabajar. Tengo que detener a todos los ladrones y gente mala que intente hacer daño a la gente buena de esta ciudad —me soné la nariz y sequé las lágrimas. Kayla sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Que tengas buen día. Acaba con los malos.

Pasé toda la mañana trabajando sin descanso, era lo mejor para no pensar. Cuando terminó mi turno, no hice como todos los días, que me iba al café de Charly, me marché a casa. No tenía ganas de encontrarme con Hunter, la herida estaba muy reciente, primero tendría que sanar un poco para poder enfrentarme a esos ojos que me acompañaban a todas horas.

Así pasaron los días, uno tras otro. Trabajaba y me iba a casa. Kayla estaba desesperada y ya no sabía cómo sacarme de mi reclusión. Pero yo no podía, no tenía fuerzas para verle y no lanzarme a sus brazos.

—Nos vamos de juerga —anunció Jordan una noche que apareció por mi apartamento.

—No pienso ir a ningún sitio —repliqué.

—Te vas a vestir con una falda de esas apretadas y supercortas, te vas a pintar como un putón y nos vamos a buscar hombres. Me he tomado una noche libre, quiero pasarlo muy bien y tú no me lo vas a estropear — dijo Charly que casi nunca se tomaba un día libre y me sorprendió mucho cuando la vi aparecer junto con mi sobrina.

Kayla no hacía otra cosa que dar saltos a mi alrededor como loca de alegría, tenía ganas de divertirse, hacía mucho que no salía, intentando que yo no estuviese sola.

—No tengo fuerzas, id vosotras...

—¡Ve a vestirte inmediatamente! —la orden dada con gran autoridad, salió de mi hermana que había perdido ya la paciencia.

Me fueron empujando hacia mi dormitorio y no me quedó más remedio que ceder. Pero pondría una regla.

—Iré con vosotras —todas empezaron a dar saltos de alegría—, pero me vestiré con lo que yo escoja y no pienso pintarme cómo un putón.

—Lo que tú digas, señorita estrecha.

—No tan estrecha, que se ligó a dos tíos —dijo Jordan, y comenzó a reír con fuerza. Yo no pude más que seguirla y lancé una carcajada. Kayla nos miraba como si estuviésemos locas, pero se unió a nuestra juerga y Charly ya llevaba un buen rato retorciéndose de la risa.

Me decidí por unos jeans ajustados y una blusa blanca y larga. Mona pero discreta, yo no tenía ganas de hombres, después de la experiencia sufrida. Me maquillé como siempre, discreta y muy natural.

—Estás preciosa, cariño —dijo mi hermana y mis amigas asintieron entusiasmadas.

Desde el primer instante que entramos en el local donde me llevaron, me arrepentí de haber cedido a sus ruegos de salir.

¿Qué narices hacía yo, en una especie de discoteca de los años 80? Mis amigas bailaban como locas y cantaban las canciones, mientras que yo estaba rígida como un palo, sin saber cómo moverme, ni qué hacer.

—Vamos Amber, baila, esto es muy divertido —me dijo Charly.

—Creo que iré a la barra a pedir las bebidas —contesté yo.

—Cervezas para todas —Kayla estaba desatada y no paraba de moverse como una loca al son de *It's raining men* cantada por *Weather Girls*.

La miré con estupor al ver que su novio Zach, que había sido invitado al evento sin yo saberlo, y se había unido a nosotras en el local discotequero, la tomaba de la cintura y los dos se mecían sin pudor al son de la música. Miré a Jordan buscando su desaprobación, pero ella se limitó a sonreírme, y

acercándose a mi oído, porque la música estaba tan alta que si no, no había manera de escuchar lo que me iba a decir, me soltó:

—Me gusta ver a mi madre feliz, lo merece, y si Zach es quien consigue que le brillen los ojos y que sonría de esa manera, no me importa nada.

Tenía razón, durante muchos años, en silencio, Kayla fue una mujer amargada y triste, y en tan solo dos meses era una mujer feliz y con muchas ganas de vivir. ¡Bienvenido sea Zach!

Durante toda la noche, me encargué voluntariamente de abastecer al grupo de bebidas. Ellas bailaban y sudaban, mientras que yo traía constantemente cervezas para todas, conseguí hasta una bandeja que me prestó el camarero, así no daba tantos paseos.

La verdad es que no lo pasé tan mal, ver a mis amigas haciendo el ganso y bailando como locas desquiciadas, era muy divertido. Llegó un momento que la música fue haciéndose más lenta, señal inequívoca de que se aproximaba la hora del cierre.

Charly, que estaba un poco borracha, se puso a bailar con un tipo que tenía al lado y que se sintió dichoso de ser el escogido por tan bella dama. Zach abrazó a Kayla y juntos se balancearon suavemente, mientras se hacían arrumacos. Jordan y yo nos deshicimos de dos babosos con ganas de meter mano y decidimos salir de la pista y sentarnos.

—¿Te diviertes? —me preguntó.

—Sinceramente, sí, lo estoy pasando bien. Por un rato solo he estado pendiente de vosotras y de cómo bailábais, me he reído mucho.

—Me alegro, eso era lo que pretendíamos —tomó su cerveza y le dio un largo trago— ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¡Pues claro que sí!

—¿Estás enamorada de Hunter?

—Es difícil... no sé yo... yo... —, entonces fui yo quien le dio un largo trago a la mía— Siento algo fuerte por él, no sé si es amor... pero no me lo quito de la cabeza.

—¿Y por qué le dejas que se aleje de ti?

—No puedo hacer nada si él no quiere.

—¡Oh, vamos! —sacudió la mano como si yo hubiese dicho alguna tontería— Ese tío está loco por ti. Me di cuenta en cuanto entramos en *The Charly's*, no te quitó los ojos de encima en ningún momento. Cuando Owen te besó creí que se abalanzaría sobre él y le golpearía, por la mirada furiosa que le echó.

Me quedé un buen rato en silencio pensando en todo lo que acababa de decirme mi adorada sobrina.

—¿Y qué narices quieres que haga?

—Habla con él.

—Ya lo intenté, ¿recuerdas?, la noche que casi pegó a Owen. Me dijo que no quería continuar, porque

no era bueno para mí.

—Y eso, ¿qué narices quiere decir?

—No tengo ni idea.

—No pienso que sea mala gente. Soy muy intuitiva y en él veo a un buen hombre con muchas ganas de tenerte entre sus brazos.

Eso me hizo sonreír y la miré con ternura.

—Te quiero mucho Jordan, eres una mujer extraordinaria. Apoyas a tu madre en su amor, sin censurarla e intentas apoyarme a mí en esta locura, con un hombre que no me conviene en absoluto.

Jordan se limitó a sonreír con dulzura.

Las parejas dejaron de bailar, la música se había terminado. Charly dejó a su partenaire tirado cómo una colilla, solo deseaba bailar y cuando el baile se terminó, se despidió de él educadamente.

Kayla y Zach se marcharon juntos, después de que Jordan le prometiese a su madre que no le importaba.

Salíamos de la discoteca y Jordan fue la que condujo el coche, era la que menos había bebido de las tres.

—Déjanos en casa de Charly y llévate tú mi coche —le dije.

—¿Y cómo irás tú a tu casa?

—Tan solo hay unos metros hasta mi apartamento.

—Pero es muy tarde.

—No sufras por mí, llevo una pistola en el bolso.

—¡Vaya, tía, eso sí que me tranquiliza!

Charly estaba tan borracha que según entró en el coche se quedó dormida como un bebé.

—La acostaré —le dije señalando a la pasajera de atrás que roncaba a pleno pulmón—, y luego me iré a mi apartamento.

Así lo hicimos, Jordan nos dejó a mí y a la dormida Charly en la puerta de su cafetería. Nos despedimos y tomando a Charly fuerte de la cintura me encaminé a su apartamento.

—Amber... te quiero mucho —dijo con ese tono inequívoco de quien está bajo los efectos del alcohol—, eres la mejor.

Estaba claro que a mi amiga la borrachera la ponía en plan cariñoso, porque durante todo el camino no paró de decirme lo que me quería, lo buena persona que era y lo mucho que me agradecía toda la ayuda que le estaba prestando.

Saqué las llaves de su bolso con gran esfuerzo, porque Charly se me había abrazado como una lapa.

Me costó un triunfo separarla de mi cuerpo y abrir, mientras ella lloriqueaba y me decía que yo era la mejor amiga del mundo mundial. Entramos en el bar, que ya estaba cerrado, dando trompicones y chocando con todo lo que había a nuestro paso.

Hacíamos tanto ruido que temí por Hunter, a este paso le despertaríamos y llamaría a la policía pensando que alguien estaba destrozando el café.

La subí por las escaleras hasta su apartamento y cuando llegamos me dieron ganas de llorar de alegría. Por fin podría dejarla en su cama y separarme de esa mujer tan sumamente pegajosa y pesada.

La desnudé y logré que se metiese en la cama.

—Buenas noches, Amber —me dijo ya acostada y me dio un suave beso en la mejilla.

Bajé las escaleras a la carrera, gracias a Dios Charly tenía siempre dos juegos de llaves y me había dicho una vez en donde guardaba el otro, así podría cerrar e irme a casa tranquila.

Cuando iba a salir escuché como se abría la puerta que comunicaba el apartamento de Hunter y el café.

Me di la vuelta lentamente, podía sentir su presencia, era como una fuerza que envolvía el aire. Como un imán que hacía girarme y mirarle. Lo primero que sentí fue su dulce aroma, que me inundó los sentidos y me hizo temblar de ansiedad por correr hacia él y hundir mis labios en su garganta, mientras que absorbía todo su exquisito aroma.

CAPÍTULO 17. Bajo la piel.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —me preguntó.

Me giré por completo y lo observé. Tan solo llevaba un ancho pantalón de algodón blanco que se ataba con un cordón a la cintura. Le caía flojo sobre las caderas y dejaba expuesto gran parte de su cuerpo. Su pelo suelto y despeinado por las horas de sueño, le daban un aspecto salvaje. No pude evitar mirar sus fuertes abdominales y sus pectorales marcados por los años de ejercicio. El tatuaje del brazo era una obra de arte sobre su cuerpo y le daba ese aspecto salvaje y de chico malo que le hacía sexy y muy atrayente.

Me quedé sin palabras, solo era capaz de admirar su cuerpo y observar de modo casi hipnótico como su pecho subía y bajaba con cada respiración.

—Amber, ¿estás bien? —sonó con auténtica preocupación. Seguramente tenía un aspecto un poco raro. Casi borracha, excitada con la visión de ese cuerpo maravilloso y colorada por la vergüenza de haber sido pillada infraganti observándole.

—¿Cuántos años tienes? —¿Por qué pregunté eso?, no lo sé. Pero fue lo único que se me vino a la cabeza en esos momentos.

—39 —contestó. Me miró sorprendido por lo absurdo de mi pregunta, que no venía a cuento.

Entonces me di la vuelta para marcharme.

—¡Espera! —corrió a mi lado— ¿Está todo bien? ¿Qué haces aquí a estas horas?

«¡Dios, tenerle tan cerca, me estaba volviendo loca!» «¿Por qué olía tan bien?» Deseaba alargar la mano y tocar su piel, seguro que estaría caliente y muy suave.

—Salimos de fiesta y Charly bebió más de la cuenta, tuve que acostarla.

—¿Tú estás también borracha?

Se acercó más a mí, mi nariz estaba casi pegada a su pecho y sentí un leve cosquilleo en los labios, una necesidad tan fuerte de ponerlos sobre su piel que tuve que cerrar los ojos por un instante para dejar de verle y contenerme.

—Tan solo un poco —le dije.

Ya no podía más, ese aroma me estaba volviendo loca y con gran lentitud y esperando ser rechazada, posé mi mano sobre su pecho desnudo. Nunca, por muchos años que pasasen olvidaría esa sensación. Duro, suave y muy caliente, mi mano se movía arriba y abajo conforme él respiraba. Levanté mi cara para mirarle a los ojos y descubrí como él me estaba casi desnudando con la suya. Se mordía el labio inferior y eso me excitó aún más. La química entre nosotros era tan fuerte que casi se podía tocar y nuestros cuerpos se atraían como dos imanes.

—Te deseo —me dijo, con tono sensual.

—Y yo.

Me tomó en sus brazos, como si no pesase nada y me llevó a su apartamento.

«Va a ocurrir, ¿qué hago?», me pregunté. «Nada, no hagas nada, déjate llevar», me respondí.

Me dejó de pie frente a la cama y con mucha suavidad me besó, fue un beso corto pero muy excitante.

—Si quieres irte... por favor... hazlo ahora.

—No quiero ir a ningún sitio que no sea a tus brazos.

Entonces el beso no fue tan suave, sino intenso y tan apetitoso que me hizo desear más y más.

Tenía tantas ganas de tocarle que puse mis manos sobre su pecho y lo acaricié con ansiedad y anhelo. Hunter gemía contra mi boca y con vehemencia intentaba desabrocharme los pantalones.

—Espera —logré decirle.

Me separé y con rapidez, me quité los jeans, los arrojé a un lado casi con odio, para mí eran como mi enemigo más ferviente, porque me habían hecho separarme de lo que más deseaba en ese momento, el cuerpo de Hunter.

Regresé a su abrazo, pero él me separó de nuevo y con gran agilidad y recreándose en cada botón que desabrochaba de mi blusa, me la quitó. Pasó su mano desde mi garganta hasta dejarla entre mis pechos. La otra jugueteaba con mi cadera, acariciándola con suavidad. Me bajó las braguitas y estas fueron a parar tan lejos como los jeans.

—Eres preciosa— su voz ronca conseguía hacerme temblar de deseo.

Pasé mis manos por su tatuaje, recorriéndolo con mis dedos, desde la muñeca hasta su hombro, él estaba totalmente absorto en mi mano y seguía el camino que trazaban mis dedos con la mirada, era como si no pudiese creer que yo le estuviese acariciando.

—Me encanta. ¿Significa algo? —le pregunté refiriéndome al tatuaje.

—No, es solo un dibujo que me gustó —se notaba que estaba muy excitado, pues le costó pronunciar esas palabras y su respiración era agitada y jadeante.

Le tomé la mano, y me gustó mucho observar el contraste. La de él, grande y fuerte, con dedos largos y callosos por el trabajo que realizaba; la mía, pequeña y de piel pálida. Pusimos las palmas juntas y las miramos, nos sonreímos y sentí una gran conexión justo en ese instante, como si nuestro destino fuese estar así, juntos y apoyarnos el uno en el otro.

Él me soltó y me dio la vuelta, sentí su pecho contra mi espalda, me abrazaba tan fuerte que apenas podía respirar o quizá fuese la gran excitación que tenía la que me lo impedía. Puso sus labios sobre mi cuello y pasó su lengua despacio, saboreándome y haciéndome sentir escalofríos que recorrían todo mi cuerpo.

—¡Cómo te deseo, Amber!

Pero no era necesario que me lo dijera, podía notar su gran erección contra mi espalda. Juguetona me restregué contra ella y noté con gran alegría como él gemía de placer.

Hunter me hacía arder y desearle tanto que incluso dolía. Pasó sus manos por mi cuerpo, era su dueño y su amo, podía hacer todo lo que quisiese con él y yo no podría hacer nada para impedirselo.

Me desabrochó el sujetador, que cayó a mis pies.

Puso sus manos sobre mis pechos y los masajeó con pasión. Yo casi en estado hipnótico seguía sus movimientos, miraba sus manos apretar, acariciar y arrullarlos, como si no existiese nada más en el mundo que esas manos acariciantes que me estaban dando tanto placer.

Se apretó contra mi espalda y se agachó hasta que su pene quedó entre mis piernas, el pantalón era un autentico incordio y yo deseaba que desapareciese inmediatamente, así que me solté, y como pude, pues él quería continuar acariciando mis pechos, me di la vuelta y le desabroché el cordón, lo aflojé y conseguí que cayeran al suelo casi sin tocarle. No llevaba slip y me quedé impresionada por el gran tamaño de su erección. Era tan enorme y robusta que temí no poder abarcarla dentro de mí. Hunter emitió una especie de siseo al notar como mi dedo índice recorría toda la longitud de su miembro.

Me tomó entre sus brazos y me tumbó en la cama, una gran urgencia nos poseyó a los dos. Ambos necesitábamos más, queríamos sentirnos, poseernos, notar como temblábamos de placer juntos, sin separar nuestros cuerpos.

—¡Joder, Amber! —se levantó de golpe y a mí me dieron ganas de gritar a pleno pulmón.

—No te vayas —le rogué, no podía volverse atrás ahora, yo moriría si no me tomaba—. Por favor... no me dejes así.

El se recostó en la cama y me abrazó. No me había dado cuenta pero estaba llorando, no era solo algo físico era también necesidad de sentir su calor, su amor.

—No pienso irme a ningún lado —me besó en la cabeza con ternura— ,es solo que no tengo preservativos.

—¿Cómo? —le dije separándome de su abrazo.

—Que no tengo..., no los uso..., así que...

¡¿Un hombre como él no tenía preservativos?!, increíble, más tarde indagaría sobre el asunto, pero ahora solo deseaba sentirle dentro de mí.

—No lo necesitamos. Tomo la píldora, tengo problemas hormonales y estoy limpia de enfermedades.

Se le iluminó la mirada y de inmediato se puso sobre mi cuerpo.

—Yo hace más de nueve años que no tengo relaciones sexuales, así que estoy también limpio.

—¡¿Nueve años?!

—Creo que este no es el momento de hablar de eso... puede esperar... ya no resisto más.

Pues claro que podía esperar, era solo que me había impresionado mucho saber que un hombre tan espectacular como él llevase tanto tiempo sin tener a una mujer en su cama.

Ya no hubo más palabras, solo gemidos y jadeos. Se introdujo en mi interior despacio y abriéndose

camino con mucho esfuerzo por su parte, se le veía contenido. Su mayor deseo era entrar en mí, pero sabía que tenía que ir despacio para que yo me fuese adaptando a su gran tamaño.

—¡Oh, Dios mío! —dije con asombro cuando la noté toda dentro de mí. Jamás había sentido nada igual, era tan agradable que casi sin moverse comencé a experimentar un fuerte placer, que me llevaba hasta el éxtasis.

Hunter comenzó a moverse suave y muy despacio, como con miedo de hacerme daño.

—Vamos Hunter, estoy bien..., no pares..., no pares.

Le tomé de las nalgas y le obligué a moverse más deprisa.

—¿Estás bien? —dijo con los dientes apretados por el esfuerzo tan grande que estaba haciendo al controlarse.

—¡Estoy bien! ¡Deja de preocuparte, no voy a romperme! —estaba tan excitada que le grité enfadada.

Él no dijo nada, tan solo comenzó a moverse más y más fuerte. Oleadas de placer intenso me recorrían el cuerpo. Mis gemidos se fueron intensificando al ritmo de sus embestidas hasta que mi voz se quebró en un grito de placer.

—¡Hunter! —grité una y otra vez al sentir como mi cuerpo se estremecía y el placer estallaba dentro de mí. Fue el orgasmo más potente que he sentido en toda mi vida.

Él se dejó llevar por su propia necesidad y soltó un gruñido fuerte e intenso, que me hizo estremecer.

Se tumbó a mi lado y me abrazó. Podía sentir como su corazón latía rápido y fuerte, un suspiro escapó de su boca y enterró su cabeza en mi cuello. Entonces sollozó y me di cuenta que algo húmedo mojaba mi cuello, ¿eran lágrimas?, ¿Hunter estaba llorando?

—Eh... ¿estás bien? —le pregunté, mientras intentaba que me mirase a los ojos. Pero él no quería y hundía más su cabeza en mi cuello.

Le acaricié los hombros y la espalda, mientras decía palabras cariñosas. No tenía ni idea de por qué estaba llorando, pero tenía la imperiosa necesidad de darle consuelo. Lo hacía en total silencio, tan solo algún que otro sollozo salía de su garganta y me impresionó la ternura con la que me abrazaba.

Permanecimos un buen rato así, hasta que por fin levantó su cabeza y me miró con tal afecto, que un nudo se adueñó de mi garganta.

—Gracias Amber..., gracias..., gracias...

Lo repetía una y otra vez, mientras dejaba un reguero de besos en mi cara.

—¿Por qué? —le pregunté. Jamás pensé que él tendría esa reacción después de hacer el amor.

—Hacía mucho tiempo que no... que no sentía... —dejó la frase a medias y me besó, con un beso lleno de amor, lleno de pasión y de alegría por un comienzo entre nosotros. Yo me dejé llevar y le agarré la cabeza para obligarle a profundizar más en ese beso.

Me soltó de golpe, dejándome aturdida y con deseo de más. Puso sus manos a los lados de mi cabeza y

me miró.

—Hacía tanto que no sentía... nada.

«¿Nada?», «¿qué narices quería decir con eso?», todo en él era enigmático. Necesitaba respuestas y seguro que las tendría tarde o temprano.

CAPÍTULO 18. Cicatrices.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño, yo me quedé tumbada mirando como ese cuerpo maravilloso se movía con elegancia. Nunca me cansaría de observarle, si pudiese estaría toda la vida mirándole. Con solo respirar conseguía ponerme a cien.

Cuando regresó a la cama, se tumbó a mi lado. Entonces fui yo la que se levantó, deseaba verle en todo su esplendor. Me senté en la cama frente a él y repasé milímetro a milímetro su cuerpo con mi mirada. Hunter puso sus manos bajo la cabeza y se quedó muy quieto, con su mirada puesta en mis ojos, siguiendo el recorrido que la mía hacía por su cuerpo.

Comencé por su cabello revuelto que se extendía sobre la almohada. Continué con sus ojos que brillaban y me miraban con deseo. Luego pasé a sus labios gruesos y sensuales, los tracé con un dedo suavemente, sintiendo como un jadeo salía de ellos. Me aparté y proseguí mi recorrido por su cuello, su pecho, su cintura y su ¡oh, vaya!, me sonrojé, otra vez estaba preparado para mí, le sonreí al llegar a esa zona y él me correspondió con otra enorme sonrisa. Continué, bajando a sus duros muslos, bien torneados y...«¡Oh Dios mío, eso no lo había visto antes!». Me sorprendí al ver una gran cicatriz en el muslo derecho. Hunter reaccionó con rapidez y se cubrió con la sabana.

—¿Por qué te tapas? —pregunté.

—No es agradable de ver...

—No es para tanto. Déjame verla bien...

Tiré de la sábana, pero él la tenía fuertemente agarrada.

—No, de verdad, déjalo.

—No seas tonto, mira —le dije señalando en mi hombro izquierdo el lugar donde tenía una pequeña cicatriz—, yo también tengo una. Sí tú me explicas cómo te hiciste la tuya, yo te contaré cómo me hice la mía.

Por un largo rato se quedó pensativo. Finalmente cedió y con lentitud se quitó la sábana y me dejó mirar de cerca la cicatriz. Medía unos 10 cm y tenía un aspecto irregular. Pasé mi dedo por la superficie.

—Cuéntame —le dije.

—Me clavé un hierro... —por su mirada deduje que había algo más, algo que no me quería contar— ¿Y tú? —me preguntó tocando con su dedo la mía.

—Me dieron un tiro.

Me miró sorprendido.

—Tuvo que doler —sus ojos expresaban ternura.

—Mucho.

—¿Cómo fue?

—Dos tipos asaltaron una licorería —un escalofrío recorrió mi cuerpo al recordar ese día—. Mi compañero y yo llegamos los primeros. Nos encontramos un panorama aterrador, el dueño del local era un pobre hombre ya mayor, asustado y tembloroso y uno de los dos tipos le tenía encañonado —Hunter notó mi malestar al recordar y me tomó la mano entre las suyas—. Todo sucedió muy rápido...temí que le dispararan y yo... no sé cómo disparé mi pistola y... le acerté en una pierna. Al caer al suelo, se golpeó la cabeza y murió al instante.

—No fue culpa tuya. Tú solo querías salvar a ese pobre hombre —lo dijo con tal determinación que no habría nadie capaz de disentir.

—Lo sé... es algo que me digo todos los días. El otro tipo al ver a su compañero en el suelo... me disparó. No tuve tiempo de reaccionar. Todo ocurrió muy rápido —hubo algo que me callé, no quería hablar sobre ello. Nadie excepto mi compañero sabía lo que había ocurrido después. Todo estaba en mi memoria, me acompañaba en mi vida diaria y en muchas ocasiones conseguía ponerme el vello de punta. Jamás olvidaría como Salazar, así se llamaba el tipo que me disparó, me amenazó. Sus palabras se quedaron clavadas en mi cabeza: “Has matado a mi hermano y te juro que yo conseguiré acabar con lo que más ames en el mundo”.

Hunter tiró de mí y me tumbó sobre la cama.

—Quiero que olvides todo eso, ahora quiero hacerte gritar.

Me tomó las manos y unidas las agarró con una de las suyas sobre mi cabeza. Se colocó entre mis piernas y me miró con deseo.

Pasó su lengua lentamente por mi cuello descendiendo hacia mi clavícula. Yo intentaba soltarme de su agarre pero él no me dejaba.

—Estate quieta, Amber —me regañó—, ahora voy a gozar de tu cuerpo, deja de luchar y disfruta.

Cerré los ojos y esperé a ver qué era lo que Hunter me ofrecía.

No se hizo esperar, pasó su lengua con gran lentitud por mi pezón, lo tomó entre sus labios y lo succionó de tal manera que me hizo gemir de placer.

—¿Te gusta, verdad?

—Oh sí... sí...

Vi como sonreía satisfecho y sin apartar la mirada, de manera seductora hizo lo mismo con el otro, mientras yo me retorció intentando soltarme de su agarre, deseaba con fervor tocarle y acariciarle, pero él no me dejaba.

—No te resistas Amber, soy más fuerte que tú. Ahora quiero tocarte, ya habrá tiempo para que lo hagas tú conmigo.

Continuó con su tortura, pasando de un pecho a otro. No solo utilizaba su boca para acariciarlos, sino también lo hacía con sus mejillas que me raspaban por la barba, causándome una extraña sensación de lo más placentera.

—Te soltaré las manos pero quiero que te quedes muy quieta.

Me soltó despacio y esperó mi reacción. Fui obediente y las dejé sobre mi cabeza totalmente inertes, quería saber hasta dónde llegaría, y deseaba jugar.

Su boca continuó su recorrido y llegó hasta mi cintura, me dio un pequeño mordisco que consiguió volverme loca de deseo. Jadeé y me moví para dejarle mejor acceso hacia mi cadera.

El se entretuvo durante un buen rato, besando y mordisqueando, mientras que con sus manos acariciaba mis pechos.

Llegad ya a esa altura, notaba como todo me daba vueltas y mi necesidad de sentirle dentro de mí, se hacía más y más fuerte.

Pero eso no entraba, de momento, en sus planes. Quería hacerme enloquecer y desearle tanto que llegase a suplicar.

Continuó su camino. Me separó las piernas y me besó el interior de los muslos. Mis gemidos cada vez eran más fuertes. Intentaba tocarle pero él me apartaba las manos.

—Ahora es tú momento, Amber, no el mío —me dijo, mientras levantaba la cabeza de entre mis piernas y me lanzaba una de esas sonrisas sexys que me enloquecían.

Aparté mis manos y me limité a sentir con los ojos cerrados como su lengua acariciaba mis muslos y trazaba su recorrido hasta mi clítoris, que palpitaba de deseo por recibir sus atenciones.

Lo lamió y besó de tal manera que creí desmayarme de placer. Era muy hábil y lo hacía tan bien. Yo solo podía retorcerme y gemir como una loca, sentía sus lametazos recorriéndome y cómo su lengua me penetraba, mientras sus manos no dejaban de tocarme, de pellizcar mis pezones y de masajearlos. Sentí como un fuerte calor me quemaba, estaba ardiendo por dentro y un estallido de placer comenzó a crecer dentro de mí. Las palpitaciones se hicieron más y más fuertes.

—¡Hunter! —grité al sentir por fin mi liberación.

Escaló por mi cuerpo dejando un rastro húmedo con sus besos y me tomó en sus brazos. Juntos giramos sobre la gran cama hasta quedar yo encima y a horcajadas sobre su palpitante erección.

—Vamos Amber, haz lo que quieras, muévete cómo más te guste. Ahora seré yo el que no se mueva —su voz me incitaba y me animaba a probar y a explorar.

Entonces tomé su erección con mi mano y con lentitud la introduje dentro de mí. Hunter gimió y yo jadeé. Comencé a moverme despacio, con mis manos acariciaba su pecho.

Él estaba quieto y con los ojos abiertos. Me miraba con pasión y a mí me volvía loca la manera tan sensual de morderse el labio. Tenía sus manos puestas sobre mis caderas y acompañaba mis movimientos con caricias.

Cuando pensé que ya no era posible sentir más placer, llevó su mano a mi clítoris y lo acarició, mientras yo iba aumentando mis embestidas. Llegamos juntos al clímax y este fue tan intenso que solté un fuerte grito de liberación.

Me dejé caer sobre su pecho, ya saciada y agotada y en ese mismo instante me dormí.

Hacía mucho tiempo que no tenía un sueño tan reparador.

CAPÍTULO 19. Otro disgusto para mamá.

Desperté, me senté en la cama y miré a mí alrededor, no reconocía nada, no estaba en mi cama. Por un breve instante me sentí perdida, pero en cuanto vi el biombo, las imágenes de la noche se colaron en mi mente. Hunter diciéndome que me deseaba, tomándome en brazos como si no pesase nada, haciéndome el amor, llorando sobre mi hombro. Todos esos momentos vividos con él regresaron a mi cabeza y por un momento me sentí mareada, todo me daba vueltas. ¿Qué se suponía que había hecho?, ¿qué se suponía que iba a ocurrir?

Me dejé caer y cerré los ojos. Me sentía dichosa y feliz, de eso no cabía duda. Hunter era un hombre extraordinario en el sexo y jamás había sentido tanto placer con nadie, pero era todo un enigma. No sabía de donde era, como era su familia, por qué hacía tanto tiempo que no mantenía relaciones sexuales y por qué se mantenía tan hermético con respecto a su pasado. Decidí echar un vistazo a su ficha policial, quizá hubiese estado preso por un tiempo, eso explicaría muchas cosas. «¡Oh, Dios mío!, ¿Y si asesinó a alguien?», me entró pánico, no porque supusiese un peligro físico para mí, sino porque no podría estar con nadie que hubiese matado a un inocente... «quizá lo hizo en defensa propia». Andaba inmersa en mis divagaciones cuando la puerta se abrió y entró el hombre más hermoso y adorable del mundo.

Me quedé mirándole embobada, era totalmente imposible que ese “Dios del sexo”, fuera un asesino. Definitivamente, descarté ese punto.

—Hola preciosa —me dijo, se acercó con sigilo y con su manera de andar provocadora y sexy.

Se sentó sobre la cama y yo perdí totalmente el sentimiento de culpa, y retomé mi sensación de deseo. «¿Qué tenía ese hombre que hacía que me olvidase de todo?»

Me tomó entre los brazos y me besó, haciéndome estremecer.

—¿Por qué estas vestido y no estás aquí en la cama conmigo? —pasé mis dedos por debajo de su camiseta acariciando sus fuertes abdominales y tiré de ella, intentando quitársela.

—No puedo —alejó mis manos de su vientre y me las sujetó—. Solo vine a ver si te habías despertado ya. Charly tiene resaca y no pudo abrir el café, estoy yo solo.

«¡Maldito café!», pensé.

—Cierra, por un día no pasa nada —intenté soltar mis manos, pero como él era más fuerte que yo, fue totalmente imposible. Entonces decidí utilizar mis labios y comencé a besarle la garganta, la barbilla, la boca y todo lo que se me ponía a tiro.

—No puedo hacer eso... —su respiración comenzaba a hacerse fuerte y costosa, se notaba que estaba tan excitado como yo— por favor, para... Amber... ¡oh, Dios! —dijo cuando logré soltar mis manos y le desabroché el pantalón con gran agilidad, él luchaba por pararme pero cada vez con menos fuerza. Introduje mi mano dentro de su bragueta, estaba totalmente excitado a juzgar por el considerable tamaño de su erección. Comencé a acariciarlo y él se rindió del todo.

De repente me paré en seco, retiré mi mano y le miré asustada.

—¿Qué hora es?!

—Las once.

—¡Oh-Dios-mío!

Me levanté tan rápido que estuve a punto de tirarle.

—¿Qué te pasa?

—Tengo que irme —me movía a gran velocidad, pero no era capaz de encontrar mi ropa— ¡Ayúdame a encontrar mis cosas, por favor!

Hunter recopiló todo en un momento, mientras que yo corría de un lado a otro histérica.

—Llegaré tarde. A mi hermana le va a dar un ataque.

—Tranquila, no será para tanto —me tomó por los hombros y me hizo frenar.

—Tú no lo entiendes —resoplé—. Mi hermana se va a divorciar y hemos quedado las dos con mi madre para darle la noticia.

—Tu madre lo entenderá, seguro.

Le miré como si estuviese loco.

—No conoces a mi madre. No entenderá nada de nada y montará un numerito... y yo llegaré tarde.

¡Oh, Dios mío! —ya estaba casi vestida, solo me faltaba un pequeño detalle, que no aparecía por ningún sitio. Le miré con desesperación —¿Dónde está mi sujetador?!

Tenía ganas de llorar y estuve a punto, pero mi caballero de brillante armadura llegó en mi rescate y me lo puso en la mano.

—Gracias —le besé.

Terminé de vestirme y me arreglé el pelo rápidamente.

—Tengo que irme —le dije.

—¿Te veré luego? —me tomó entre sus brazos y me mordisqueó el cuello.

—Sí, vendré a que me consueles. En cuanto deje a mi madre necesitaré un fuerte abrazo.

—Por eso no te preocupes, yo te lo daré encantado.

Me besó con tal pasión que estuve tentada de pasar de mi hermana y de mi madre. Pero el deber me llamaba y yo no dejaría sola a Kayla, me necesitaba.

—¡Oh Dios mío! —grité con espanto.

—Y ahora, ¿qué te pasa?

—Mi coche lo tiene Jordan. ¡No tengo coche! —Comenzó a faltarme el aire, estaba hiperventilando.

—Yo te dejaré el mío.

—¿Esa furgoneta cochambrosa? —sé que sonó desagradecido, pero era un trasto viejo y estaba tan destrozada que parecía increíble que pudiese andar.

—¡Eh, no la faltes al respeto! —dijo como ofendido.

—Perdona, tienes razón. Gracias, la cuidaré con todo mi cariño —me dio un beso cariñoso en la punta de la nariz.

—Eso espero, no se la dejo a todo el mundo.

«¿Y quién querría conducir ese trasto?», me pregunté. Pero estaba desesperada y no me quedaba otro remedio que llevármela.

Sacó de su bolsillo las llaves y me las dio.

—Adiós, me voy... llego tardísimo —me separé de sus brazos e hice un puchero—. ¡Lo que daría por meterme de nuevo en la cama contigo! —sentencié y cogiendo mi abrigo salí rápidamente antes de que me arrepintiese.

Me quedaban 50 km en un cacharro anticuado, que no alcanzaría la velocidad apropiada para llegar a tiempo.

Kayla y Tyler habían llegado a un acuerdo y la reunión con mi madre se haría en la casa que habían compartido durante 23 años. Aunque Kayla le había cedido la vivienda, era mejor que de momento mi madre no se enterase, suficiente tenía con saber lo del divorcio. Iríamos paso a paso.

Conduje todo lo rápido que pude, pero con la tartana de Hunter llegué una hora tarde.

Llamé a la puerta y en cuanto Kayla me abrió, se encargó de hacerme saber lo enfadada que estaba con mi retraso, con una mirada de odio que helaría la sangre a cualquiera.

—Hombre hermanita, por fin llegas —dijo con una fingida sonrisa. Se acercó a mi oído y entre susurros me preguntó; —¿Se puede saber donde narices te metiste anoche?

—Con Charly —contesté intentando parecer inocente.

—Estaba preocupada, podías haber llamado.

—Pensé que te quedabas con Zach, en su casa.

—Estuve con él, pero luego...

—Chicas. ¡¿que hacéis?! —mi madre se estaba impacientando.

—¡Ya vamos mamá! —gritó Kayla— Luego hablaremos tú y yo —sonó como si fuese una amenaza—. Pasa, mamá y yo llevamos más de una hora esperándote.

—Lo siento... lo siento...

Cuando entré en el salón acompañada de mi hermana, vi a mi querida madre sentada en el sofá. Se

levantó para saludarme y me dio dos besos, de esos que se dan al aire. Nunca lo he entendido muy bien, a mí me gusta besar con fuerza y en la mejilla.

—Ya era hora, Amber. Siempre llegas tarde —«Y así me recibió con su amor maternal».

—Hola mamá. ¿Qué tal estás?

—Dentro de lo que cabe, bien. Ya sabes que vivo pendiente de mi débil corazón —«Lo que le gusta un drama».

Nos sentamos en el sofá.

—Cariño, estás más rellenita. Tienes que vigilar tu alimentación.

—Sí mamá —lo dije de una manera mecánica, pero no tenía intención ninguna de dejar mis vicios preferidos: las hamburguesas y el chocolate.

Entonces miré a Kayla, que no dejaba de moverse de manera muy extraña, me hacía señas que yo no llegaba a entender y disimulaba cada vez que mamá la miraba. Parecía desesperada por hacerse entender. Cogió el móvil y tecleó.

—Kayla cariño, sabes que no me gusta que andéis con ese trasto infernal cuando estamos manteniendo una conversación. Es de muy mala educación.

—Perdona mamá —lo dejó a un lado.

Entonces sonó el mío, ni me atreví a mirarlo. Kayla comenzó a hacer gestos extraños, al principio no entendía nada, pero finalmente me di cuenta de que se desesperaba indicándome que mirase el móvil.

—Tengo que cogerlo, quizá sea del trabajo —me disculpé.

“Tienes un tremendo chupetón en el cuello, tápatelo inmediatamente”.

«¡Oh, Dios mío!, ¿qué hago?». La miré suplicante.

—Mamá, ¿quieres ver cómo quedó la que era habitación de Jordan con los muebles nuevos? —Jordan había abandonado el domicilio familiar hacía apenas unas semanas para irse a vivir con su novio y Tyler había transformado su cuarto en un despacho. La hubiera besado, mi hermana había encontrado la mejor excusa para alejar a nuestra madre y darme tiempo para tapar la prueba de mi noche de pasión.

Mi madre se levantó del sofá y se encaminó junto con Kayla hacia el cuarto de Jordan. Me miró esperando a que yo también me levantara.

—Yo me quedaré aquí —dije con una gran sonrisa, no tenía mucho sentido y no sabía que excusa poner. Movié la cabeza, como pensando que definitivamente había perdido el juicio, pero continuó caminando tras Kayla.

«¿Y ahora qué?». Corrí al espejo y me miré, allí en el cuello tenía una mancha rojiza, sonreí recordando cómo había llegado esa marca a mi piel. Me quedé embobada mirándola, suspiré. «Céntrate Amber, deja de pensar en Hunter y tápala con algo», «Sí, vale, y... ¿con qué?»

Miré buscando algo que me sirviese y encontré un objeto que sería mi tabla de salvación. Era un largo tapete que mi hermana utilizaba para adornar, se encontraba sobre la mesa del salón y tenía un precioso color dorado. Lo tomé rápidamente y frente al espejo lo coloqué a modo de fular. No me quedaba nada mal, hacía juego con mi ropa y no se notaba para nada que fuese un tapete.

Me senté de nuevo en el sofá y con cara de inocente, me dediqué a esperar a que regresaran al salón.

—Oh Amber, deberías haber ido a ver lo bonito que ha quedado — dijo mi madre. Entonces reparó en mi tapete-fular—. Amber cariño, eso que llevas alrededor del cuello, ¿no es el tapete de la mesa?

—Oh... esto —lo señalé—, no, no... es un pañuelo nuevo... que... que... —«Ayúdame Kayla».

—Amber está un poco acatarrada —Kayla, me vio tan perdida que corrió a socorrerme—. ¿Verdad Amber?

—Uff... me duele la garganta mucho —tosí para dar más credibilidad.

—Es horroroso y no te favorece nada —sentenció mi queridísima madre.

Nos sentamos otra vez.

—Voy a preparar café —dijo Kayla y me miró con una sonrisa nerviosa dibujada en sus labios— Amber, mientras, cuéntale a mamá lo de Bettany.

No tenía ni idea que era lo que tenía que contarle, ni siquiera sabía quién era Bettany.

—Bettany... sí claro... ejem —por un momento sentí la imperiosa necesidad de estrangularla con mis propias manos.

—Bettany la hija de los Jeferson, mi amiga, la que se va a divorciar — parecía que Kayla estaba perdiendo la paciencia. «Pero, ¿qué se creía, que era adivina?»

Mi madre nos miraba a una y a otra expectante.

—Ah... claro esa Bettany... la que se va a divorciar —mi voz sonó chillona, estaba tan nerviosa que mi garganta se había quedado seca. Sabía lo que Kayla pretendía y le seguí la corriente.

—Voy a hacer café... —salió corriendo hacia la cocina. «Cobarde».

—Fíjate mamá... Bettany se divorcia... —me miró muy seria.

—Qué pena para sus padres. Los Jeferson son unos buenos amigos y tan católicos, seguro que están destrozados.

—Que va... hoy en día es algo normal. ¿Por qué iban a estar mal?

—Amber cariño, estás muy rara. ¿Cómo no van a estar mal unos padres cuya hija se divorcia?, pero, ¿qué tonterías dices?

En ese momento llegó Kayla con el café, se sentó y de repente pronunció unas simples palabras que me hicieron sentir ganas de terminar con su vida, lentamente.

—Amber ha dejado a Owen.

Le lancé una mirada asesina y ella hizo un gesto como si fuese inocente.

—Oh... no, no. ¡Por Dios, Amber, te ordené que no lo estropeases! —estaba tan furiosa que parecía que le iba a salir fuego por los ojos.

—Y yo me voy a divorciar —entonces pasé de ser el centro de atención a serlo Kayla. Mamá la miró boca abierta— ¿Quieres más café? —continuó hablando como si no hubiese lanzado la bomba—Te lo pongo con una nube, cómo a ti te gusta— «Buen intento por cambiar de tema, pero me temo que no te va a resultar tan fácil».

—¿Cómo has dicho Kayla?!

—Que si quiere más café.

—No te hagas la lista, sabes perfectamente que no me refiero a eso.

—¿Lo de la nube? —Su mirada era tan inocente, que parecía una niña cuando no entiende lo que le están preguntando.

—¡Déjate de tonterías! —estaba tan furiosa que se le hinchó una abultada vena del cuello de tal manera que parecía que estallaría de un momento a otro.

Kayla me lanzó una mirada suplicando mi ayuda.

—Tranquila mamá. No pasa nada... es algo normal... tenemos que tomarlo con la mayor naturalidad posible y sin dramas.

Entonces fui yo quien recibió una mirada furiosa.

—¡Tú... tú! —me señaló con el dedo inquisidor— ¡Eres la culpable de todo!

—Eso no es justo —traté de defenderme.

—Kayla tenía una vida buena, estable, con un hombre con dinero y tú... has hecho que todo eso se vaya al traste.

—No es cierto. Es mi decisión —Kayla se había interpuesto entre mi madre y yo, como protegiéndome—. No amo a Tyler y aunque sé que es un buen hombre, no puedo seguir fingiendo lo que no es.

—Pero, y tú hija, ¿no piensas en ella? Le harás pasar vergüenza.

—Jordan ya lo sabe y está de acuerdo conmigo.

—Creo que me va a dar un ataque —se sentó fingiendo que le dolía el pecho.

—Oh, vamos mamá, déjalo ya por favor.

Se levantó del sofá y cogió su abrigo.

—Entre las dos acabaréis conmigo. No quiero saber nada de vosotras, para mí estáis muertas —eran

unas duras palabras, hirientes y ofensivas. Pero tanto Kayla como yo la conocíamos bien y sabíamos que tarde o temprano se calmaría y olvidaría lo que acababa de decir —me marchó, no me llaméis.

Salió dando un fuerte portazo, mientras Kayla y yo nos quedamos temblando y casi al borde de las lágrimas.

CAPÍTULO 20. Demasiado complicado.

—¿Por qué narices le has dicho lo de Owen? —le pregunté cuando nos quedamos solas.

—Pensé que dándole las dos noticias a la vez sería mejor.

—Claro, querías compartir. Pues gracias hermana, ahora me echa la culpa a mí de todo —estaba muy enfadada.

—Lo siento mucho —sus ojos estaban húmedos— yo solo...

La abracé, sabía que no tenía maldad en sus actos.

—Bueno, ya está bien. Será mejor que nos marchemos a casa —le dije.

—Antes de marcharnos. ¿Qué pasó anoche? —a pesar de lo que acababa de ocurrir, Kayla, no estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—No creo que eso tenga importancia ninguna.

—No la tendrá para ti, pero para mí sí la tiene. ¡No puedes liarte con un tipo del cual no sabes nada de nada!

—Yo no me he liado... —puso cara de sentirse ofendida por negar lo evidente— ¿Cómo lo sabes?

—Amber, no soy tonta, sé sumar dos más dos. No has dormido en casa y traes un chupetón en el cuello. El último sitio donde estuviste fue el bar de Charly. ¿Necesitas más?

Estaba totalmente frustrada, ¿por qué siempre tenía que dar explicaciones de todo y a todos?

—¡Qué puñetera manía tenéis de meteros en mi vida!

—Te quiero, Amber, y no me gustaría verte sufrir.

Me levanté del sofá, estaba tan furiosa que no podía quedarme quieta.

—¡Déjalo, deja de meterte en mis cosas!

—Está bien hermanita, prometo no decir nada más sobre Hunter.

Parecía ofendida, al menos lo pude ver en sus ojos. Me senté de nuevo a su lado y le tomé las manos entre las mías.

—Perdóname, se que soné un poco brusca... Puede parecer un tipo rudo y peligroso, pero cuando estoy con él me siento segura y sé que jamás me haría ningún daño. Siento algo especial por él, algo que no me deja pensar en otra cosa y que me obliga a necesitar su contacto y sus besos. Yo solo quiero estar a su lado.

Suspiré con fuerza y bajé la mirada.

—Oh, Dios mío Amber, estás enamorada.

«¿Enamorada?», eso sonaba demasiado fuerte.

Me levantó la barbilla con un dedo y nos miramos a los ojos. Los de mi hermana estaban llenos de ternura y anegados de lágrimas.

—No quería sentir esto... deseaba por una vez en mi vida hacer lo correcto y amar a Owen —sentí como mis propias lágrimas mojaban mis mejillas—. Solo deseaba que fuese él... pero no puedo... ¡Es tan frustrante!

Kayla me envolvió en sus brazos y así permanecemos un buen rato.

Decidimos irnos juntas, Kayla dejaría allí su coche y las dos nos marcharíamos en la destartalada camioneta de Hunter. En un principio Kayla pareció totalmente horrorizada, le parecía increíble que ese trasto funcionase. Pero finalmente, después de ponerla en marcha, se sintió totalmente encantada, los asientos eran muy cómodos y estaba lo suficientemente limpia para que mi hermana se sintiese a gusto. Tan cómoda que incluso se pasó todo el viaje de vuelta dormida.

La dejé en el apartamento que Jordan compartía con su novio, así recogería mi coche.

—Voy a pasar el día con mi hija, la necesito. Luego nos vemos —me dijo.

Yo decidí irme derecha al café y hacer lo que más ansiaba; abrazar a Hunter y hundir mis manos en su cabello, mientras él me besaba con pasión.

Aparqué tras el edificio y la gran impaciencia por volver a verle, me hizo correr hacia el café.

Él estaba sirviendo las mesas. En cuanto entré levantó la mirada de su bloc, donde estaba tomando la comanda y me sonrió. ¿Sería consciente de lo mucho que me atraía?, ¿sentiría la misma necesidad que yo?

Me senté en una mesa y esperé a que se acercara. Pero no fue él quien vino, sino Charly que acababa de bajar de su apartamento.

Estaba tan pálida que me asusté al verla. Se dejó caer sobre la silla que estaba a mi lado y lanzó un gran suspiro.

—Recuérdame que no vuelva a beber... ¡siento como si la cabeza me fuese a estallar! Y tú, ¿estás bien?

—Perfectamente. No bebí tanto como tú.

—No recuerdo nada de nada. ¿Hice alguna tontería?

—Ninguna importante, solo estuviste muy cariñosa, no hacías otra cosa que decirme lo mucho que me querías.

—Bien, eso es bueno. ¿Cómo llegué a mi cama?

—Te traje yo. Oh, por cierto —abrí mi bolso y saqué sus llaves—, me llevé el juego de llaves suplente.

—Gracias, muchas gracias.

En ese instante se acercó Hunter a nuestra mesa.

—He traído el avituallamiento. Un descafeinado con una pastilla para el dolor de cabeza, para la jefa —lo puso todo frente a Charly—, y un café bien cargado, con leche del tiempo y dos sacarinas, para ti —me dijo. Nuestras miradas se cruzaron y sin poderlo evitar le sonreí tímidamente.

Hunter dejó todo sobre la mesa y nos dejó solas. Gracias a Dios, mi amiga estaba tan resacosa que no se había dado cuenta de nuestras miradas, porque sino empezaría con sus preguntas y yo no tenía ganas de otra charla sobre «lo poco que me convenía Hunter».

—Este hombre es un tesoro. Ha abierto el café y me trae algo para la resaca sin pedírselo —suspiró—, no sé qué haría sin él —me miró— ¿Hoy no trabajas?

—¿No recuerdas? —negó con la cabeza— anoche salimos de fiesta, porque yo hoy no trabajaba.

—Oh, que tonta. Creo que necesito dormir un rato más. Gracias por todo, cariño.

Se levantó con dificultad y se encaminó de nuevo a su apartamento.

—Gracias Hunter. Si necesitas ayuda llama a Murro —la escuché decir, antes de salir por la puerta.

En ese momento ya no quedaba nadie en el café, estábamos solos él y yo.

Deseaba tanto abrazarle que no lo pensé dos veces, me levanté de mi silla e insinuante caminé hacia la barra.

—Hola guapo —me apoyé sobre el mármol y acerqué mi cara a la suya —no sabes las ganas que tenía de hacer esto —pasé mi lengua muy despacio por sus labios entreabiertos. Primero por uno y luego por el otro. Le mordisqueé, mientras él intentaba atrapar mi boca.

Me tomó la cabeza con una mano, acercándome más a su boca y con la otra me empujó por la espalda. Casi atravesé la barra y me tuve que sujetar a sus hombros para no caer.

Su beso fue intenso, parecía que tenía urgencia por tomar mis labios y yo estaba totalmente entusiasmada con su reacción.

—Ven aquí —me dijo, y yo, obediente, entré tras la barra.

Me tomó en sus brazos y me sentó sobre el frío mármol. Si alguien llegase a entrar, me encontraría allí sentada, abierta de piernas, con ese maravilloso hombre entre ellas y besándome con pasión.

Gemí cuando sentí sus manos sobre mi pecho.

—No podemos seguir —dijo con la voz entrecortada—, podría entrar un cliente en cualquier momento.

—¿Y si cerramos y nos vamos a tu cama? —le pregunté mientras me restregaba insinuante contra su erección.

—No puedo cerrar... joder —sus palabras sonaron como un lamento—. No debo hacer eso... —tenía un conflicto entre su deber y su necesidad inminente de poseerme sobre esa misma barra.

—Lo sé... lo sé —le acaricié con ternura y me separé de su cuerpo—, puedo esperar.

Su mirada fue de auténtica frustración.

En el mismo instante en el que salí de detrás de la barra entraron dos parejas al café. Suspiré tranquila, si tan solo hubiesen entrado hace dos segundos me hubiesen pillado en una situación un poco violenta.

—Me voy a casa, cuando termines y cierras ven a verme. Te espero.

Tomé mi abrigo y me marché.

CAPÍTULO 21. El ramo de rosas.

Kayla me había dado un respiro, se había marchado a pasar el día con Zach y yo lo agradecía en el alma, porque necesitaba espacio y un poco de paz.

Me quedé despierta esperándole, pero él no vino y desesperada decidí llamarle.

—¿Sí? —por su tono de voz parecía que había estado durmiendo.

—¿Hunter?, ¿por qué no has venido?

Se hizo el silencio y yo sentí terror. Cuando eso ocurre, tras esa pausa larga, viene normalmente una excusa vacía.

—Lo lamento, Amber...

«No, no... no puede ser»

—Creo que no es necesario que digas nada —no deseaba escuchar cómo me rechazaba de nuevo. Colgué enfadada.

El teléfono sonó de nuevo, era él.

—¡Déjame acabar!

—Está bien —me senté dispuesta a escuchar cómo me decía adiós.

—Me quedé dormido, lo siento... pero anoche apenas pegué ojo y estaba muy cansado... Pensé en cerrar los ojos un rato y yo...

En ese momento me di cuenta que había estado conteniendo la respiración y solté un fuerte suspiro de alivio.

—Pensé que te habías arrepentido.

—Nunca me arrepentiré de nada de lo que pase entre nosotros.

El silencio nos envolvió de nuevo.

—¿Te veré mañana?

—Si quieres iré ahora mismo.

—No, será mejor que descanses, yo también tengo que dormir.

Nos despedimos y no pude evitar sentir un gran vacío. Me hubiese encantado que viniese a mi cama, pero por un lado lo mejor era poner un poco de distancia y recapacitar sobre lo que estaba ocurriendo y a donde me llevaba.

Era todo contradicción, por un lado, cuando pensé que Hunter me iba a dejar me sentí tan mal, que creí morir y por otro, quería poner distancia entre nosotros.

Decidí acostarme y dejar de comerme la cabeza.

Al día siguiente, el trabajo se me hizo cuenta arriba, no podía dejar de darle vueltas a todo y estaba totalmente desconcentrada.

Necesitaba con urgencia saber más cosas sobre Hunter. Todo en mi cabeza giraba entorno a él y a sus secretos. Temía descubrir algo que me impidiese continuar con nuestra relación, pero era necesario saber más antes de que esto pasase a ser más serio.

Decidí llamar a Declan, era agente del FBI y trabajé con él durante un tiempo. Tenía acceso a toda la información que yo deseaba.

—¿Sí? —me contestó.

—Hola Declan , soy Amber. ¿Cómo estás?

—Hola preciosa, todo bien. ¿Te pasa algo?, tu voz suena como preocupada.

—Oh... no... no... qué va. Es sólo que necesito que me ayudes.

—Dime qué necesitas, preciosa.

—Quiero que investigues a un hombre, tan solo necesito saber si tiene algún cargo o ha estado preso.

—Sin problemas, dime su nombre.

—Hunter Levinson. No sé nada más de él.

—Si quieres puedo averiguar más cosas.

Me quedé un buen rato pensando. «¿Deseaba averiguar más de él, de esa manera?», creo que no, quería que fuese el propio Hunter quién se abriese a mí y confiara tanto que fuese capaz de contarme toda su vida.

—No, solo quiero saber si ha cometido algún delito.

—Ok, dame unas horas y te llamo en cuanto lo sepa.

—Gracias, Declan, dale un fuerte beso a Alicia.

Colgó y me quedé por un instante sumida en mis pensamientos. Me sentía muy mal por investigar a Hunter a sus espaldas.

Cuando regresé a casa, Kayla ya estaba allí.

—¿Qué tal lo pasaste? —le dije dándole un fuerte beso en la mejilla.

—De maravilla, creo que le amo.

Pues si es así, ya se podía ir a su casa a vivir con él y dejarme a mí en mi pequeño apartamento, sola y feliz.

Me di una ducha, estaba agotada. No había hablado con Hunter desde la noche y no me había pasado a

verle.

Estaba en una etapa de indecisión. No sabía si quería continuar con esta relación. Le deseaba, pero no era solo atracción física, había algo más fuerte. Sabía que sentía mucho por él, pero intentaba negármelo.

Kayla llamó a la puerta del baño.

—Amber, abre.

—¿Qué pasa? —abrí un poco la puerta y asomé la cabeza.

—¿No me dijiste que habías roto con Owen?

—Sí, ¿por qué me preguntas eso?

—Porque está allí fuera —dijo señalándome el salón—, con un enorme ramo de rosas.

«¡Oh, Dios mío!», creí morir. Esto no podía estar pasando. Ya tenía suficiente con mis dudas, como para que ahora apareciese Owen para embrollarlo todo más.

—Ahora salgo.

Cerré la puerta y me senté en el inodoro, estaban comenzando a sudarme las manos y a sentir que el corazón se me saldría del pecho si continuaba laténdome con tanta fuerza.

«¿Qué hago?, salir ahí y afrontar lo que pase».

Y así lo hice, cubierta con mi albornoz rosa, entré en el salón. Owen estaba perfecto, como siempre, con su traje gris marengo, su camisa blanca y su sonrisa radiante.

—Hola, Amber —me saludó con gran efusividad y para mi gran sorpresa me tomó en sus brazos, con el ramo de rosas incluido, y me besó en los labios.

Reaccioné de inmediato empujándole.

—¿Se puede saber qué es lo que estás haciendo?! —le pregunté.

Me miraba como si me hubiese vuelto loca de repente.

—No te entiendo, ¿no era esto lo que querías?

—¿Cómo?

A juzgar por su expresión estaba tan perplejo como yo. Me soltó y me miró.

—Tu madre me dijo que esto era lo que estabas deseando.

—¿Mi madre? —me entró el pánico. Me senté en el sofá, el aire comenzaba a faltarme— ¿Mi madre? —repetí, porque cuanto más lo decía menos entendía que tenía que ver ella con lo que acababa de ocurrir—. Por favor Owen, explícate.

—Ella me llamó y me dijo que estabas muy arrepentida y que deseabas que volviésemos a estar

juntos, pero que no te atrevías a llamarme porque te sentías fatal por haberme dejado plantado. Esas fueron sus palabras textuales.

—¡No puede ser!... ¡¿Cómo se ha atrevido?! —mi madre había hecho muchas cosas para conseguir salirse con la suya y manejar mi vida, pero esto era el colmo.

Me sentía furiosa. Me levanté del sofá y comencé a caminar de un lado a otro, no podía quedarme quieta.

—Esto es lo más... lo más... ¡Dios, no sé como describirlo!

Owen soltó el ramo de rosas sobre la mesita del salón y se sentó en el sofá. Parecía vencido, como si la energía le hubiese abandonado de golpe.

—¿Quieres decir que no es cierto? —su tono de derrota, me hizo sentirme totalmente malvada. Por culpa de mi madre, le estaba rechazando de nuevo.

Me senté a su lado y busqué su mirada.

—Lo siento mucho Owen. Mi madre... es... es... —cómo podía definirla—, es manipuladora. Le gusta meterse en la vida de los demás, sobre todo en la mía.

—Siento haberte molestado, yo...— De repente, se levantó y se dirigió hacia la salida.

—¡Espera Owen! —corrí tras él y cuando estaba a su altura le tomé la mano, obligándole a pararse y darse la vuelta para mirarme— No puedes irte así.

—¡¿Y qué narices quieres que haga?! Me siento ridículo. He venido con ese... ese ramo enorme de rosas, pensé... —descartó con un gesto lo que iba a decir, decidió quedarse callado.

—¡No eres ridículo!, ha sido precioso, ¡ojalá pudiese corresponderte!

—Quiero irme, Amber, no deseo continuar aquí —miró la mano con la que le tenía sujeto—. ¿Podrías hacer el favor de soltarme?

—Sí, claro —aparté mi mano y la dejé caer—. Lo siento tanto.

—Y yo, Amber, no sabes cuánto.

Y diciendo esto abrió la puerta y se marchó. Cerró dando un portazo.

—Amber. ¿Estás bien?

Kayla, que hasta ese momento había permanecido en mi habitación, para dejarnos privacidad, al escuchar la puerta cerrarse había salido y estaba parada a mi lado.

—Creo que mamá se ha pasado. No sé si podré perdonarla —las lágrimas salían ya sin control. Kayla me tomó de la mano dándome su apoyo.

—Lo escuché todo. Lo siento, Amber.

Nos abrazamos en silencio.

En cuanto me tranquilicé la llamé por teléfono. Al principio no me lo cogió, pero tras por lo menos cinco llamadas contestó.

Como siempre, se hizo la inocente. Consiguí alterarme tanto que si no hubiese sido por Kayla que estaba a mi lado hubiese dicho cosas de las que luego seguramente me arrepentiría.

—¿Se puede saber cómo narices conseguiste el número de teléfono de Owen?! —le pregunté.

—Se lo pedí a Darach.

—¿Me extraña mucho que te lo diera así como así!, ¿qué mentira le contaste?!

—¿Tranquilízate, y no me hables en ese tono!

—Mira mamá, estoy intentando tranquilizarme lo suficiente para no decir cosas de las que después me arrepentiría, pero tú me lo pones muy difícil —cogí aire con fuerza intentando calmarme—. ¿Qué le dijiste a Darach mamá?, ¿cómo conseguiste que te diera el teléfono?

—No le dije nada más que la verdad —se hizo un profundo silencio al otro lado de la línea, señal inequívoca de que mi madre iba a mentir de nuevo—. Llamé a Darach y le dije que necesitaba urgentemente hablar contigo y que no me cogías el teléfono. Le dije que estabas con tu novio Owen, le pedí que me proporcionara su número. Como verás no existe maldad en esto.

—¿Dios, mamá! —estaba perdiendo la paciencia— No sólo has mentido a Owen, sino que también has engañado a mi compañero de trabajo.

—¿Yo nunca miento, no te consiento que me digas eso!

Decidí que era una causa perdida hacerle entender lo malo de sus actos. Lo único que estaba consiguiendo era enfadarme más, si eso fuera posible, y terminar con un gran dolor de cabeza.

—Está bien mamá —me rendí—. Te tengo que dejar.

—Adiós cariño, ya hablaremos —colgó. Me quedé pasmada, su tono no transmitía absolutamente ningún sentimiento de pesar, y menos de arrepentimiento. ¡Era increíble!

Kayla, que había permanecido sentada a mi lado en total silencio, me tomó la mano.

—Ya sabes cómo es. No lo pienses más —me dijo con tristeza.

Sí, sabía cómo era. Fría, manipuladora, acostumbrada a salirse con la suya, no escatimaba en hacer lo que fuera necesario para obtener lo que deseaba.

CAPÍTULO 22. Prejuicios.

No quería darle más vueltas a lo ocurrido con mi madre, ella era así y nunca cambiaría.

Me hacía daño pensar que era capaz de tramar cualquier artimaña para obtener lo que deseaba e intentaba creer que lo hacía sin maldad.

Al día siguiente, me costó todo un triunfo salir de la cama y hacer frente a un largo día.

Necesitaba ver a Hunter, hablar con él, sentir su calor. Así que en cuanto salí del trabajo, me pasé por el café. Tomé algo con Charly y me tiré todo el tiempo siguiéndole con la mirada. Intentaba disimular, pues mi amiga me había pillado más de una vez con mis ojos sobre su perfecto cuerpo, pero me resultaba imposible no lanzarle de vez en cuando una mirada furtiva.

Él por su parte casi no me prestaba atención y esto me estaba sacando de quicio.

En ningún momento se acercó a la mesa en donde yo estaba sentada, me daban ganas de levantarme y abofetearle.

Cuando por fin vi que se marchaba en dirección a su apartamento, pues ya era la hora de cerrar, decidí correr como una auténtica tonta tras él.

Me despedí de Charly, que me acompañó hasta la puerta.

Hice como que encaminaba mis pasos hacia mi apartamento, pero en cuanto vi que la luz de la cafetería se apagaba, corrí a la puerta de Hunter.

Toqué con suavidad y él me respondió al instante.

—Pasa está abierto.

Estaba sentado en el sofá, muy serio, cómo enfadado.

Me acerqué y me resistí a besarle, no sabía por qué narices me miraba como si me perdonase la vida.

—¿Por qué me miras con cara de odio?

Me senté a su lado, pero no intenté tocarle.

—¿No tienes nada que contarme?

—No.

Cada vez estaba más y más intrigada. Intenté tocarle, pero él me apartó la mano.

—Creo que no tienes las cosas claras.

—¿Por qué dices eso?

—Disimulas delante de la gente y no quieres que nadie sepa que tú y yo estamos juntos.

—Eso no es justo, tú tampoco haces nada por dar nuestra relación a conocer. Esta tarde ni siquiera me

miraste ni un solo momento.

Me miró con cara de auténtica sorpresa.

—¿Cómo puedes echarme la culpa a mí? —se levantó furioso y comenzó a caminar por la sala— Tú eres la única culpable de que yo no me acerque más a ti.

—Creo que estás buscando la manera de discutir. Lo mejor será que me marche.

—Sí, eso será lo mejor.

Me levanté enfadada y comencé a caminar hacia la puerta, pero cuando iba a llegar me paré y me di la vuelta. Me encaminé de nuevo hacia el sofá y me dejé caer sobre el asiento mullido.

—¿Sabes lo que te digo? —su cara de asombro era casi cómica— No pienso moverme de aquí hasta que me digas qué narices te pasa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Pues claro que sí!

Se pasó la mano por el cabello revuelto y se quedó de pie frente a mí.

—Pasé a verte por tu apartamento y vi como entraba en él Owen con un enorme ramo de rosas. ¿A qué coño estás jugando?

Me puse en pie, totalmente furiosa y enfrenté su mirada con la mía. No me amilanaba, aunque era el doble de grande que yo, sabía muchas técnicas con las que conseguiría ponerle de rodillas ante mí, sin hacer mucho esfuerzo.

—Eres como un hombre de las cavernas. Si me hubieses preguntado antes de enfadarte conmigo, no estaríamos perdiendo el tiempo en una estúpida discusión —le golpeé el pecho con un dedo—. Yo no estoy jugando. Entre Owen y yo no hay nada de nada.

Le expliqué todo con pelos y señales, desde el engaño de mi querida madre, hasta lo mal que me sentía por haber tenido que rechazar a un buen hombre por segunda vez.

—Lo siento —dijo después de escucharme con total atención.

Intentó cogerme de la mano pero yo le rehuí.

—Antes de juzgar deberías preguntar —desde el momento que salieron mis palabras por la boca, sentí que debería tomar ejemplo y hacer yo lo que tanto proclamaba.

No pude resistirme más y me lancé a sus brazos abiertos.

—Soy un tonto... aquí discutiendo cuando lo que más deseo en estos momentos es besarte y llevarte a la cama.

Y así lo hizo. Cuando me quise dar cuenta de lo que estaba pasando, su boca estaba ya sobre la mía y sus manos tiraban de mi blusa para sacármela por la cabeza.

—Tenía tantas ganas de verte —me dijo mientras recorría con sus labios mi cuello—. Necesitaba tanto hacer esto —sus labios recorrieron mis hombros desnudos—, y esto —entonces puso su boca sobre mi pecho, notaba el calor de su aliento a través de la fina tela de mi sujetador. Deseé que esa barrera desapareciese y como si me leyese el pensamiento, el me lo desabrochó y lo dejó caer al suelo, como si no fuera más que un trapo inservible—. Y esto —entonces pasó su lengua sobre mi pezón, este se puso duro y él me miró sonriendo. Lo tomó entre sus labios y con gran maestría comenzó a torturarlo de tal manera que consiguió arrancarme un profundo gemido de placer.

La magia que había entre nosotros dos era tan fuerte que parecía como si entre nuestros cuerpos saltaran chispas que nos hacían temblar con cada caricia, con cada beso.

Nos arrancamos la ropa y caminamos hacia la cama mientras que con nuestras manos y nuestros labios recorríamos el cuerpo el uno del otro.

Me dejé caer sobre las sábanas y esperé a que él se colocara sobre mí, no fue una larga espera, pues en tan solo unos breves segundos, Hunter se tendió sobre mi cuerpo sediento y me embistió con fuerza.

— ¡Oh... vaya! —dije asombrada al sentir como mi cuerpo lo aceptaba sin condiciones y con tanto deseo que creí que en tan solo una embestida llegaría al orgasmo.

—Me encantas —dicho por los labios de Hunter sonaba sensual y excitante—. Llevo todo el día pensando en ti —Me miró a los ojos y arrugó la frente como si estuviese intrigado por algo—. ¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo has conseguido embriujarme?

No esperó respuesta, pues inmediatamente comenzó a moverse, al principio despacio y poco a poco aumentó el ritmo, hasta que este se volvió desenfrenado y absolutamente placentero.

—Vamos Amber... vamos... lo haremos juntos —esa voz profunda y sensual era el mejor y más potente afrodisiaco, con ella consiguió que juntos alcanzáramos la cumbre y llegásemos al clímax más intenso y más maravilloso que he sentido en toda mi vida.

Se dejó caer saciado a mi lado y con mucha ternura me acarició la mejilla.

—Gracias —no era la primera vez que me las daba después de haber tenido un orgasmo, se estaba convirtiendo en una costumbre un tanto extraña.

—¿Por qué?

— ¿Es necesario que te explique el porqué?

Para mí si lo era, por que quizá así comprendiese algo más de ese hombre que era un total enigma sin resolver.

Me besó y acunó mi cabeza sobre su pecho.

—Duerme —me dijo—, es ya muy tarde.

Estaba claro que no sacaría ninguna información. Obedecí de inmediato y me quedé dormida en sus brazos.

CAPÍTULO 23. Este soy yo.

Me despertó mi móvil sonando. Me levanté rápidamente y lo busqué dentro de mi bolso. No sabía qué hora era y cuando miré me quedé perpleja, ya eran las diez de la noche, había dormido casi una hora.

—¿Sí? —contesté.

—Hola, Amber —era Declan—, tengo la información que estabas buscando.

Miré a Hunter, el permanecía quieto en la cama. Tenía los brazos detrás de la cabeza y me miraba con ojos vidriosos por el sueño.

Me sentí una traidora, iba a recibir información sobre él y ahí estaba mirándome sin saber nada de nada.

Por un breve instante pensé decirle a Declan que ya no necesitaba saber nada, pero me pudo más la curiosidad.

—Cuéntame.

—Este tipo está limpio, ni siquiera tiene una multa de tráfico. Nada de nada, ni aquí ni en ningún lugar del mundo.

Sin poder evitarlo una gran sonrisa de alivio asomó a mis labios.

—Muchas gracias Declan... has sido de gran ayuda. Sé que podría haber sido yo quien lo buscara, pero tú tienes acceso a mucha más información.

—No hay de qué, para eso estamos los amigos. Siempre que necesites ayuda no dudes en acudir a mí.

—Eres un cielo.

—Eso dice mi mujer —dijo soltando una carcajada.

En cuanto colgué, me volví hacia Hunter. Él se estiró perezoso en la cama y a mí me pareció tan apetecible, que con paso sensual como si fuera una gatita me acerqué a la cama y acaricié su pecho.

—¿Quién es Declan?

—Un buen amigo del FBI —me miró a los ojos y debió de ver algo en ellos que le hizo sospechar.

—¿Qué me estás ocultando?

—Le pedí un favor.

«Si no se lo cuento me sentiré culpable toda la vida».

—¿Qué está pasando, Amber?

Se incorporó de la cama y tomó mi cabeza entre sus fuertes y grandes manos, obligándome a mirarle a los ojos.

—Quería saber algo sobre.... sobre... ti.

—¿Cómo?! —me soltó furioso y me lanzó una fría mirada que me heló el corazón.

—Tú no me cuentas nada sobre ti. Y yo necesito saber... pensé que quizá fueses... un exconvicto —según las palabras salían de mi boca, sentía más y más que estaba metiendo la pata, y que todo sonaba horriblemente a una traición hacia él.

—¿Estás diciéndome que has llamado a un agente del FBI para saber sobre mí?

—Se que suena horrible... pero no lo es... yo solo...

—Pensé que eras diferente —lo dijo como si le diese asco, escupió las palabras mirándome con tanto odio que me dolió en el alma—, pero eres como todo el mundo. Me juzgas por mi aspecto. ¿Qué te hizo pensar que era un exconvicto? ¿Mi pelo? —dijo con furia señalándolo— ¿Mi tatuaje? —se pasó la mano sobre él.

Se sentó sobre la cama, y entonces su mirada fue de dolor y desesperación.

—Hubo un tiempo... —dijo con la voz casi quebrada—... era como a ti te gustaría que fuese...

—Eso no es cierto... tú me gustas...

Me interrumpió levantando una mano.

—No... —dijo tajante—, no te engañes, ni intentes engañarme a mí — cerró los puños y sus ojos regresaron a los míos que ya estaban húmedos por el llanto—. ¡Déjame terminar, por favor, no me interrumpas! —era una orden y yo la cumpliría— Hubo un tiempo, que era un hombre trajeado, de pelo corto, con un trabajo bueno y mucho dinero. Pero ese hombre murió. Ahora soy este —se señaló con la mano de arriba abajo—. Este soy yo. Si no me aceptas con mi aspecto actual, allí está la puerta. Cierra al salir.

Se levantó de la cama y se encaminó hacia el servicio.

—Yo creo que ese no eres tú —al escucharme se dio la vuelta y enfrentó mi mirada—. ¡Pienso que todo es un disfraz!... —su mirada de odio, me hizo temblar, pero no me amedrentó y caminé hacia él — Llevas ese aspecto de hombre duro y peligroso, para que nadie se atreva a acercarse a ti. Es tu manera de decir, “peligro, no acercarse”.

—¡Vete, déjame sólo! ¡Tú no sabes nada! —me gritó furioso.

—En eso tienes razón... no sé nada. Eres todo un misterio. No me juzgues por querer saber de ti. Quizá las formas no son las más adecuadas, pero no me has dado otra opción. Te cierras hermético. Eres misterioso y eso me está volviendo loca. Me importa una mierda tu aspecto físico. Me da igual si te cortas el pelo o lo quieres llevar largo. Me da lo mismo si te haces tatuar todo el cuerpo. Yo solo deseo conocerte. Solo quiero que me hables de ti, de tu vida, de cómo eres, qué te gusta, qué no te gusta. Tan solo quiero saber de ti.

Su mirada de desesperación me llegó al alma. Podía sentir su lucha interna, una pelea encarnizada entre abrirse a mí o continuar como hasta ahora, solo y sin confiar en nadie.

—Vete, Amber... por favor... déjame solo...

—Si salgo por esta puerta, quizá no vuelva a entrar nunca más. Si no eres capaz de confiar en mí... no quiero continuar... no puedo continuar.

No dijo nada, solamente se encaminó cabizbajo hacia la puerta del baño, entró en el y la cerró.

Yo me quedé muy quieta sin saber qué hacer. El orgullo me decía que saliese del apartamento y cumpliera mi amenaza, pero el corazón me suplicaba que la aporreara hasta que le obligase a salir del servicio, le abrazase fuertemente y dejara pasar el tiempo hasta que él quisiese abrirse a mí. Pero el orgullo ganó la partida y me marché dando un fuerte portazo.

CAPÍTULO 24. La noticia.

Cuando llegué a mi apartamento me dejé caer en la cama, estaba rendida, no solo físicamente, sino también moralmente.

Me sequé las lágrimas con furia y me prometí a mí misma no llorar nunca más por ese hombre, que no merecía nada de mí. ¡Que se quedase con sus silencios y sus misterios! Ya estaba cansada de complicarme la vida.

Me dormí casi al instante, pero la noche pasó pronto y al sonar el despertador sentí la angustia recorriendo mis entrañas. ¡Otra vez sola!, todo se había terminado. Hunter era pasado.

Como pude, salí de la cama y me preparé para ir a trabajar. Caminaba por la calle, como un zombi en busca de alimento.

—Buenos días, Amber —me dijo Emma, con su tono alegre de siempre—. ¿Te pasa algo?, tienes muy mala cara.

—Oh, no... no... estoy bien.

—Caled quiere hablar contigo, te espera en su despacho —me dijo sonriente.

—Gracias Emma.

Me encaminé hacia el despacho del comisario. Toqué la puerta y él me pidió que pasara.

—Buenos días, Caled, Emma me dijo que querías verme.

El comisario era un hombre muy atractivo, con una sonrisa sincera y unos hermosos ojos azules.

—Siéntate, Amber —su tono serio me asustó un poco.

—¿Ocurre algo malo?

—No me andaré por las ramas... Salazar ha salido de prisión.

Parecía que de repente me habían echado una jarra de agua helada. La sangre abandonó mi cabeza y me sentí mareada.

—¿Cómo?... ¿cuándo?

—Esta mañana.

—Pero... no es posible —un frío terror me hizo estremecer—, le quedaban tres años más...

—Lo siento, Amber...

Salazar era un fantasma de mi pasado, alguien que quise olvidar pero que siempre estaba dentro de mi cabeza. Ahora estaba libre y estaba totalmente segura que intentaría cumplir su amenaza.

—No puedo vivir con miedo, si viene a por mí, estaré preparada.

—Lo tendremos vigilado, no creo que intente nada, pero para tu seguridad tiene una orden de alejamiento y si das tu permiso pincharemos tu teléfono, por si intentase ponerse en contacto contigo.

—Gracias por avisarme, Caled, estaré alerta. Por lo del teléfono no hay problema.

—Pues me pongo a ello, pero ya sabes que escucharemos todas tus conversaciones.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien. Adiós, Amber.

—Adiós, Caled.

Esto era lo único que me faltaba para terminar con una semana nefasta. A partir de ahora tendría que caminar por la calle mirando a los lados y llevar mi pistola siempre conmigo.

Lo único que deseaba en ese momento era correr a los fuertes y protectores brazos de Hunter, pero siempre me había valido por mi misma y el hecho de que ese indeseable hubiese salido de la cárcel no me iba a amedrentar bajo ningún concepto.

Pasé el día como pude, todo se complicaba y me sentía tan sola. Más de una vez estuve tentada de llamarle y pedirle perdón, pero no era solo mi culpa, él y su vida en penumbras me habían obligado a investigar por mi cuenta.

Si en algún momento pensé que el día no podía ir a peor, estaba totalmente equivocada. Era casi la hora de marcharme cuando Charly me llamó histérica y desesperada.

—Amber, oh, Dios mío.... tienes que hacer algo... tienes que ayudarlo... Amber...

— ¡Tranquilízate! —le grité— No te entiendo... ¿qué está pasando?

— ¡Es Hunter!... ¡ayúdale!

Me entró el pánico, la boca se me secó y sentí un fuerte pinchazo en el estómago.

— ¡¿Qué le ha pasado?!

—Jack, Jack se lo ha llevado a la comisaría.

—¿Cómo?... pero... pero... ¿por qué?

—Ha ido todo muy rápido... no pude hacer nada... no me escuchó — lloraba con tal intensidad, que balbuceaba cosas sin ningún sentido.

—Escúchame bien, si continúas llorando así, no entenderé nada. Tranquilízate y háblame despacio.

— ¡Jack ha detenido a Hunter y lo llevan a la comisaría en estos momentos! —lo gritó tan fuerte que tuve que retirarme el teléfono de la oreja porque me iba a perforar el tímpano.

—¿Quieres dejar de gritarme?, no estoy sorda.

—Parece que es la única manera de que me entiendas.

—Sí hablas claro, te entenderé —suspiré frustrada.

—No tengo tiempo de discutir contigo. Tienes que hacer algo, yo voy para la comisaría con Murro para aclararlo todo. Tú no te muevas de allí y espéranos, te lo explicaré todo.

Y sin más colgó el teléfono.

Yo me quedé como una tonta con el auricular en la mano. «¿Qué más puede pasar?!», me dejé caer con desesperación en el respaldo de la silla y cerré los ojos.

En cuanto le trajeron a la comisaría, salí disparada a encontrarme con él.

Le llevaban esposado y sangraba por la nariz. Me temblaban las manos y comencé a sentir un fuerte calor por todo el cuerpo, estaba furiosa, ese imbécil de Jack le había golpeado, me dieron ganas de estrangularle con mis propias manos.

—¿Se puede saber que narices pasa?! ¿Por qué está detenido?!

Hunter bajó la mirada en cuanto me vio, parecía avergonzado.

—Te dije que era peligroso. Me atacó como un loco, como hizo con Owen —dijo Jack, que le sujetaba con fuerza por los brazos.

Me acerqué a Hunter y busqué su mirada.

—¿Le has atacado? —le pregunté con dulzura.

—Sí —contestó sin mirarme a los ojos.

—¿Ves, lo reconoce!, ¡es como un animal salvaje! ¡Tiene que estar entre rejas!

— ¡No te pases Jack! —no podía consentir que le hablase así.

Tenía que haber alguna explicación a su comportamiento, él no era un “animal salvaje”, era un buen hombre, yo había conocido lo mejor de Hunter y sabía que era sensible y para nada peligroso.

Jack le empujó con fuerza para obligarle a caminar. No podía consentir bajo ningún concepto ese maltrato.

—¡Como vuelvas a empujarle así, te las verás conmigo! —dije interponiendo mi cuerpo entre Hunter y Jack.

—¿Se puede saber qué narices está pasando? —el comisario había aparecido en escena.

—Amber está obstruyendo mi trabajo —contestó Jack.

—Yo no estoy obstruyendo nada. Lo que no voy a aceptar bajo ningún concepto, es que se maltrate a nadie delante de mí.

Caled nos miró a los dos y después dirigió su mirada a Hunter.

—¿Por qué tiene sangre en la nariz? —preguntó con autoridad.

—Se resistió y hubo un forcejeo... yo me defendí...

—¡Maldito cabrón, me pegaste después de ponerme las esposas! — Hunter que hasta entonces había permanecido en total silencio, comenzó a gritar y a moverse para que Jack soltara sus brazos—, ¡eres un cobarde, sabías que era de la única manera que lograrías golpearme!

—¡Basta ya! —rugió con fuerza el comisario— ¡No consentiré más faltas de respeto!

—Yo le llevaré a la sala de interrogatorios —me ofrecí.

—Yo no creo... —el comisario interrumpió a Jack con un gesto seco de su mano.

—Suelta al reo, Jack. Amber será quien lo interrogué y tú y yo tendremos una pequeña charla en mi despacho. Si se demuestra que has abusado de tu autoridad y has golpeado a este hombre estando esposado, estarás en un aprieto.

Jack soltó a Hunter con desprecio y siguió al comisario.

Yo, le tomé por un brazo y le guíé hasta la sala de interrogatorios.

Lo primero que hice fue quitarle las esposas, sabía perfectamente que no eran necesarias y no podía verle más tiempo así.

—Siéntate —dije señalándole una silla. Hunter obedeció y yo me senté frente a él—. Ahora, cuéntame qué narices es lo que ha pasado.

—¡Ese tío es un desgraciado! ¡Se estaba pasando con Murro y yo no podía consentirlo!

—¿Qué es lo que hizo?

—La tenía sobre la barra e intentaba besarla... le dije que se apartara de ella, pero el muy desgraciado no lo hizo, así que lo aparté yo de un empujón y entonces él sacó su pistola...

Sabía perfectamente que no me estaba mintiendo, Jack era capaz de eso y de más.

—Creo que el que está en un lio es él y no tú. No te preocupes por nada, el comisario le obligará a retirar los cargos. Charly y Murro vienen hacia aquí y seguro que corroboran tu declaración.

Hunter bajó la mirada.

—Me crees sin más.

—¿Por qué no habría de creerte?

—No sé... por mi aspecto de hombre dado a las peleas y a meterse en líos.

—Creo que el que tiene un serio problema con los prejuicios eres tú, y no yo.

—Amber, yo... —un toque en la puerta le impidió seguir hablando.

—Amber, Charly y Murro están aquí —dijo Darach, asomando la cabeza por entre la puerta.

—Tú quédate aquí —le ordené a Hunter—. Iré a hablar con ellas.

Y así lo hice, todo quedó aclarado. Hunter había dicho la verdad y Jack estaba en un buen lio. Trató de propasarse con Murro, utilizó la fuerza para inmovilizar a Hunter y le golpeó cuando estaba esposado. Todo estaba en su contra y eso le suponía una buena temporada suspendido de empleo y sueldo.

Charly se llevó a Murro a casa, la chica estaba tan nerviosa que no podía parar de llorar. Yo me ofrecía a llevarme a Hunter, después de tomarle declaración.

—Espérame aquí, me cambio y nos vamos —le dije, cuando ya habíamos terminado con todo el papeleo.

—No hace falta, puedo ir andando —continuaba enfadado conmigo y se obstinaba a ceder.

—No seas absurdo, está lloviendo y tú ni siquiera tienes una cazadora para taparte. Espérame aquí, prometo no tardar.

Pero cuando salí ya preparada para irnos, él ya no estaba, se había marchado. «¡Maldito cabezón!».

Subí a mi coche enfadada y con ganas de gritar. Fuera llovía como si fuese el fin del mundo. «¡Se estará empapando!»), pensé.

Cuando solo tenía recorridos unos metros, vi a Hunter caminando por la acera. Estaba empapado, llevaba las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha.

—¡Sube al coche! —le dije cuando me puse a su altura y tras bajar al ventanilla.

—No —no paró el ritmo y continuó andando, sin ni siquiera mirarme. Yo le seguía a la zaga lentamente y sin apartar la mirada de él.

—No seas imbécil y sube al coche, cogerás una pulmonía.

Se paró de golpe y me hizo dar un fuerte frenazo. Su mirada de odio me heló el corazón. La lluvia resbalaba por su barbilla y caía como un fino hilo de agua hasta el mojado asfalto, su cabello estaba empapado al igual que su ropa. Su camiseta se le adhería al cuerpo y dejaba vislumbrar sus fuertes músculos, he de confesar que me pareció tan atractivo que me dieron ganas de salir del coche y abrazarle fuertemente hasta que sintiera cada palmo de su cuerpo sobre el mío, sin importarme nada en absoluto empaparme yo también.

Soltó un fuerte resoplido y abrió la puerta con tal ímpetu que creí que la arrancaría de su sitio. Se subió y se sentó dejando todo el interior del coche mojado.

Le miré de soslayo, estaba muy enfadado y había conseguido enfadarme a mí también.

No abrimos la boca en todo el camino, ni nos miramos.

Cuando llegamos a su apartamento, se bajó del coche casi sin que yo lo hubiera parado del todo.

No me dijo nada y caminó hacia su apartamento.

Me enfureció tanto su comportamiento, que decidí aparcar, bajarme del coche y reprenderle duramente como si de un niño mal educado se tratase. Pero sin duda alguna lo que más me irritaba era el sentir cómo mi cuerpo le necesitaba, cómo deseaba con fervor besarle y abrazarle, cuando para él

yo significaba tan poco, que ni siquiera había querido que lo llevase a su casa, y cuando lo único que merecía era una dura reprimenda. Me sentía tonta, deseándole mientras que él sólo quería perderme de vista.

Con paso decidido me encaminé hacia su apartamento y golpeé la puerta con fuerza.

—¿Qué quieres? —dijo tras abrir la puerta. Su torso desnudo brillaba por el agua de la lluvia y yo me moría por pasar mis manos por su estómago, su pecho, sus hombros...

—¿Me dejas entrar o me tendrás aquí fuera dejando que me empape?

Se retiró, permitiéndome el paso.

—No tengo ganas de hablar —me dijo, mientras con una toalla se secaba el pelo y el torso.

—¡Pues yo si tengo ganas! —estaba tan furiosa que grité y me acerqué hasta ponerme frente a él. Puse uno de mis dedos sobre su pecho y le señalé con furia— ¡Eres un idiota!

—¡No te voy a permitir que me insultes!

—¡No te estoy insultando, te describo!

Me miró como si me estuviese volviéndose loca, resopló con fuerza mientras negaba con la cabeza y entonces hizo algo que me descolocó totalmente. Tomó mi cara entre sus grandes y fuertes manos y me besó. No fue un beso tierno, si no uno fuerte y con tanta furia contenida que me dejó los labios rojos e hinchados.

—¡Te deseo! —me gritó, mientras me miraba con intensidad. Esa confesión era para él tan dolorosa que se reflejaba en sus ojos y en la forma de mirarme.

—¡Yo también te deseo! —salió de mis labios sin pensar, en tono áspero y enfurecido. Entonces fui yo quien le besó, pero esta vez con mucha más ternura.

Posé mis manos sobre su pecho e hice lo que deseaba desde que le había visto con el torso desnudo ante la puerta, le acaricié y me recreé en cada trozo de su piel. Un gemido se escapó de sus labios, entonces supe que estaba perdida, ya no había vuelta atrás, esta vez sería la definitiva. Si hacíamos el amor no volvería a dejarle escapar. Él sería mío y yo suya, sin remisión.

—¿Qué me has hecho, Amber? —su mirada reflejaba miedos y dudas— No puedo dejar de pensar en ti. No puedo dejar de desearte.

Sus labios lamieron mi cuello, la camisa que yo llevaba puesta le estorbaba y a mí también, así que se deshizo de ella sacándomela por la cabeza y tirándola al suelo. Me sonrió, parecía satisfecho de tenerme frente a él, ambos casi desnudos y con las manos recorriendo uno el cuerpo del otro.

Me acarició los pechos por encima del sujetador, pero solo por un breve instante, pues en tan solo un segundo fue a parar al suelo junto con mi camisa.

Me miró los pechos con ojos golosos, como si fuesen el manjar más exquisito y una sonrisa sensual y muy excitante asomó a sus labios. Llevó su boca hasta uno de ellos y con su lengua lo recorrió. Gemí y dejé caer mi cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, sintiendo como con sus labios y su lengua

recorría mi pecho derecho, mientras que con su manos acariciaba el izquierdo.

—Me vuelve loco tu sabor —dijo sin dejar de lamer mi erecto pezón.

Yo sí que me estaba volviendo loca, loca de deseo.

Con la mayor rapidez que pude le desabroché los jeans e introduje mi mano para acariciar su gran erección. La recorrí con suavidad, recreándome en su textura suave y caliente.

Hunter dejó caer sus pantalones y me quitó los míos. Me tomó en sus brazos y me llevó hasta el sofá. Se puso a mis espaldas y me reclinó sobre él. Tenerle detrás de mí, acariciando mis glúteos, manoseándolos y pasando sus dedos por mi columna, me excitaba tanto, que con mucha sensualidad restregué mi trasero por su erección, consiguiendo con deleite que Hunter soltara un fuerte gemido de pasión.

Se introdujo dentro de mí con suavidad y muy lentamente, recreándose en cada empuje que daba. Sus movimientos al principio lentos y poco a poco más rápidos, estaban acompañados por las caricias expertas y placenteras que le proporcionaba a mi clítoris.

Sentí como todo me daba vueltas y mi respiración se hizo rápida y pesada. Estaba llegando al clímax y ya no podía parar. Una agradable y placentera sensación crecía dentro de mí y me obligaba a sollozar y gemir con fuerza.

—¡Hunter! —grité al llegar al final y sentir como dentro de mí una explosión de placer recorría todas mis terminaciones nerviosas.

Podía sentir como el también estaba alcanzando su orgasmo, sus movimientos se hacían más y más rápidos. Puso sus manos sobre mis glúteos y se ayudó con ellas para marcar el ritmo de sus embestidas.

—¡Dios, Amber! —había llegado al final y se dejó caer sobre mi espalda, respirando con fuerza y abrazándose a mi cintura.

—Te quiero— me dijo. Me sorprendí tanto que me quedé sin palabras. Pensé que lo había dicho sin querer, pues le escuché resoplar. Había salido de sus labios sin pensarlo y ahora en cierto modo estaba arrepentido.

Salió de mi interior y con mucha delicadeza me dio la vuelta para enfrentar mi mirada.

—Yo... no pretendía... no quería decir...

—Shhh —le puse un dedo sobre sus labios—. Tranquilo, no tienes que decir nada, tan solo abrázame.

Y así lo hizo, con tanta dulzura y cariño que tuve que retener las lágrimas que pugnaban por salir.

CAPÍTULO 25. Descubriendo a Hunter.

Permanecimos abrazados, sintiendo nuestros cuerpos, nuestros corazones latiendo al principio desbocados y poco a poco regresando a la normalidad, durante un buen rato.

Sentí la humedad de sus lágrimas sobre mi hombro. Hunter estaba llorando, en total silencio y sujetándose a mi cuerpo como si fuera un salvavidas y él estuviese flotando en un mar revuelto y furioso.

—¿Estás bien? —sé que era una pregunta estúpida, pero no sabía ni que decir.

Se separó de mí y me miró a los ojos. Por un instante pude sentir su tristeza y era tanta que conseguía ahogarme.

—Creo que ha llegado el momento de que sepas todo sobre mí — puso una de esas sonrisas que consiguen romperte el corazón, pues más que felicidad reflejan tristeza y pesar—. Ven, Amber —me tomó de la mano y me llevó hasta el sofá. Me puse la camisa, él se colocó los pantalones y juntos uno frente al otro, nos sentamos.

Durante lo que me pareció una eternidad, estuvo en un total silencio. Estaba buscando las palabras y la manera en la que me contaría todo. Sus ojos no me miraban, permanecían cerrados y su frente estaba arrugada en un gesto de concentración. No teníamos ningún contacto con nuestros cuerpos, y yo deseaba demostrarle que estaba allí solo y exclusivamente para él, así que le tomé una mano entre las mías. No la rechazó, es más, la apretó con fuerza y abrió los ojos.

—Hace ya... nueve... no, espera —calculó con rapidez—, sí, sí... nueve años. ¡Joder, no sé por dónde comenzar!

—Tranquilo, Hunter —le besé con dulzura en los labios y le sonreí con ternura. Esto pareció relajarle, pues después de lanzarme el también una maravillosa sonrisa continuó con su relato.

—Yo estuve casado —se levantó y se encaminó hacia la estantería. Tomó entre sus manos la foto que yo había encontrado el día que él estaba enfermo y con ella cogida se sentó de nuevo a mi lado en el sofá—. Se llamaba Estéfany —puso la vieja y estropeada foto en mi mano y yo la contemplé de nuevo. No era la primera vez que la veía, pero ahora al saber quién era ella, mi corazón latía con fuerza, pensando que esa mujer que me miraba desde la foto, con su sonrisa radiante y esos bellos ojos azules, había sido su mujer.

—¿Qué quieres decir? —pregunté con miedo, esperaba que ya no fuera su mujer. Los celos me comían por dentro y me cegaban tanto, que ni siquiera me había dado cuenta de que hablaba de ella en pasado.

—Ella ya no está... —suspiró con fuerza y tragó saliva, intentando con gran esfuerzo retener las lágrimas que hacían brillar sus ojos—. Murió.

—Oh... yo... lo siento mucho —pasé mis dedos por sus mejillas acariciándole, como en un intento absurdo por borrar el dolor.

—Ella lo era todo para mí, la amaba tanto... —pareció avergonzarse—. Nos conocimos en la universidad. Yo estudiaba derecho y ella magisterio. Desde el primer instante caí perdidamente

enamorado de ella, pero para Estéfany no fue igual —sonrió con melancolía—. No hacía otra cosa que rechazarme y durante casi dos meses me estuvo dando calabazas —rió y provocó mi sonrisa—. Cuando por fin conseguí una cita con ella, me dio plantón. Pero yo continué insistiendo y al final lo conseguí, se enamoró de mí. Cuando terminamos la carrera, conseguimos trabajo y nos fuimos a vivir juntos —sentí una punzada de celos, solo imaginarles juntos se me retorció el estómago.

Hunter pareció darse cuenta de mi incomodidad y me besó.

—Esto pasó hace mucho, Amber, ahora siento tanto por ti...

—Lo siento, perdóname. Sé que es cruel estar celosa de ella, pero yo no... —me sentía terriblemente culpable, Estéfany estaba muerta y yo no podía evitar odiarla por haber tenido a Hunter entre sus brazos, totalmente enamorado de ella—. Por favor, continúa con tu historia.

—Soy abogado —soltó de golpe.

—Por eso tienes tantos libros de leyes.

—Sí, me gustan.

Se levantó del sofá y fue hacia la nevera, sacó dos cervezas y me dio una para mí.

La abrí y le di un gran trago, estaba sedienta, tenía la boca seca, pero no me había dado cuenta de eso, hasta el momento en el que el frío líquido resbaló por mi garganta.

—Soy inglés, nací en Londres —asombrada descubrí que ni siquiera sabía ese detalle de su vida, apenas le conocía, pero eso no había impedido que me enamorase—. Vivíamos allí. Conseguí un empleo en uno de los más prestigiosos bufetes de abogados de Londres. Durante un tiempo trabajé duro, tenía que ganarme el puesto, había sido recomendado por mis profesores por mis magníficas notas, pero ahora tenía que demostrar mi valía.

Cuando conseguí un puesto fijo y muy bien remunerado, Estéfany y yo nos prometimos y nos casamos.

Vivíamos en uno de los barrios más exclusivos y caros de Londres. Pero Estéfany no era todo lo feliz que yo suponía. Siempre me echaba en cara que no paraba de trabajar horas y horas, la verdad es que tenía razón. Mi trabajo lo era todo, lo único que deseaba era que no le faltase de nada y no me daba cuenta que le faltaba lo más importante, mi atención y estar juntos —le dio un trago a su cerveza y movió la cabeza como negando algo—. ¡Cómo pude ser tan imbécil! No te das cuenta de lo que tienes hasta que lo pierdes, esa lección la aprendí de la manera más cruel —reflexionó.

—¿Qué fue lo que pasó, Hunter?

Él levantó la cabeza y me miró, sonrió con ternura y me acarició el cabello.

—Eres tan hermosa —me besó con dulzura.

—Hunter, ¿estás bien? —se le veía tan triste.

—Nunca le he contado a nadie nada de esto... es muy doloroso... jamás olvidaré... yo —se notaba que estaba haciendo un gran esfuerzo y no debía presionarle.

—Tranquilo Hunter. Si quieres ya me lo contarás en otro momento...

— ¡No! —gritó, interrumpiéndome— Puedo seguir... debo seguir — —se levantó del sofá y caminó de un lado a otro, con las manos en los bolsillos de sus jeans y la mirada pérdida—. Estéfany y yo nos estábamos alejando el uno del otro, yo podía sentirlo pero no era capaz de reaccionar. No quería perderla por nada del mundo, así que cuando me propuso tomar unas vacaciones los dos solos y hacer un viaje, no me pude negar. En un principio el destino era Europa, un tour por Italia, Francia, Inglaterra y España. Lo organizó todo ella y estaba tan entusiasmada que no hacía otra cosa que disponer el itinerario y los hoteles donde nos alojaríamos. Yo por mi parte estaba que me subía por las paredes, tendría que dejar pendiente un montón de casos. Pero si quería arreglar mi matrimonio no me quedaba otro remedio.

Cuando ya lo teníamos preparado, un contratiempo lo estropeó todo. La agencia donde organizamos el viaje quebró y nos quedamos sin viaje. Estéfany quedó desolada y yo no podía verla así, decidí ir a otra agencia y reservé dos billetes a Phuket, Tailandia. La mujer de la agencia me dijo que era un destino idílico. Playas de ensueño, tranquilidad y un hotel de lujo. Yo «y mi egoísmo» pensé que sería lo mejor, no por estar en el paraíso, como lo describía la agencia, si no porque tendría más oportunidad de trabajar desde mi portátil, que deambulando de una ciudad a otra de Europa. Era tan estúpido, que no pensaba en nosotros, sino en los casos que tenía que resolver y ganar por todos los medios.

Pude ver la frustración y el arrepentimiento en sus ojos. Se sentó de nuevo a mi lado y me tomó la mano.

—Nunca olvidaré el día que tomamos el avión a Tailandia. Discutimos durante todo el camino, Estéfany no entendía por qué tenía que llevarme el portátil y me decía que de ninguna manera iba a consentir que me tirase todas las vacaciones trabajando. Yo cedí y le prometí que solo utilizaría el ordenador para ver mis correos, por si había una emergencia. Por supuesto, era una promesa que no cumpliría, mi intención era revisar varios casos que tenía pendientes.

El hotel era tal y como nos prometieron, idílico y de lujo.

Llegamos la mañana del 25 de Diciembre. Nos instalamos y pasamos la tarde en la playa. Por un breve espacio de tiempo dejamos las discusiones y nos comportamos como una pareja de enamorados en unas vacaciones románticas.

Pero al día siguiente surgieron de nuevo los problemas. Ella quería ir a pasar la mañana en la playa y yo quería quedarme en la piscina del hotel, allí tenía Wi-Fi y me pondría a trabajar. Otra vez discutimos y finalmente ella cedió.

Era la mañana del 26 de Diciembre del 2004.

«¿Por qué me sonaba esa fecha?», le di mil vueltas a la cabeza.

—¿Sabes qué ocurrió ese día? —me preguntó como si estuviese leyendo mis pensamientos.

Negué con la cabeza, pues no podía recordar.

—Un Tsunami arrasó las costas del Océano Índico.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo y me quedé sin palabras.

Hunter se levantó de nuevo del sofá. Se echaba el pelo para atrás con las manos temblorosas.

—Fue lo más horrible que he vivido nunca —dijo cerrando los ojos.

No podía estarse quieto, se notaba que era algo que aún no había superado. Una experiencia tan terrible, que le dejó marcado para toda la vida.

—¡Dios, Hunter! —fue lo único que podía decir, mi mente estaba totalmente bloqueada.

—Dios no estaba allí.

Se dejó caer derrotado al sofá y se apoyó en el respaldo. Su mirada estaba perdida mirando a la nada y sus puños fuertemente apretados.

—Nunca olvidaré la sensación... una fuerte vibración que poco a poco iba en aumento... yo no sabía... no sabíamos que era lo que estaba ocurriendo. Pero de repente la vimos... una gigantesca ola que venía hacia nosotros.

Tomé la mano de Estéfany y corrí lo más rápido que pude. No miré hacia atrás en ningún momento — un gemido se escapó de sus labios y las lágrimas comenzaron a resbalarse por sus mejillas—. El miedo era tanto que lo único en lo que podía pensar era en ponernos a salvo. Intentaba subir la montaña pero el agua nos iba ganando terreno. Así que decidí subir a un edificio, no sabía si sería lo bastante alto para resguardarnos pero no había tiempo para hacer nada más.

No soy creyente, pero te juro que recé y recé porque ese edificio fuese lo suficientemente alto para que la ola no lo arrasase.

Ya en la azotea busqué algo donde agarrarme por si el agua nos alcanzaba. Encontré una antena y tiré de Estéfany. Me senté en el suelo y la coloqué entre mis brazos. La tenía fuertemente agarrada con mis piernas. Así juntos los dos me agarré a la antena y esperé el desenlace —sollozó con fuerza. Solo pensar en lo que Hunter había pasado, hizo que un nudo se instalara en mi garganta, y me hizo llorar.

—Le prometí que no la soltaría por nada del mundo... —continuó con su relato—. Le juré que no le pasaría nada... pero yo... yo... —dejó de hablar y me miró con desesperación—. No pude... el agua llegó con más fuerza de la que yo pensaba... algo afilado se clavó en mi pierna y perdí el conocimiento. Cuando desperté estaba en un camión camino de un hospital y ella no estaba. ¡La solté!, ¡no cumplí mi promesa! —se agarraba con fuerza a mi camisa, sus ojos anegados en lágrimas me miraban suplicantes, como si me pidiese ayuda—. ¡¿Lo entiendes ahora?!, ¡la solté!, ¡las perdí a las dos!

«¿A las dos?»

—¿Cómo?, no te entiendo.

—Estaba embarazada de seis meses. Íbamos a tener una hija.

—Oh, por Dios. Cuánto lo siento Hunter... lo siento... yo... —me quedaba sin palabras, jamás hubiese pensado que esta era su historia.

Tenía un nudo en la garganta que apenas me dejaba respirar y lloraba sin poderme contener. Verle sufrir me partía el corazón.

Le abracé con fuerza y él puso su cabeza sobre mi pecho y lloró. No sé cuánto tiempo estuvimos así, y no me importaba nada en absoluto, lo único que deseaba era borrar de su vida todo su pasado. Quería que dejase de sufrir y de sentirse culpable, pero nada de eso era posible. El pasado no se puede cambiar, lo único que puedes hacer es intentar olvidar y pasar página.

Él me miró a los ojos y vio mi sufrimiento. Me acarició la mejilla, borrando mis lágrimas, con mucha ternura.

—Tú no tuviste la culpa... no eres responsable... no puedes culparte... —en mi desesperación por ayudarle a olvidar, las palabras salían atropelladas y las repetía una y otra vez, como queriendo grabarlas en su cabeza y en su corazón.

—Lo sé... pero... es difícil. Durante un tiempo me sentí tan culpable que apenas podía mirarme en un espejo. Poco a poco he ido superándolo, pero hay muchas veces que los recuerdos me ahogan y me siento tan perdido.... Pienso en todas las cosas que hice mal, en todos los momentos perdidos, que no volverán a repetirse. Ella solo quería que la amase y la cuidase y yo le fallé...

— ¡No!, eso no es cierto. La amaste tanto que aún después de nueve años está presente en tu vida, como si no se hubiese marchado.

Bajó su mirada y cuando sus ojos regresaron a los míos, un escalofrío me recorrió el cuerpo, en ellos vi amor y eso me llenó de alegría.

—No sé que me ha ocurrido contigo Amber. Pero desde el primer momento en el que te vi, me sentí atraído por ti. Desde que mi mujer murió no había tenido esos sentimientos hacia ninguna mujer. Creí que nunca más me enamoraría. Pero apareciste tú y desde entonces no puedo apartarte de mi mente. Pienso en ti a todas horas y has conseguido que olvide muchas de las cosas que me hacen daño. Me ilusiona cada mañana levantarme, porque sé que te voy a ver. Pero tengo miedo, no podría soportar perderte a ti también.

Esa declaración de amor que Hunter acababa de hacerme, era tan bonita que de nuevo las lágrimas regresaron a mis ojos.

CAPÍTULO 26. Una nueva vida.

—No pienso marcharme a ningún sitio, me quedo contigo... yo también te amo, Hunter.

Su sonrisa se hizo grande y brillante. Me abrazó y besó como si fuese la primera vez.

—Necesito beber algo —se levantó del sofá y tomó otras dos cervezas de la nevera—. Toma —me dijo acercándose la mía.

—Gracias —le sonreí—. Hunter... ¿puedo preguntarte algo?

—A estas alturas puedes preguntar todo lo que quieras, prometo decirte la verdad y no guardarme nada.

—¿Cómo terminaste en el bar de Charly?

—Esa es una larga historia —se recostó en el sofá y de nuevo hizo ese gesto tan característico suyo de cuando recordaba, cerró los ojos y arrugó la frente—. ¿Te conté que me llevaron a un hospital? —abrió los ojos y me miró, yo asentí con la cabeza—. Allí me trataron mi pierna y me cosieron. Estuve muy mal durante un tiempo, pero poco a poco fui mejorando y cogiendo fuerzas. La embajada me quiso trasladar a Inglaterra, pero yo me negué. No pensaba irme sin buscarla.

En cuanto pude andar me dediqué a recorrer todos los lugares de la isla en su busca. Miraba las listas que todos los días cambiaban con nombres nuevos en ellas, listas de muertos y de heridos que iban llegando al hospital. Pero en ninguna de ellas aparecía Estéfany.

Durante tres años estuve mal viviendo, pero no pensaba rendirme. Mis amigos y familia estaban desesperados e intentaban convencerme de que regresase, pero estaba tan obsesionado que no atendía a razones.

Después de patear todos los lugares, de ir casi puerta por puerta esperando encontrarla con vida —rió con ironía—. ¿Te imaginas?, después de tres años, tenía la esperanza de encontrarla con vida. ¡Qué idiota! —bajó la mirada y yo le acaricié el cabello—. Agotado y vencido decidí regresar. Pero ya no podía hacer mi vida como antes, así que vendí la casa, dejé el trabajo y doné todo lo que poseía a una asociación que se dedicaba a ayudar a los damnificados por el tsunami. No quería tener nada que me recordara el tiempo pasado con mi esposa, nada de lo que pertenecía al hombre que había sido antes de morir Estéfany. Me quedé solo con el dinero suficiente para tomar un vuelo y huir del lugar donde había vivido con ella.

Decidí venir a Nueva York, porque a Estéfany siempre le hizo ilusión conocer esta ciudad y yo quería cumplir su sueño.

No tenía casi dinero. Durante seis años malviví en pensiones sucias y moteles de carretera. Aceptaba cualquier tipo de trabajo, desde obrero de la construcción, hasta limpieza de alcantarillas. Por casualidad, un día, pasé por delante del bar de Charly y vi el cartel que decía que necesitaba un camarero. Yo jamás había trabajado en ese oficio, pero en ese momento me pareció la única salida. Cuando vi a Charly no tuve dudas de que era una elección acertada. Me ofreció un techo donde resguardarme y comida caliente todos los días, a cambio de mi trabajo. Llevo un año aquí y la verdad

es que gracias a Charly sé que no he terminado viviendo en la calle como un vagabundo. Le debo mucho porque confió en mí pese a mis pintas de expresidiario —sonrió con ironía recordándome que yo había pensado eso precisamente de él.

Suspiré con fuerza, en esos momentos mi cabeza estaba procesando todo lo que me había contado e intentando asimilarlo.

—¡Dios, Hunter!, no sé que decirte. Nunca habría pensado que tras tu hermetismo había una historia tan intensa y terrible como la que me acabas de contar.

—Creo que no hay nada que decir —me tomó sobre sus piernas y me abrazó con fuerza, hundiendo su cabeza en mi pecho—. Tan solo vivamos el momento—. Levantó sus ojos para mirarme —veamos que pasa... intentemos.... intentemos estar juntos. ¿Quieres, Amber?... ¿quieres formar parte de mi vida?

Le sonreí, estaba tan feliz en sus brazos que nunca hubiese podido rechazar su invitación.

—Sí, sí... —le besé con pasión y en silencio. Con mis manos recorriendo su cuerpo, sellé mi promesa de caminar juntos por la vida a partir de ese momento.

El sonido de mi móvil rompió la magia en la que nos habíamos sumergido.

Se separó de mi boca de mala gana y me sonrió.

—Cógelo —me dijo.

Me levanté de sus rodillas y corrí a mi bolso.

—¿Sí?

—Amber, soy Caled.

—¿Pasa algo? —era ya muy tarde y me extrañó mucho que el comisario me llamase.

—No, no, tranquila. Siento llamar tan tarde. Pero tengo muy buenas noticias y no podía esperar a decírtelas.

«¿Buenas noticias?, ¡por fin!»

—Cuéntame Caled, estoy impaciente.

—Me ha llamado el agente que estaba destinado a seguir los pasos de Salazar y me ha informado que esta noche tomó un vuelo hacia Colombia.

Solté todo el aire, que hasta ese momento no me había dado cuenta que estaba reteniendo en mis pulmones.

—¡Oh, gracias!

—Me alegro mucho, Amber. Creo que ya te puedes quedar tranquila. Ya no te molesto más.

—De nuevo gracias, Caled.

—Buenas noches.

Cuando colgué me quedé por un momento pensativa, eran buenas noticias, pero todo se había resuelto demasiado fácilmente y yo no estaba acostumbrada a eso.

—¿Pasa algo? —preguntó Hunter al verme de pie con el móvil en la mano y quieta como una estatua.

—No, no, todo está bien. Son buenas noticias —le contesté mientras dejaba el móvil de nuevo en mi bolso y me acercaba a él.

Me senté a horcajadas sobre Hunter y él me tomó de las caderas.

—¿Piensas contármelo?, no quiero que a partir de ahora existan secretos entre nosotros.

Tomé su rostro entre mis manos y le sonreí.

—¿Recuerdas cuando te hablé de Salazar?

—Jamás olvidaría el nombre del tipo culpable de que recibieses un tiro en el hombro —me dio un pequeño beso en los labios.

—Salió de prisión hace unos días.

—¡Oh Dios, Amber! —dijo mostrando alarma.

—Tranquilo, todo está bien ahora. Según parece se marchó a Colombia esta misma noche.

—¿Por qué tengo la impresión de que continúas preocupada? —puso su fuerte y gran mano en mi mejilla y yo me apoyé en ella, buscando sus caricias.

—No sé... es solo que me parece muy raro que todo se solucione tan fácilmente. No me hagas caso... son solo sensaciones.

—¿Crees que volverá?

—No quiero continuar hablando de ese hombre. Se ha marchado y punto. No quiero que te preocupes más —para borrar todo desasosiego le besé.

Posé mis labios en su cuello y lo recorrí con mi lengua, mordisqueándolo, lamiéndolo. Sentí como todo su cuerpo se estremecía. Sus manos acariciaban mis piernas desnudas y mis caderas.

Bajé mi mano con lentitud, recreándome en la piel que acariciaba en mi recorrido hasta la cremallera de su pantalón. Sus hombros, sus pectorales duros y sus abdominales firmes y calientes. Hunter se dejaba hacer, y mientras, no paraba de acariciar mis glúteos.

Desabroché la cremallera e introduje mi mano para agarrar su ya enorme erección. Le acaricié de arriba abajo, de arriba abajo, así una y otra vez. Hunter gemía y elevaba sus caderas buscando mi mano con desesperación.

Sentí la inminente necesidad de tener su miembro entre mis labios y con un movimiento rápido, me coloqué de rodillas ante él. Le ayudé a quitarse el pantalón, mientras le lanzaba una mirada llena de deseo que le hizo soltar un fuerte gemido. Sin apartar mis ojos de los suyos, lamí su glande.

—¡Amber! —gritó entre dientes al sentir mi lengua juguetona.

Podía sentir su excitación y eso me volvió más y más atrevida. Nuestras miradas continuaban conectadas y con mucha sensualidad recorrí con mi lengua toda la longitud de su miembro que estaba a punto de estallar. Soltó un siseo y por un momento cerró los ojos, pero inmediatamente los abrió, no quería perderse el espectáculo de verme disfrutando de su sabor.

Se terminaron los juegos, era hora de pasar a la acción, así que introduje todo lo que pude su miembro en mi boca y comencé a subir y a bajar una y otra vez. Estaba tan excitada al sentir como le estaba haciendo disfrutar que cada vez iba más y más rápido.

Hunter gemía y seguía el compas de mi boca elevando sus caderas para llegar más profundamente.

Y de pronto se separó, me tumbó en el sofá y me penetró con rapidez. Comenzó a moverse de una forma frenética. Oleadas de placer recorrían mi cuerpo y hacían que yo también me moviese buscando tener mucho más contacto entre nuestros cuerpos. El orgasmo me alcanzó rápido y fuerte. Sentí como unas fuertes sacudidas que nacían del mismo centro de mi placer iban creciendo y creciendo hasta recorrer todas mis terminaciones nerviosas, dejándome saciada.

Grité con fuerza, pues necesitaba expresar con palabras lo que todo mi cuerpo estaba experimentando. Hunter me acompañó dando un profundo gemido y gritando mi nombre.

Esta vez nuestra unión no fue solo física, a partir de ahora seríamos uno. Sin miedos, ni dudas. Ya nada, ni nadie, nos separaría.

CAPÍTULO 27. La fiesta.

La vida puede dar en cualquier momento un giro de 180 grados. Puedes pasar de la tristeza más absoluta a la alegría, de la angustia al consuelo, del pesar al júbilo, y todo, en muchas ocasiones, si dejamos de lado nuestros miedos, ignoramos al orgullo e intentamos buscar tan solo lo que verdaderamente necesitamos.

Yo lo había conseguido, había cerrado los ojos con fuerza y me había lanzado al vacío sin miedo. Sabía lo que quería y lo que no dejaría pasar, y eso era a mi perfectamente imperfecto Hunter. Le amaba con sus defectos y sus virtudes, con su pasado, con su aspecto de matón y su enorme corazón. Le amaba de una manera incondicional y sin reservas, de esa manera que te hace desear con todo tu ser pasar el resto de tus días junto a él. De esa, que no te deja pasar un solo día sin verle y que te obliga a intentar por todos los medios de los que dispones, hacer feliz a la persona que tienes a tu lado.

Pero dentro de mi dicha y mi alegría al encontrar a mi media naranja, estaba mi terror a presentárselo a mi madre. No me costó hacer pública mi relación a todos mis amigos, pero con respecto a mi madre era otro cantar. Sabía perfectamente que no le gustaría su aspecto y en cuanto se enterara que era camarero se volvería totalmente loca. Pero, ¿me importaba?, sinceramente, nada en absoluto.

El día en el que mi amada madre conocería al amor de mi vida se acercaba a pasos agigantados. Había decidido, asesorada por Kayla, que ese día fuese uno en el que estuviésemos rodeados de gente, así impediríamos una de las escenas dramáticas, que tanto le gustaban a mamá. Y qué mejor momento que el evento en el que mi madre había estado trabajando todo este tiempo para que todo fuese perfecto. Seguro que no daría un espectáculo, pues estaríamos rodeados de las personas más influyentes e importantes de Manhattan. Gente con grandes fortunas y con el suficiente poder, como para cambiar el destino de todo el planeta. Ese día sería el 25 de Junio, fecha del XXVII Aniversario de la fundación “Por los niños” de la que mi madre además de socia fundadora era la encargada de preparar fiestas y exposiciones para recaudar fondos, que se destinaban a ayudar a unos cuantos orfanatos.

Si me costó enfundarme en mi precioso vestido Versace, que me había regalado mi madre hacía ya tres años y que no había estrenado hasta entonces, convencer a Hunter de que acudiese conmigo a la fiesta, fue lo más complicado que he hecho en la vida. Le surgieron pegos de toda clase; no tengo traje para un acontecimiento como ese, no me siento cómodo entre gente rica y poderosa, no creo que ese sea el lugar idóneo para conocer a tu madre etc. etc. Pero yo no me rendía fácilmente y era muy pero que muy persuasiva. Solventé casi todas sus pegos y le convencí con mis encantos, que son muchos, de que sería el mejor momento y que incluso lo podríamos pasar bien, si hay algo que se le da bien a mi madre es celebrar fiestas.

Conseguí convencerle de que se pusiera un maravilloso e increíble smoking de Armani, que había alquilado en una tiendecita cerca de mi apartamento. Le quedaba como un guante y estaba guapísimo.

La noche de la fiesta yo estaba en mi apartamento arreglándome, Hunter vendría a buscarme y juntos iríamos en mi coche.

Ya arreglada, me miré en el espejo. Estaba muy, pero que muy bien. El vestido drapeado de gasa, color maquillaje, largo hasta los pies, se ajustaba a mi cuerpo como un guante. Me giré para ver el

bonito escote que dejaba toda mi espalda al aire y me hacía sentirme muy sexy. Mi peinado era sencillo, el llevarlo corto no daba opción a mucho, así que me hice unas hondas con la plancha y me eché casi el bote entero de laca para que aguantasen toda la noche. Me maquillé discretamente como era mi costumbre, resalté mis labios con un rojo intenso y mis ojos con sombras en colores ahumados. “Perfecta”, pensé.

Cuando Hunter llamó a la puerta de mi apartamento yo ya estaba totalmente preparada.

Abrí sin tardar y me quedé con la boca abierta cuando le vi frente a mí. Estaba tan guapo que por un breve instante se me cortó la respiración. Llevaba el traje como si se lo hubiesen hecho a medida solo y exclusivamente para él. Su pelo engominado y recogido en una coleta le daba un aspecto sexy y salvaje. Todo el conjunto era abrumadoramente varonil, atractivo y muy seductor.

—¡Amber, está preciosa! —sus palabras me sacaron del trance en el que me había sumido al contemplarle.

—¡Tú estás impresionante!

Dio un paso al frente y me tomó entre sus brazos. Cuando me besó cerré los ojos y me dediqué a disfrutar de su contacto y su pericia al mover su boca contra la mía.

Cuando me soltó, me di cuenta de que me había dejado sin respiración y con ganas de más, pero no había mucho tiempo o llegaríamos tarde.

—¿Nos vamos? —preguntó—. Porque si tú quieres podemos quedarnos y....

Me separé de sus brazos y le sonreí.

—¡De eso nada! Vamos a ir a esa fiesta y vas a conocer a mi madre. No te podrás escaquear de ninguna manera.

Derrotado, bajó la cabeza y me tomó de la mano.

—Está bien— dijo con tono lastimero.

La fiesta tenía lugar en el lujoso Hotel Hudson en la 356 West 58th Street.

Cuando llegamos, el salón donde se celebraría el evento ya estaba a rebosar.

Mi madre se había esmerado en la decoración. Unas 50 mesas redondas llenaban la sala, estaban engalanadas con costosos manteles de la mejor seda. Unos grandes jarrones de forma cilíndrica y alargada con unos preciosos arreglos florales de orquídeas blancas en la cima, decoraban los centros de las mesas.

Miré a toda esa gente que estaba a mí alrededor y pensé en lo irónico que resultaba ver a un grupo de ricachones, haciendo alarde de su poder y recaudando dinero para los más necesitados.

Busqué a mi madre y la vi saludando a uno de los invitados. Estaba al fondo del salón cerca del pequeño escenario donde subiría a darnos la charla sobre “lo necesario de ese evento para recaudar fondos”

—Allí está mi madre —le dije.

Hunter tragó saliva con fuerza y resopló.

—Pues, vamos para allá —me tomó la mano y como si fuese un reo que va al patíbulo, caminó hacia ella.

—Hola mamá —nos dimos uno de esos besos que se dan al aire—. Quiero presentarte a Hunter Levinson.

—Encantado de saludarla —Hunter le tomó la mano con mucha delicadeza y agachó la cabeza a modo de saludo.

—Oh, cuando me dijiste que traías a alguien pensé que sería a Owen.

Le lancé una mirada fría y llena de reproches. No la iba a consentir bajo ningún concepto, que fuera hiriente con Hunter.

—Mamá, ten cuidado con lo que dices —le dije en voz muy baja y cerca de su oído.

—Encantada de saludarle —pareció rectificar su postura frente a Hunter y le lanzó una gran sonrisa—. Venid conmigo y os diré cual será vuestro sitio.

La seguimos hasta la que sería nuestra mesa.

—La compartiréis con Kayla y Jordan, pero no sé donde se han metido. Como siempre llegan las últimas.

Comenzó a mirar por toda la sala en su busca.

—Creo que ya las veo. Amber, querida, ven conmigo e iremos a recibirlas —estaba claro que lo que pretendía era hablar conmigo a solas.

—Espérame aquí, enseguida regreso —le dije a Hunter. Le di un pequeño beso en los labios, que seguramente enfureció a mi madre y él me tomó la mano con fuerza.

—No tardes por favor— espetó con tono suplicante.

Nos encaminamos juntas hacia mi hermana y mi sobrina que estaban charlando animadamente con una mujer grande y obesa que se reía por algo que Jordan le había dicho.

—Amber, por dios —dijo mi madre con los dientes apretados en una sonrisa forzada e intentando disimular su tremendo enfado—. ¿De dónde demonios has sacado a ese hombre?

—¿Le ocurre algo malo mamá?

Se paró de golpe y me miró como si estuviese hablando con una persona con alguna deficiencia.

—¡Tiene el pelo largo! —por supuesto, no levantó la voz apenas, pero por dentro seguramente estaría gritando.

—Sí y muchos tatuajes —la miré desafiante, ya estaba harta de sus prejuicios—. Ah, se me olvidaba,

además trabaja de camarero en un bar Sin volver la vista atrás continué caminando, con la certeza de que ella seguramente se habría puesto roja como un tomate y estaría intentando por todos los medios contenerse para no lanzar un grito.

Llegué a donde estaban Kayla y Jordan seguida muy a la zaga por mi madre. Nos saludamos con un fuerte beso, y ellas que estaban al corriente de todo lo referente a Hunter, por el tono escarlata de la cara de mi madre dedujeron que ella le acababa de conocer.

—Entre las dos terminareis conmigo —nos soltó casi sin mirarnos e intentando disimular su disgusto—. Espero que sepáis comportaros. Esta es mi noche, lo he organizado todo durante meses y no estoy dispuesta a que mi hija acompañada por un... un... hombre así, me lo estropee —su tono era seco y cortante.

—No pienso hacer nada que pueda ocasionarte ninguna vergüenza. Pero te voy a decir una cosa muy clara mamá, siempre que te dirijas a él, hazlo con respeto. Ese hombre es al que amo y con el que pienso pasar el resto de mis días. Tú no sabes nada de él, no lo conoces, así que no lo juzgues.

No tenía más que decir, me di la vuelta y encaminé mis pasos hacia nuestra mesa. Kayla corrió para ponerse a mi lado y entre susurros, pegada a mi oído me dijo:

—Tuve que retenerme para no aplaudir. Estoy muy orgullosa de ti, hermanita.

No pude por más que sonreírle y darla las gracias. Todo ánimo en esos momentos de tensión era bienvenido.

Hunter saludó a las recién llegadas y todos tomamos asiento.

La cena fue realmente exquisita, una sucesión de manjares cocinados por el mejor chef de Manhattan.

—Creo que voy a reventar —dije después del quinto plato—. Todo por los niños que pasan hambre y ellos se llenan los carrillos.

—Ya sabes, todo es aparentar —a Jordan tampoco le habían gustado nunca este tipo de fiestas.

—Parece que no os gusta estar aquí y no lo entiendo, ¿por qué narices venís? —preguntó Hunter.

Las tres nos miramos entre nosotras con una enorme sonrisa de complicidad.

—Como se nota que no conoces a nuestra madre —le contestó Kayla.

—Nadie, absolutamente nadie, puede decirle que no a uno de sus eventos.

CAPÍTULO 28. La llamada.

La noche transcurrió según los designios de mi madre. A una cena copiosa, le siguieron los discursos aburridos.

—Dijiste que lo pasaríamos bien —me reprochó Hunter.

—No me quedó más remedio que mentirte, si te hubiera dicho lo tedioso y aburrido que era esto no hubieses venido.

—Tengo que ir al servicio, me aburro tanto que no he hecho otra cosa que beber y creo que voy a reventar. Si me levanto y voy hacia el baño, ¿será de mala educación?

Me dieron ganas de reír, el pobre estaba intentando seguir las normas de los estirados invitados de mi madre.

—Eso tendrías que saberlo. Como abogado que eras, ¿nunca te invitaron a un evento como este?

—Sí, muchas veces, pero nunca iba. Ya te dije que lo único que hacía era trabajar. Estéfany siempre iba ella sola —como siempre que pronunciaba su nombre, sus ojos se llenaron de tristeza.

Le tomé la mano y se la apreté en señal de apoyo.

—En cuanto termine este discurso, servirán los postres, entonces será el momento de ir al servicio.

—¡Gracias a Dios! —no sé muy bien si lo dijo por la alegría de por fin evacuar o porque se terminaban los aburridos discursos.

Cuando llegó el momento que Hunter tanto ansiaba, se levantó, y después de darme un pequeño beso en los labios, pidió disculpas a la mesa y se marchó al servicio.

—¡Tía, estás enamoradísima! —miré a Jordan, que estaba totalmente entusiasmada con mi relación con Hunter, desde el principio había sido mi máximo apoyo y aún más cuando le conté a ella y a Kayla todo por lo que había pasado.

—¿Por qué dices eso?

—Se te ve en la manera como le miras.

Y seguramente tenía razón, todo mi mundo giraba entorno a él.

Suspiré y en mi sonrisa se reflejó lo feliz que me sentía desde que Hunter estaba en mi vida.

Llegaron los postres y Hunter no regresaba.

La gente comenzó a levantarse de sus mesas y a charlar unos con otros, todo acompañado de la melodía monótona de una orquesta que amenizaba el evento.

Hunter continuaba sin aparecer y yo comencé a pensar que quizá se hubiese cansado y sin decir nada se había marchado a casa, pero él jamás haría algo así, entonces, ¿dónde narices se había metido?

Cogí el teléfono y le llamé, pero él no contestaba.

Miré el reloj del móvil, hacía ya más de media hora que se había marchado al baño.

Me encaminé hacia allí y me quedé parada en la puerta, a la espera de que alguien saliese de dentro. Después de un buen rato, un hombre bajito con cara de pocos amigos atravesó la puerta.

—Disculpé —me dirigí a él con educación, pero él me miró como si le molestase—. ¿Ha visto en el baño a un hombre alto y corpulento que lleva una coleta?

—No —respondió secamente— «Qué tipo más antipático».

Decidí esperar a que saliese alguien más, pero no lo hizo.

Los nervios se estaban apoderando de mí y decidí entrar yo en el aseo. Después de cerciorarme de que no había ningún rastro de Hunter, salí desesperada y sin saber qué hacer.

Iría a despedirme de mi sobrina y mi hermana. A mi madre le pondría alguna excusa y me marcharía a casa, a ver si él estaba allí. Pero cuando iba caminando hacia ellas mi móvil sonó. Lo cogí con rapidez pues al mirar quien me llamaba vi que era Hunter.

—¿Se puede saber dónde te has metido?! —dije casi gritando, sin esperar a que él hablase.

—Hola, Amber.

Se me heló la sangre y un nudo grande y duro comenzó a apretarme el estómago, esa no era la voz de Hunter, era la voz de una persona de la que no deseaba saber nada; Salazar me llamaba con el móvil de Hunter. «¿Pero cómo?... él estaba fuera del país», mi cabeza daba vueltas y vueltas, por un momento creí que me desmayaría.

—¿Dónde está él?! —grité desesperada— ¡Cómo le hagas daño...!

—Tranquila pequeña, creo que no estás en disposición de amenazarme. Tu novio está aquí a mi lado, sentado tranquilamente.

—¡Quiero hablar con él!

—Ahora no puede, está un poco indispuerto. Creo que me pasé con el sedante. Pero como es tan grande puse más dosis de la que me aconsejaron por temor a que no funcionara.

—¡Oh, Dios mío!

Un nudo en la garganta me impedía casi hasta respirar y un miedo frío se instaló en todo mi cuerpo.

—Necesito verte —me dijo.

—¡Por favor haré lo que tú quieras, pero no le hagas daño! — supliqué.

—¡Cállate!, más te vale escuchar atentamente y seguir todas mis instrucciones al pie de la letra.

Sentí una punzada de odio y deseé con todas mis fuerzas encontrarle y matarle con mis propias manos. Cerré los ojos con fuerza intentando que las lágrimas, que se iban acumulando en mis ojos, no

salieran. No era el momento de llorar, ahora tenía que ser fuerte.

—Te escucho —le dije secamente.

—Así me gusta. Si no colaboras no volverás a ver a tu amorcito. Te estoy dando una oportunidad, podría haberlo matado sin más... al igual que tú hiciste con mi hermano... ¡perra! Pero para que veas que soy una buena persona.... —quedó en silencio, estaba intentando martirizarme y lo estaba consiguiendo.

—¿Qué tengo que hacer?

—¿Conoces la vieja fábrica abandonada en el *Soho*?

—Sí, por supuesto.

—Ven aquí, desarmada y por supuesto sin policías.

Sin más colgó el teléfono. Yo me quedé muy quieta con el móvil aún en la oreja y la respiración entrecortada.

Miré a mi familia, mi madre estaba hablando con un prestigioso banquero que al reír hacía que su gran barriga subiese y bajase. Jordan y Kayla charlaban entre ellas ajenas a todo lo que en esos momentos estaba sucediendo.

Tenía que marcharme sin que ellas se diesen cuenta de nada. No quería que ningún otro de mis seres queridos, se viese envuelto en esta horrible trama.

Me acerqué a ellas disimulando como pude mi preocupación y mis temores. Me excusé diciendo que Hunter y yo estábamos cansados y nos íbamos a casa.

CAPÍTULO 29. La fábrica de *Soho*.

Cuando llegué a la fábrica, mi cuerpo temblaba presa del pánico. No sabía lo que ese desgraciado le estaría haciendo a Hunter, ni siquiera sabía si no lo habría matado ya a sangre fría.

Entré a la enorme nave, que hacía muchos años que estaba abandonada. Se había convertido en el refugio de mendigos y en el lugar donde muchos indeseables, como Salazar, realizaban sus fechorías sin que nadie fuese testigo de ellas, ya que la vieja fábrica era un lugar lúgubre, donde ningún neoyorquino en su sano juicio se aventuraría a asomarse.

Todo estaba en penumbras, tan solo iluminado por la farola de la acera. Hacía frío y yo me acurruqué en mi abrigo blanco cerrando las solapas entorno a mi cuello.

—¡Estamos aquí, Amber! —canturreó la desagradable voz de Salazar— ¡Ven aquí y reúnete con nosotros!

«Maldito desgraciado, está disfrutando».

Caminé hacia la voz. Llegué a una puerta que permanecía cerrada. Sabía que tras ella estaba Hunter y que lo único que tenía que hacer era abrirla y entrar. Pero tenía miedo a lo que me pudiese encontrar, si Hunter estaba muerto yo no podría... no... no quería pensarlo, sacudí la cabeza desechando ese pensamiento. Era hora de actuar y no de quedarse paralizada por el terror.

Sentía el frío de mi pistola que había introducido bajo mi liga y metí la mano en mi bolsillo, donde toqué para cerciorarme de que seguía allí.. Si Salazar pensaba que acudiría desarmada estaba loco de remate. Haría todo lo que estuviese en mi mano por salvar a Hunter y utilizaría todos los medios posibles.

Por fin entré decidida. Todo estaba muy oscuro y tuve que esperar a que mis ojos se adaptasen a la escasa luz que daban unas velas colocadas en círculo rodeando a Hunter, que estaba sentado en una silla maniatado y amordazado. Salazar estaba tras él y con una pistola apuntando su sien.

Creí desfallecer, mi respiración se volvió rápida y muy pesada, mi corazón latía con desenfreno y parecía que se me saldría del pecho.

—¡Suéltalo! ¡Es a mí a quién quieres, déjale ir! ¡Haré lo que tú quieras, pero por favor no le hagas daño! —grité desesperada.

—Tranquila pequeña. Está muy bien, ¿verdad amigo? —le preguntó, Hunter comenzó a moverse intentando soltar sus manos que permanecían fuertemente atadas a los brazos de la silla— ¿Cómo dices? —se burló de él, pues con la mordaza sobre su boca solo podía emitir sonidos incomprensibles — No se habla con la boca llena —rió a carcajadas y le dio un fuerte golpe con la pistola en la sien.

—¡No, por favor, no le hagas daño! —supliqué desesperada al ver como la sangre corría por su frente.

Intenté dar un paso para acercarme a él, pero Salazar me hizo un gesto con la mano prohibiéndome moverme del sitio.

—¡Quieta o le vuelo la cabeza! —dijo mientras apuntaba de nuevo con la pistola la sien de Hunter.

Me paré en seco, por nada del mundo quería ponerle en peligro, pero moría por abrazarle y curarle las heridas.

—Ahora que estamos los tres juntos. ¿Qué es lo que podemos hacer? Podemos jugar a verdad o consecuencia. ¿Os apetece?

—Por favor Salazar, suéltale, te juro que...

—¡Cállate zorra! —gritó fuera de sí. Hunter se movía nervioso e intentaba gritar desesperado. Salazar le golpeó de nuevo —no puedo soportar más escuchar tus ruidos molestos —le dijo. Me miró de nuevo con una sonrisa y una mirada que me heló la sangre, pues parecía un hombre desquiciado, que había perdido totalmente la cabeza —juega conmigo Amber. ¿Qué eliges, verdad o consecuencia?

—No entiendo.

—¡Joder, eres una estúpida! ¡Es muy fácil, solo tienes que elegir! —estaba fuera de sí y gritaba como un loco. Suspiró y sacudió la cabeza negando—. Está bien —dijo, cambiando su tono que ahora era sosegado, como si estuviese hablando con una niña pequeña—. Empezaré yo. Elijo verdad y ¿sabes cuál es esa verdad? —negué con la cabeza—. Pues la verdad, es que los dos vais a morir esta noche. Puedes escoger el orden en el que desees que lo haga. Como verás soy muy bueno.

«No, no, no», gritaba dentro de mí, esto no podía estar pasando. Por fin había encontrado el amor y mi pasado venía a buscarme para arrebatármelo. Tenía que hacer algo rápidamente, tenía que luchar, tenía que...

—Prometo hacer todo lo que quieras pero solo si le sueltas y le dejas marchar.

—Oh, eso no puede ser. Nuestro amigo quiere jugar también. ¿Verdad? —tiró fuerte del pelo de Hunter obligándole a mirarle.

—Por favor, le haces daño.

—¡Estoy harto de tantas tonterías, se acabó!

Puso la pistola sobre su sien y el dedo se movió sobre el gatillo, ¡iba a disparar!

—¡Espera!... ¡espera!...

—¿Quieres ser tú la primera?

Sabía perfectamente que su intención era terminar con los dos. Nada ni nadie se lo impedirían, eran muchos años guardando un odio enfermizo hacia mí. Tenía que jugármela, si conseguía acercarme a Hunter y darle la pequeña navaja que tenía en el bolsillo de mi abrigo, quizá el fuese capaz de soltarse. Era consciente de que era muy complicado, pero no me quedaba otro remedio que jugármela.

—Solo quería pedirte algo... una sola cosa... déjame despedirme de él... por favor, solo un beso...

—¿Por qué debería dejarte?, ¿acaso tú me dejaste despedirme de mi hermano antes de acabar con su vida?

—Yo... solo... —creí tenerlo todo perdido, no tenía argumentos, ni sabía qué decirle.

—Pero —dijo poniendo una voz chillona y desagradable—, como soy muy buena persona, te voy permitir despedirte de él. Pero no le toques.

No podía creerme la suerte que tenía, ahora solo faltaba dejarle la navaja sin que se diese cuenta.

Me acerqué a Hunter y me quedé parada a su lado, él me miraba con ojos suplicantes, cómo pidiéndome que saliese corriendo y le dejara allí.

—Nunca te dejaría —le dije en voz baja, él me escuchó y negó con la cabeza—. Te amo —me puse de rodillas y con rapidez e intentando disimular puse mi mano sobre la suya, deposité la navaja entre sus dedos y le besé en la frente.

—¡Te he dicho que no le toques, zorra! —me empujó con fuerza y yo que estaba en cuclillas me caí al suelo.

Hunter no paraba de moverse e intentaba gritarle a Salazar, pero su voz se veía retenida por la mordaza.

—Lo siento... perdona —le miré con tristeza, él abrió mucho los ojos. Sabía que iba a hacer algo que no le iba a gustar y con su mirada intentaba suplicarme que parara, que no lo hiciera.

Tenía que impedir que Salazar pusiera su atención en Hunter, era la única oportunidad que tenía de usar la navaja, necesitaba que se centrara en mí.

—No tenías que tocarle...

Jugué mi única baza, me desabroché el abrigo y lo dejé caer al suelo.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras, no haré nada para impedirlo. Pero me prometerás que él saldrá sin ningún daño.

Hunter levantó su mirada y me miró con reproche, se escuchó un fuerte ¡no!, que se entendió perfectamente a pesar de estar silenciado por la mordaza.

—¡Sabía que eras una puta! Creo que aceptaré tu propuesta, hace mucho que no estoy con una mujer y tú no estás nada mal. Nos divertiremos y luego morirás.

—Prométeme que le soltarás y seré toda tuya. Si no lo haces te juro que lucharé con todas mis fuerzas y te aseguro que tengo suficientes para terminar con un tipo como tú.

Salazar me miraba con ojos febriles y después miraba a Hunter. Estaba decidiendo qué haría; matarnos a los dos o disfrutar de mi cuerpo.

—Dame tu palabra de que me dejarás hacer todo lo que desee.

—Te juro que no opondré resistencia a nada —parecía excitado, se lamió el labio y yo sentí la amargura de la bilis en mi garganta—. Está bien... lo haré, le soltaré, pero después de acabar contigo, no puedo exponerme a que vaya a la poli.

Hunter continuaba gritando ¡no, no, no! Pero estaba decidido, era muy difícil soltarse las manos, con una pequeña navaja y teniendo las dos manos atadas a los brazos de la silla, era casi imposible. Tenía

que buscar otra salida y esa fue la única que se me ocurrió. Sabía que ningún hombre después de tantos años en la cárcel se resistiría a disfrutar de una mujer y si era un perverso como Salazar, le daría exactamente igual que esa mujer fuese la que había apretado el gatillo y acabado con la vida de su mismísimo hermano.

—Desnúdate —me ordenó con ojos lascivos.

Me desabroché el vestido y lo dejé caer hasta las caderas, no quería que viese la pistola que guardaba bajo la liga.

Gracias a Dios me había puesto un sujetador de esos que se cruzan en la cintura, pues el escote de mi vestido dejaba toda la espalda al aire y en un principio pensé en no llevarlo. A pesar de que mis pechos estaban tapados, me sentí totalmente desnuda por la sucia y perversa forma en la que Salazar me miraba.

Se fue acercando hacia mí muy despacio, recreándose en mi miedo y en el asco que me producía.

—Creo que esto me va a gustar más de lo que pensaba —dijo la voz ronca por el deseo.

No era capaz de mirar a Hunter a los ojos, pero podía sentir cómo se agitaba, por el ruido que hacía la silla, y de su boca no dejaban de salir gritos de angustia.

—Lo siento tanto —le dije—. Es tan injusto...

Entonces todo sucedió muy rápido, tanto que apenas lo recuerdo. Sentí una mano de Salazar sobre mi pecho, mientras que con la otra me apuntaba al estómago. Un golpe fuerte, cuando la silla donde Hunter había estado atado se calló estrepitosamente al suelo. Salazar se dio la vuelta para enfrentar la mirada furiosa de Hunter, que, milagrosamente había conseguido soltarse y avanzaba hacia él como un toro de lidia, enloquecido y enfurecido.

El cañón de la pistola volvió a apuntarme y vi cómo Salazar apretaba el gatillo. Cerré los ojos esperando el impacto de la bala, pero lo que sentí fue como el cuerpo de Hunter chocaba contra el mío haciéndome caer al suelo.

—¡No! —grité desesperada cuando fui capaz de reaccionar y darme cuenta que la bala había impactado contra la espalda de Hunter.

—¡Ahora te toca a ti! —me gritó Salazar apuntándome de nuevo.

Pero a mí no me importaba nada, lo único que podía hacer era abrazar a Hunter y llorar con desesperación. Podía sentir como su sangre me bañaba el cuerpo y como su corazón apenas tenía latido.

Cuando escuché el segundo disparo pensé que era el final, pero sorprendentemente no sentí dolor. ¿Quién había disparado?, no había sido Salazar. Le miré y vi como él, también sorprendido, ponía su mano sobre su pecho y miraba como su sangre lo mojaba.

De repente, todo fue caos. Salazar cayó muerto al suelo y un grupo de policías armados entraron en la sala dando voces.

—¡Ayuda! —grité con angustia—. Por favor, que alguien le ayude... está herido. Taponé con mi mano

la herida, haciendo toda la presión que podía.

Vi a Declan que se acercó a mí y le tomó el pulso a Hunter.

—Tranquila Amber, ya viene la ambulancia. Todo ha terminado.

Me abracé más al cuerpo inerte de Hunter y hundí mi cara en su cuello.

—Aguanta... no me dejes... aguanta...

CAPÍTULO 30. En el hospital.

La ambulancia llegó justo a tiempo. Hunter había dejado de respirar y el doctor tuvo que utilizar el desfibrilador para reanimar su corazón, que había dejado de latir. Durante los segundos que tardó en regresar a la vida, al pensar que no volvería a estar a su lado, que nunca más me abrazaría, que no escucharía de nuevo su risa, creí volverme loca. Me temblaban las piernas, no podía dejar de sollozar.

Darach me tenía fuertemente abrazada y me daba ánimos, pero no fue hasta que Hunter volvió a respirar, que yo pude dejar de retorcerme las manos nerviosa.

En cuanto lo estabilizaron le llevaron al hospital y por supuesto yo fui con él en la ambulancia.

La herida era muy grave y su vida corría peligro, así que en cuanto llegamos le llevaron a quirófano.

Kayla, Charly y Jordan acudieron al hospital en cuanto se enteraron de lo que había ocurrido.

Cuando llegaron, allí estaba yo con mi traje de fiesta bañado en sangre y abrazada a la chaqueta del traje de Hunter como si fuera él. Podía sentir su aroma en ella y eso aunque parezca una tontería me ayudaba a sentirme más cerca él.

—Hola cariño —Kayla me abrazó y yo lloré en su hombro. Charly y Jordan también se abrazaban a nosotras dos, formando un fuerte círculo protector con sus cuerpos, unidas siempre, tanto para lo bueno como para lo malo.

—Está muy grave —sollocé e intenté secarme las lágrimas pues me nublaban la vista y no podía verles la cara—. ¿Qué voy a hacer?... yo no sé que voy a hacer si se...

—¡Eso no va a pasar! —Charly no me dejó terminar la frase, me secó las lágrimas con los dedos, sacudió con fuerza mis hombros y me miró muy seria—. Hunter es muy fuerte y va a salir bien de la operación, se curará y juntos seréis muy, pero que muy felices. ¿Me oyes Amber? —me obligó a levantar la cabeza para mirarla— Se va a curar —sentenció.

Todas volvieron a abrazarme y yo me sentí protegida en sus brazos.

—Gracias... gracias.

—Vamos a sentarnos, a tranquilizarnos y a esperar a que el médico nos diga algo —dijo Jordan. Todas obedecimos y tomamos asiento en los duros bancos del hospital.

El olor a desinfectante era tan fuerte y abrumador que por un momento sentí náuseas, nunca me habían gustado los hospitales, me traían terribles recuerdos de cuando murió papá.

—Llevan una hora en quirófano y no sé nada... —rompí el terrible silencio que se había instaurado entre nosotras.

—Tranquila cariño, seguro que está en las mejores manos.

En ese momento, Darach que había ido a solucionar el papeleo llegó.

—¿Estás bien? —me preguntó poniéndose en cuclillas delante de mí y tomando mi mano entre las

suyas, grandes y fuertes—. ¿Quieres un café?

—Sí, gracias —contesté.

Jordan y él trajeron cafés para todos. Nos sentamos y bebimos en total silencio.

El tiempo pasaba lento y nadie nos decía nada. Las fuerzas comenzaban a fallarme y aunque lo intentaba no podía parar de llorar.

—Familiares de Hunter Levinson.

Cuando el doctor entró en la sala y nos preguntó, todos nos levantamos como si se hubiese puesto en marcha un resorte.

—Sí —dije con voz temblorosa. Tenía tanto miedo, la expresión de la cara del doctor no me decía nada.

—Todo ha salido muy bien —inco suspiros sonaron al unísono—. La bala no ha afectado a ningún órgano vital, aunque estuvo bien cerca. Tendremos que esperar para ver cómo evoluciona, pero es un hombre sano y fuerte, no creo que su vida corra peligro.

—¿Podemos verlo? —pregunté desesperada.

—Sí, claro. Pueden pasar, pero tan solo un momento. Esta noche la pasará en la UVI, pero ya mañana le asignaremos una habitación.

—Gracias doctor —dije entre sollozos.

Abrazada a mi hermana entré en la sala donde estaba Hunter. Al verle tan pálido y demacrado, rodeado de máquinas, me sentí impotente y muy apenada, en cierto modo estaba así por mi culpa. Si no me hubiese conocido, nada de esto habría pasado.

Me acerqué despacio a la cama, él permanecía con los ojos cerrados. Le tomé una mano entre las mías y con mucho cuidado le besé en la mejilla.

—Hola —me dijo tras abrir los ojos. Su boca esbozó una sonrisa.

—Hola, ¿cómo te sientes? —le pregunté.

—Como si un camión me hubiese pasado por encima.

De nuevo le besé, esta vez en la frente.

—Te quiero —era lo único que se me ocurría decir en esos momentos.

—Y yo a ti —cerró los ojos, y se quedó dormido con una gran sonrisa en sus labios.

—Será mejor que se vayan a casa —nos dijo una enfermera—. Mañana pueden visitarle en la habitación que se le asigne. Pero ahora debe descansar.

Moví la cabeza asintiendo y salimos del cuarto en total silencio.

Habían pasado unas horas terribles de nervios y miedo. En cuanto llegué a casa me tomé una ducha,

necesitaba quitarme de encima el olor de la sangre, ese fuerte aroma a hierro que impregnaba mi vestido, mis manos, a pesar de haberlas lavado una y otra vez, y mi cuerpo. Cuando caí en la cama, estaba tan cansada que me quedé dormida casi al instante. Pero mi sueño no fue tranquilo ni reparador, tuve pesadillas que me hicieron despertarme gritando a pleno pulmón. Kayla terminó metiéndose en la cama conmigo y abrazándome fuertemente, como intentando hacerme sentir segura.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana ya estaba en el hospital. Deseaba con tanta fuerza ver a Hunter, que aunque mi hermana intentó persuadirme de que fuese un poco más tarde, tuvo que desistir finalmente, pues no hubo manera de convencerme.

La enfermera me dijo que Hunter ya estaba en la habitación, así que a paso ligero me dirigí a ella.

Abrí la puerta y entré procurando hacer el menor ruido posible.

Hunter estaba dormido y ni siquiera se enteró de que yo estaba parada como un pasmarote ante su cama, mirándole e intentando contener las lágrimas. En pocos días había llorado más que en toda mi vida, aunque siempre me había tenido por una mujer fuerte y capaz de contener sus emociones, últimamente no hacía otra cosa que mostrarme como una llorona.

Me senté a su lado y me quedé en silencio. No quería despertarle así, y aunque lo deseaba con fervor, no le toqué.

Pasó más de una hora y él comenzó a moverse. Abrió los ojos y me miró.

—Hola —sus ojos brillaban—. ¿Llevas mucho tiempo ahí, sentada mirándome mientras duermo? —dijo con una enorme sonrisa en los labios.

—Un poco —contesté tímidamente.

—Ven, estás muy lejos.

Obedecí y con mucho cuidado intentando no hacerle daño me senté a su lado.

—No es suficiente, necesito que estés más cerca. Túmbate aquí a mi lado —palmeó la cama.

—Temo hacerte daño.

—No lo harás. Acércate Amber, necesito abrazarte.

Con mucho cuidado me acosté a su costado, él pasó su brazo tras mi cuello y yo recosté mi cabeza sobre su pecho. Durante un buen rato estuvimos así. Abrazados, disfrutando de nuestra proximidad. Yo escuchaba los latidos de su corazón y daba gracias a Dios por poder sentirlos fuertes y acompasados. Había estado a punto de perderle, solamente de pensarlo un sollozo se escapó de mis labios y de nuevo las lágrimas brotaron de mis ojos.

—Eh, no llores —dijo mientras tomaba una de mis lágrimas con su dedo índice—. Estoy bien... todo está bien.

—Creí perderte... —sollocé con más fuerza— Por unos segundos estuviste muerto, el médico te reanimó.

Levanté la mirada para ver sus ojos, él los cerró y suspiró.

—Pero no estoy muerto... estoy aquí contigo y no pienso irme a ningún sitio —recorrió mi mejilla con sus dedos y me besó en la frente—. No recuerdo mucho.

—¿Qué es lo que recuerdas?

—Está todo muy confuso en mi mente. Recuerdo como ese desgraciado te manoseaba y yo estaba desesperado... pero no podía moverme. Luché por cortar las cuerdas que me ataban las manos, pero era muy difícil... aún no sé como narices logré cortarlas. Creo que fue la adrenalina la que me ayudó a conseguirlo. Luego recuerdo ver como él te apuntaba con la pistola y lo único que pude pensar era en alejarte del peligro como fuera, así que me tiré sobre tu cuerpo para protegerte. Luego sentí un dolor punzante en la espalda y después de eso, todo se volvió negro.

Tomé su cara entre mis manos y le besé con delicadeza.

—Hunter, me salvaste la vida.

—¿Lo hice? —dijo con una enorme y brillante sonrisa.

—Sí, lo hiciste.

Me apretó contra su cuerpo y yo volví a acomodar mi cabeza en su pecho.

—Cuéntame Amber, ¿qué fue lo que pasó?

—Cuando caíste sobre mi cuerpo —dije, después de soltar un largo suspiro, pues no me apetecía recordar todo lo ocurrido, pero era consciente de que él necesitaba saberlo—, pensé que te había matado.... durante unos segundos creí morir de dolor. Pero cuando pude sentir que respirabas y tu corazón latía, me tranquilicé. Salazar volvió a apuntarme con su pistola, y yo pensé que era el final de todo, pero en ese momento entró Declan por la ventana que había al fondo de la sala y le disparó. Cayó fulminado y muerto al instante.

—¡Oh, por Dios! —besó con fuerza mi sien— ¡Menos mal que llamaste a la policía!

Levanté la cabeza para mirarle a los ojos.

—Yo no les llamé. Salazar me dijo que te mataría si los llamaba.

Hunter arrugó la frente y me miró muy serio.

—No lo entiendo, entonces, ¿cómo se enteraron?

—Cuando Caled me avisó de que Salazar salía de la cárcel, me propuso tomar varias medidas de precaución, entre ellas pinchar mi teléfono. Posteriormente cuando me dijo que Salazar había tomado un avión con destino a su ciudad de origen, me dijo que desactivaría el dispositivo, pero yo le pedí que por favor durante unos meses continuase pinchado.

—¿Por qué no me contaste nada? ¿Por qué no me dijiste que estabas preocupada?, recuerdo perfectamente que te pregunté.

—Lo sé, y lo siento. No quería inquietarte.

Acarició mi mejilla con ternura.

—Tu instinto ha salvado nuestras vidas. Nunca dejes de escucharle.

De nuevo nos quedamos en total silencio, sumidos en nuestros pensamientos.

—Hay otra cosa que no entiendo. Si Salazar subió a ese avión, ¿cómo hizo para estar en Nueva York en tan poco tiempo?

—Creemos que él no fue quien subió a ese avión. Alguien lo hizo por él falsificando el pasaporte, seguramente alguno de sus compinches. Darach ha averiguado que estuvo escondido en un motel de carretera hasta el día de la fiesta de mi madre. Lo tenía todo planeado. Se coló en la fiesta falsificando la acreditación, haciéndose pasar por uno de los invitados. Cuando vio que estabas solo en el servicio te inyectó un fuerte sedante y te sacó por la puerta de atrás de la sala. Tenía un coche ya preparado y te cargó en él.

—Cuando desperté estaba fuertemente atado a una silla.

—Llevaba mucho tiempo planeándolo todo.

Un fuerte escalofrío recorrió mi espalda, ¿qué hubiese pasado si mi teléfono no hubiese continuado pinchado? La respuesta me hizo estremecer, los dos estaríamos muertos.

—Tenemos que intentar olvidar todo esto —dijo después de otro largo silencio—. No puedo... no quiero llevar más carga. ¿Lo entiendes verdad?

—¡Oh, mi amor!, pues claro que lo entiendo —tomé su cabeza entre mis manos y de nuevo le besé, pero esta vez no fui tan delicada—. Estoy de acuerdo contigo, lo mejor será pasar página.

Y así lo hicimos. Esta terrible historia siempre estaría en nuestra memoria, pero nunca en nuestras vidas. Tomamos la decisión de continuar juntos y sin cargas adicionales. El pasado no se puede cambiar al igual que no se olvida nunca, pero no debemos cargar con el peso del dolor en nuestras espaldas, por algo que no podemos cambiar y que pertenece a nuestra historia.

CAPÍTULO 31. Fin.

—Amber, ¿quieres dejarme a mí?, puedo yo solo —me dijo Hunter cuando le puse la camisa y comencé a abrocharle los botones.

Por fin, después de cinco días, nos marchábamos del hospital y yo estaba intentando poner todo mi empeño en ayudar a Hunter a vestirse y él ponía todo el suyo en no dejarme.

—Está bien... está bien —retiré mis manos de su camisa y las levanté en señal de rendición.

Él se movía con torpeza y gran lentitud, pues todavía estaba convaleciente y yo me retorció las manos nerviosas. No podía soportar su tozudez, durante un tiempo no iba a poder hacer muchas cosas por sí mismo e iba a necesitar ayuda, pero no lo quería aceptar.

Intentó ponerse los pantalones pero el vendaje que llevaba alrededor del pecho, le impedía moverse y comenzaba a sudar copiosamente por el esfuerzo.

—¡Así no acabarás nunca! —le grité enfadada por su cabezonería y me puse manos a la obra, a pesar de sus continuas protestas.

Le obligué a que se sentara en la cama, y le ayudé a que metiese los pies por las perneras de los pantalones.

—¡Me tratas como si fuese un niño! —protestó.

—Pues no te portes como uno —le miré y le sonreí.

Continué haciendo mi tarea ajena a sus quejas. Le puse las zapatillas y le abroché los cordones.

—¿Ya estás contenta?!

—Sí, mucho —aunque mi tono intentó ser serio y enfadado no pude evitarlo y me eché a reír a carcajadas. Hunter me miraba como si me hubiese vuelto loca de remate.

—¿Se puede saber de qué te ríes?!

—¿De verdad quieres saberlo? —le pregunté secándome las lágrimas que caían por mis mejillas e intentando contenerme.

—¡Sí! —el estaba muy serio y enojado.

—Me río de ti.

—¡Oh, que bonito!, ¿te parece bien reírte de un pobre hombre convaleciente? —su tono de voz estaba cambiando, ya no estaba enfadado y mi risa se le estaba contagiando—. Tienes razón, perdona Amber —reímos juntos— ¡Oh, duele! —dijo sujetándose el pecho.

—¿Dejarás que te cuide?

—Sí, lo prometo —soltó un fuerte suspiro y levantó la mano derecha en señal de juramento.

Comencé a guardar en una bolsa todas las cosas que poco a poco había ido llevando al hospital. Hunter permanecía sentado en la cama mirándome y de nuevo se había puesto muy serio.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada, quizás estuviese dolorido.

—Sí, no te preocupes.

Guardé en el neceser todas sus cosas de aseo y le miré de reojo, tenía su expresión de pensar, frente arrugada y ojos entornados. Resoplé con fuerza, dejé lo que estaba haciendo y me senté a su lado en la cama.

—¿Piensas contarme qué te preocupa o tendré que sacártelo a coscorrones?

—Amber... yo —cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir me miró y tomó mi mano entre las suyas—. He tomado una decisión.

—¿Y?

—Quiero regresar a mi trabajo de abogado... creo que estoy preparado.

—¿De verdad? —mi sonrisa fue grande y muy luminosa— ¡Pero eso es una buena noticia!

—Lo sé... lo sé... es solo que temo...

—Mírame —le ordené—. Todo va a salir bien, ya lo verás. Ahora estamos juntos. Tú y yo podemos.

Me abrazó y yo correspondí con mucho cuidado de no hacerle daño.

—Te amo, Hunter.

—Te amo, Amber.

La decisión estaba tomada y en cuanto se recuperó, gracias a sus magníficas referencias encontró trabajo en *Humprey & Seldon*, un pequeño bufete de abogados que se dedicaba a casos de personas sin muchos recursos económicos.

Cuando ahorramos lo suficiente, nos trasladamos a un bonito apartamento de estilo inglés en el barrio residencial *Greenwich Village* con unas maravillosas vistas al *Washington Square Park*.

En cuanto a mi querida madre, no lo aceptó nunca como mi pareja, pero en el fondo le gustaba, aunque jamás lo admitiría. Hunter fue muy paciente con ella y aguantó muchos de sus desagradables desplantes, siempre con una sonrisa en los labios.

Habían pasado ya diez meses desde que Salazar irrumpió en nuestras vidas, y aunque no podíamos olvidarlo, habíamos logrado pasar página y continuar con nuestros quehaceres, sin que él influyera en nuestro día a día.

En una preciosa tarde de mayo, Hunter y yo paseábamos cogidos de la cintura por el *Washington Square Park*. Hunter cargaba con una bolsa de lona.

—¿Te gusta aquí? —me dijo señalando la hierba que crecía bajo un frondoso árbol.

—Sí, es un sitio estupendo.

Me soltó, sacó una manta de dentro de la bolsa y la extendió, me ayudó a sentarme y él lo hizo apoyando su espalda en el árbol. Me tomó entre sus piernas y yo me tumbé sobre su pecho con las mías extendidas. Me abrazó y apoyó su barbilla sobre mi cabeza. Por un largo rato estuvimos así. Sintiéndonos el uno al otro, disfrutando de la paz que se respiraba y observando a las personas que paseaban, a los niños que jugaban y a las parejas que como nosotros disfrutaban de su mutua compañía.

Hunter puso su enorme mano sobre mi abultado abdomen, donde nuestro hijo crecía sano y fuerte. Caden, que era el nombre que habíamos escogido para nuestro bebé, le dio una fuerte patada y Hunter rió feliz.

—¡Vaya, esa ha sido buena!

Acarició con ternura mi vientre y besó mi cabello.

—Nunca te he dado las gracias —me dijo.

Me levanté lo suficiente para poder girarme y mirarle a los ojos.

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

Hunter me acarició con amor la mejilla y la apoyé en su fuerte mano buscando su contacto.

—Por salvarme.

Sonreí y entonces fui yo quien le acarició la mejilla.

—Si no recuerdo mal, fuiste tú quien me salvó la vida a mí —puse mi mano sobre el lugar donde estaba la cicatriz por donde había salido la bala.

—No me refiero a eso, me refiero a esto —dijo cogiéndome la mano y colocándola sobre su corazón. Al sentir como latía desbocado y fuerte, sonreí feliz.

—Antes de conocerte mi corazón estaba roto en tantos pedazos y tan pequeños que era totalmente imposible recomponerlo. Pero llegaste tú y de forma milagrosa todos los trozos comenzaron a unirse poco a poco. Un día noté como volvía a latir con fuerza, y todo gracias a ti. Tú me regresaste a la vida Amber.

Le abracé con fuerza.

—Te amo, no hay nada que no haría por ti —me dijo.

Tomé su cara entre mis manos y le miré a los ojos.

—Tú también me salvaste y ahora me siento más viva que nunca —le besé con fuerza.

Me recosté de nuevo contra su pecho y me dediqué a escuchar los latidos de ese corazón recompuesto gracias al amor.

—Amber...

—Uhm —dije perezosamente.

—¿No crees que deberíamos casarnos?

Me levanté tan rápido que sin querer le di un golpe con mi cabeza en su barbilla.

—¿Cómo?

—Vamos a tener un hijo... pensé que así quizás...

—Ya hemos hablado de eso. Estamos bien así.

—Sí, lo sé... es solo que así tu madre se quedaría más tranquila.

Sonreí con ternura, Hunter era tan adorable, a pesar de que mi madre siempre era antipática con él, Hunter intentaba por todos los medios congraciarse con ella.

—Cariño —le dije muy seria—. Si le concedes una sola de las cosas que ella quiere, luego querrá conseguir más y más. La conozco muy bien, si cedemos a eso luego querrá que trabajes en algún bufete de sus amigos ricachones, querrá que nos mudemos a una gran mansión y que te cortes el pelo y por eso no paso —le acaricié el cabello, lo llevaba suelto, brillaba y su aroma me volvía loca.

—Pero es que yo... yo también quiero casarme.

—¿De verdad?

—Tan solo prométeme que lo pensarás.

Sonreí de nuevo y me abracé a su cuello, dejé un reguero de besos por toda su cara.

—Prometo que lo pensaré.

Me recosté de nuevo y cerré los ojos. No necesitaba nada más en el mundo que estar así, abrazada a él, entre sus brazos.

Por un tiempo en mi vida yo también estuve perdida, caminaba por las calles como un ser inanimado, sin vida. Pero ahora podía gritar alto y fuerte a todo el mundo: «Hola, soy Amber Swanson, habitante de la tierra, con un hombre maravilloso entre mis brazos y con una vida creciendo dentro de mí. ¿Mi futuro?, no lo sé, pero de momento mi destino es ser feliz».